



Mil caras y un destino

Una historia de

Gerard Ruiz Millón

D.J.57

CAPÍTULO 1.- UNA PERSONA IMPORTANTE

Una tarde más el viento azotaba la piel de Raúl, otro día más la soledad forjaba la personalidad de un chiquillo con muchas preguntas y pocas respuestas objetivas.

Nació un frío día de enero del año mil novecientos setenta y dos. Su madre, Rosa, empujó con ansia, la misma que días después empleó para largarse bien lejos de la sierra de Híjar en busca del sol caribeño que tanto echaba de menos.

Fernando, su padre, era un hombre de lo más común: trabajaba de sol a sol, pasaba largas horas en el bar alcoholizando su mente para no hacer frente a su realidad y respetó la dictadura a pies juntillas hasta el último día en que esta se mantuvo vigente. Con veintiséis años, lo más que consiguió fue un empleo como peón agrario en una de las mayores explotaciones agropecuarias de la sierra y engendrar un hijo con una joven suramericana que sacó de la prostitución callejera, prometiéndole una vida acomodada y colmada de caprichos. El único capricho que logró conceder a Rosa fue el permitir que se fuera de vuelta a sus orígenes con los ahorros que él obtuvo durante diez años; pero ni siquiera eso fue capaz de ofrecérselo por iniciativa propia.

Raúl creció sin la figura materna y con la figura paterna muy difuminada, porque Fernando nunca fue capaz de renunciar a sus horas de bar, el único sitio del mundo donde se sentía seguro de sí mismo. Así que Raúl pasó su etapa infantil comiendo en casa de sus tíos y mal cenando en casa una comida repetitiva y escueta: pan con queso y un poco de vino para “entrar en calor”.

El hermano de Fernando, Julián, era el único lazo familiar que le quedaba. Sus padres murieron, tres años atrás, en un accidente de tráfico cuando se disponían a visitar a Julián en Madrid.

Julián era cuatro años mayor que Fernando y se había trasladado a Madrid por motivos laborales, junto con su esposa y sus dos hijos. Trabajaba en una filial de una multinacional, situada en Santander, como responsable fiscal y contable; era brillante en su trabajo, por ello, lo reclamaron desde la central situada en Madrid.

Después de la muerte de sus padres, Julián, al ser el hermano mayor, heredó todas las tierras y el ganado, quedando para Fernando la casa familiar. Julián intentó que su hermano le comprara el patrimonio, pero Fernando no disponía de tanto dinero; después le propuso que fuera su trabajador, pero Fernando estaba muy a gusto trabajando en una de las explotaciones agropecuarias más importantes de la sierra y no se fiaba de trabajar para su hermano.

Así que Julián renunció a su carrera profesional y puso rumbo a la sierra de Híjar para vivir del patrimonio familiar, por respeto a sus padres que tanto habían luchado para mantener a flote el negocio. A partir de entonces, los hermanos mantenían una relación llena de tirantezas pero la esposa de Julián, que era la bondad personificada, nunca se negó a darle alimento a Raúl.

Raúl nunca se llevó bien con sus dos primos, algo mayores que él. Ellos lo culpaban de haber cambiado de residencia, en Madrid tenían de todo y podían hacer mil cosas. Ahora lo único que podían hacer era ayudar a su padre en el campo y estudiar para poder salir de esa cárcel algún día.

Una noche, en su noveno cumpleaños, Raúl estaba especialmente inquieto, giró levemente los ojos hacia su padre y le preguntó:

- Papá, ¿Por qué sólo estamos tú y yo?, hay niños que tienen a su madre y a su padre, otros que tienen a su madre, pero no hay ningún niño que sólo esté con su padre.

Fernando clavó los ojos al húmedo y maltrecho techo, intentando buscar una respuesta adecuada entre vigas y telarañas:

- Mira hijo, estamos tú y yo solos porque tu madre es una mujer muy importante y muy ocupada, el mundo la necesita y por eso no para de viajar, ella sabe que tú te las apañas solo porque eres listo y valiente, cuando seas mayor de edad también serás una persona importante, como ella, no lo olvides nunca.

Fernando nunca pudo imaginar lo que iban a provocar esas palabras, empeñado como estaba en esconder la realidad a su hijo sin pensar que, por muy niño que fuera, la evidencia no podía esconderse y maquillarla no hacía nada

más que acrecentar las dudas de Raúl, por ello se creó su propia realidad.

Raúl se fue a dormir y en su cerebro resonaban las palabras de su padre, palabras que dejó caer con voz temblorosa y nerviosa, intentando apartar sus ojos de los de su hijo, probablemente con la intención de que no se detectara que era una simple fantasía creada sobre la marcha. A partir de ese día empezó a fraguarse un personaje inverosímil, versátil, frío y calculador...

En el colegio, Raúl apenas se relacionaba con nadie, era un niño reservado y distante al que no le gustaban las actividades grupales y mucho menos salir delante de la clase a hacer alguna actividad o dar una explicación. Nunca mostró interés por lo que allí se enseñaba ni mostraba ningún tipo de admiración o respeto a los maestros. La única relación que tenía en ese ambiente era Diego, un niño dos años menor que él propenso a enfermar y con una personalidad endeble y manipulable, probablemente debido a las escenas que día tras día se encontraba en casa: un padre sin escrúpulos y agresivo, una madre devota y resignada y el único ser que mostraba algo de cariño y ternura en ese ambiente, su perro Zico —en honor al mítico jugador de la selección brasileña—.

Diego conoció a Raúl en el recreo durante el curso escolar 1981/1982, aparentemente por casualidad, debido a un encontronazo fortuito en el que Diego cayó de espaldas al suelo. Raúl se disculpó amablemente con una sonrisa forzada en la cara y empezó a hablarle de manera embaucadora y extremadamente educada para un niño de su edad. La realidad era otra, Raúl hacía días que observaba a los alumnos del colegio mirando cómo actuaban y enseguida centró la atención en Diego, siempre ausente y apartado de los innumerables grupos de niños que jugaban al fútbol, a vaqueros, saltaban a la comba o ganaban miniaturas. Su objetivo era acercarse al débil zagal y establecer una relación en el que él pudiera destacar sin ningún tipo de oposición.

Y así fue. Poco a poco Diego dependía más de Raúl: una mezcla de respeto, admiración y miedo se apoderó de él y pasó a ser un títere en manos de esa persona que estaba predestinada a ser un tipo importante en el futuro, porque así

lo dictaminó su padre.

- ¡Diego! — Gritó con autoridad Raúl durante una de esas tardes interminables del mes de abril. — ¿Quieres venir a vivir una aventura? — Los ojos de Raúl brillaban y su sonrisa pícaro encandiló a Diego que desde que conoció a Raúl empezó a dejar atrás una vida monótona y sin sobresaltos.
- ¡Claro! ¿Pero no es peligroso, no? — espetó Diego con un cierto temor.
- Cualquier aventura entraña peligros, pero me tienes a mí para protegerte, conmigo nada te puede pasar — aseveró Raúl con fanfarronería. Y empezó a introducir a su compañero en materia antes de adentrarse en esa maravillosa aventura que iban a iniciar:
- Un día te hablé de esos panecillos tiernos que cada noche como en mi habitación antes de irme a dormir, ¿te acuerdas?
- ¡Por supuesto! — Afirmó Diego. — Esos panecillos que consigues día tras día colándote en el obrador de la panadería de doña Clara y nunca han tenido la menor sospecha de que alguien pudiera estar sisando nada.
- ¡Exacto! — aseguró Raúl aún sabiendo que no era del todo cierto.

La tarde anterior, al adentrarse por la puerta trasera de la panadería, doña Clara aguardaba entre las sombras, con una amasadora de fornida madera en la mano, a que el pequeño ratón iniciara su camino hacia esos panecillos dorados y calientes que tanta fama tenían entre los vecinos de la sierra de Híjar, unos panecillos hechos con la receta de sus antepasados y que había ido pasando de padres a hijos durante décadas. Cuando el ratoncillo traspasó la puerta doña Clara abandonó la penumbra y, con la amasadora alzada al viento, gritó:

- ¡Pequeño delincuente!, como te vuelva a ver merodear por mi

propiedad te juro que parto mi apreciada amasadora en tu espalda, ¡te lo juro como que me apellido Fresnedo Puente!

Raúl dejó el sigilo de lado, dio media vuelta tan rápido como su musculatura le permitió y echó a correr sin mirar atrás hasta dejar la panadería a una distancia prudencial. Cualquier niño hubiera acabado blanco de pavor y escarmentado pero Raúl ni sentía miedo ni tenía remordimientos, lo único que tenía en mente era como poder dar una lección a doña Clara “porque él era un tipo importante y nadie le podía dejar en evidencia”.

Así fue como pensó en que podía utilizar a Diego de cebo: un niño frágil y del que nunca se había oído que hubiera cometido ninguna chiquillada. Y ahí lo tenía, a sus pies, dispuesto a hacer lo que Raúl le indicara:

- Bien, Diego. Vamos hacia la calle Barriadal, de allí nos introduciremos en una pequeña callejuela que nos conducirá frente a la puerta trasera de la panadería de doña Clara, yo me quedaré fuera esperando ver tu cara cuando hayas conseguido los panecillos, ¡verás con que fuerza palpitará tu corazón! ¡Te sentirás lleno de vida! — y es que Raúl sabía en todo momento qué palabras utilizar para que Diego fuera su siervo.
- ¡Vale! — exclamó Diego. — ¿Pero seguro que no tendré problemas, no? — preguntó visiblemente nervioso.
- ¡No te preocupes!, ante todo muéstrate silencioso y controla tus nervios lo más que puedas para que no te jueguen una mala pasada. Si no haces ruido, esta noche vas a saborear el mejor pan de toda España.

Diego inició su aventura con inseguridad, antes de entrar por la puerta había pateado una piedra que se había estampado justo en la madera de la entrada, dejando escapar un ruido seco que hizo eco dentro del vestíbulo trasero de la panadería. Este hecho hizo que esperaran cinco minutos más antes de que Diego iniciara su incursión hacia el obrador de la panadería, el cual, ahora mismo, se le antojaba un polvorín de esos que tantas veces había visto en las películas de

guerras y que el enemigo siempre intentaba destruir lo antes posible para dejar sin munición a su rival.

El pie izquierdo dentro del vestíbulo, el derecho se movía con lentitud mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad que llenaba toda la sala, a lo lejos vio el destello rojo del que le habló Raúl y que le indicaba el camino hacia el preciado tesoro. Empezó a andar de puntillas hasta alcanzar la mitad del camino, unas cajas de madera se apilaban a su derecha, siguió su ruta de manera cauta intentando controlar el retumbar de su corazón, un paso más y ¡pum! Notó un crujido en su endeble espalda y cayó largo al suelo soltando un agudo grito, giró la cabeza y vio la figura de doña Clara dispuesta a darle otro mamporro con esa amasadora robusta que sujetaba con fuerza y rabia a la vez.

- ¡No por favor! — sollozó Diego. Doña Clara frenó su furia al instante al percibir que esa voz no correspondía con la del niño que tarde tras tarde le sisaba el pan recién horneado.

Raúl apareció por la puerta exclamando:

- ¡Ahí está! Mire como doña Clara está zurrando a ese pobre niño indefenso, se lo dije.

Don Ignacio, conocido guardia civil en el pueblo por su sentido común y su empatía con los vecinos de los pueblos donde acostumbraba hacer su ruta para mantener el orden que en contadas veces se veía alterado, contemplaba la escena con incredulidad:

- ¿Do... Do... Doña Clara? ¿Qué está pasando aquí?
- Yo... No sé... Creí que el hijo del peón de don Alfredo quería volver a sisar mis panecillos y... — balbuceó doña Clara.
- ¡Mentirosa! — Respondió, con indignación, Raúl — Nunca sería capaz de hacer algo así don Ignacio, yo sólo he acompañado a Diego a comprar el pan y mientras lo esperaba oí un golpetazo y fue cuando vine a buscarlo, ¿verdad, Diego? — lo miró con ojos amenazantes, por lo que Diego se limitó a dejar caer casi imperceptiblemente:

- Sí...

Aquella historia corrió como la pólvora por todos los pueblos de la sierra y doña Clara perdió su fama, trabajada durante toda su vida, de mujer dulce y cándida. Mucha de la clientela buscó otras alternativas y ella y su marido envejecieron de forma prematura.

CAPÍTULO 2.- ZICO, LA LEYENDA

Raúl fue cumpliendo años al lado de su inseparable amigo Diego, los vecinos se habían dado cuenta de que Raúl manejaba a Diego a su antojo y sus travesuras eran cada vez más conocidas, no por el hecho de ser cosas de niños sin importancia o incluso graciosas, sino por estar especialmente calculadas y en las que Raúl siempre salía ileso y sin culpa alguna.

Era como la relación entre el huésped y el parásito, Diego era el huésped que estableció contacto con Raúl, el parásito, a los 7 años. Con los meses Raúl actuó con virulencia fijando a Diego hasta invadirlo completamente y ahora Diego tan sólo era un huésped enfermo del que Raúl se alimentaba.

Pero todo terminó esa misma noche, eran las fiestas del pueblo y Fernando estaba en el eterno taburete del bar anestesiado por los litros de alcohol que inundaban todo su cuerpo. Alguien abrió la puerta del bar de manera repentina y, sin mediar palabra, se enfiló hasta llegar a la altura de Fernando para propinarle un puñetazo que le hizo saltar un par de sus, ya de por sí, maltrechos dientes. El bar quedó en silencio y todos los ojos estaban fijados en esos dos hombres:

- ¡Levanta! ¡Levanta, he dicho! — dijo, contundentemente, Alfonso.

Fernando miraba de reojo al individuo que le gritaba fervientemente, intentando reincorporarse con una mano apoyada en el sucio suelo y con la otra intentaba parar la hemorragia de su boca. Un reguero de sangre inundaba su camisa y el escozor en sus labios y encías era insoportable:

- ¿Qué pasa? — logró articular Fernando de mala manera.

Alfonso, el padre de Diego, lo miraba con cara desafiante:

- ¿Qué pasa? Que estoy harto de que tu hijo manipule al mío — todos los asistentes movieron la cabeza en tono afirmativo.
- Eso no es así, son buenos amigos que hacen travesuras como todos los niños de su edad.
- ¡No! — negó Alfonso. — Eso no es amistad ni es nada. Te

aviso, como no se aleje de él mañana mismo, prometo que la próxima vez lo único que se va a levantar de este suelo será tu cuerpo inerte — sus palabras denotaban una seguridad aplastante y todos los ahí presentes sabían que era muy capaz de hacerlo.

- ¡De acuerdo! — lanzó Fernando — mañana mismo; mi hijo nunca más se volverá a acercarse al tuyo, tenlo por seguro.

Fernando se dirigió a casa con paso lento, despeinado, ensangrentado y sudado, un sudor repleto de sal y alcohol a partes iguales. Abrió la puerta de casa y dirigió su mirada al salón donde su hijo estaba mirando una de esas películas de drama que, su inactiva mente, nunca llegó a entender:

- Raúl, hijo. Recoge tus cosas que mañana al amanecer nos vamos.
- ¿Dónde?
- Donde podamos volver a vivir en paz, aquí no hay nada que nos ate y la vida es muy dura, te mereces un futuro mejor.
- Pero... ¡Papá! ¿qué te ha pasado?
- Nada hijo, un encontronazo sin importancia. Ya sabes que cuando hay fútbol de por medio la gente se pone muy agresiva.
- Dime la verdad — dijo Raúl con calma — ¿qué ha pasado?
- Alfonso, el padre de tu amigo, no quiere que os volváis a ver y éste ha sido el cheque que he recibido para que cumpla su orden.
- De acuerdo — se limitó a decir Raúl — ahora vuelvo.
- ¿Adónde vas?
- A despedirme, será un momento.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol, Fernando y Raúl cargados con cuatro maletas y el silencio como testigo, se dirigían hacia la

pequeña estación de autobuses, una vez allí decidirían cual sería su nuevo destino. Ni siquiera se despidieron de su familia, no quería que Julián le diera un sermón que le hiciera cambiar de opinión; tenían que irse de allí, por Raúl y por él mismo.

Cuando sus maletas ya estaban dispuestas adecuadamente en el maletero del viejo autobús y se disponían a acomodarse en sus asientos, un espeluznante grito se oyó por todo el pueblo. Diego encontró a Zico aplastado por el rebaño de reses que su padre había heredado de sus padres unos años atrás.

No fue casualidad, Zico estaba firmemente atado a una estaca clavada en el suelo y su padre encontró un flash de cámara totalmente fundido:

- Alguien ató a Zico en medio del ganado y asustó las vacas con este flash, sea quien fuere sabía que los contrastes de luz las asustaría.

La madre de Diego llegó a toda prisa a la escena del crimen y, al ver la dantesca imagen, empezó a llorar de forma desconsolada. Alfonso se acercó a su mujer y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, le propinó un bofetón que la hizo tambalear y caer de rodillas al suelo:

- ¡Te tengo dicho que el perro tiene que estar dentro de casa por la noche! ¡Eres una inútil! ¡Tendrías que estar tú ahí, con los sesos desparramados! — y se alejó sin el mínimo destello de humanidad.

Diego no dijo nada, pero sabía perfectamente quien había sido. Había perdido la cuenta de las veces que Raúl lo había amenazado de forma sibilina; si se negaba a hacer alguna cosa, Zico sufriría las consecuencias. Mientras las lágrimas le acariciaban las mejillas no apartaba la vista de su fiel compañero, el único ser que había sido capaz de amarlo sin condiciones.

CAPÍTULO 3.- EN UN LUGAR LLAMADO VINO

Raúl tenía la mirada perdida en el verde paisaje, no sentía nervios ni miedo por lo que le pudiera deparar su nuevo destino, lo único que deseaba era llegar y empezar de nuevo, la sierra no le había aportado nada bueno.

Desde que nació, sólo había subsistido de mala manera y desde el momento en que pisó las calles del pueblo y sus alrededores, empezó a odiar esos pastos extensos, ese ganado con el eterno repicar del campano y ese clima de llovizna eterna y frío durante gran parte del año, pero por encima de todo eso, odiaba la debilidad de su padre y la miserable vida que le estaba haciendo vivir. Por suerte, él no era como Fernando, no se iba a dejar pisar por nadie y ninguna mujer lo abandonaría.

El autobús aminoró la marcha para disponerse a entrar en la estación de Logroño, había sido un viaje largo, con innumerables paradas y miles de baches, pero por fin habían llegado a su destino. Fernando había decidido probar suerte en esas tierras, en el bar siempre hablaban que en esa zona se extendían grandes hectáreas de viñedos que requerían abundante mano de obra a pesar de que el país no pasaba por su mejor momento económico y él, con su dilatada experiencia en el cuidado de los pastos y ganado de la sierra, lo tendría fácil para conseguir un puesto de trabajo.

- ¡En marcha, hijo! — ordenó Fernando con entusiasmo.

Raúl, absorto en sus pensamientos, volvió a la realidad y lanzó una mirada inanimada a su padre:

- Sí, vamos...

Se dispusieron a cargar de nuevo con sus maletas y se dirigieron al centro de la ciudad. Una vez allí, preguntaron dónde podían encontrar una pensión aceptable y a buen precio:

- Sin lugar a dudas la pensión de Julio y Carmen es lo que buscáis — les dijo un hombre de mediana edad que, a juzgar por su aspecto, era de buen comer.

- ¿Nos queda muy lejos de aquí? — preguntó Fernando.
- ¡Para nada! Seguid la avenida todo recto siguiendo los arces y plátanos, cuando encontréis la primera calle a la derecha os adentráis en ella. La pensión está a unos cincuenta metros.
- ¡Muchas gracias! — Se despidió Fernando.

Se dirigieron en silencio hacia la pensión y, en cinco minutos se plantaron delante del hostel, entraron y una campanilla repicó al abrir la puerta. Enseguida hizo acto de presencia, Julio, un hombre de pelo canoso que debía andar entre los cincuenta y los sesenta años:

- ¡Buenas noches, señores! Bienvenidos a mi humilde pensión ¿En qué puedo ayudarles? — dijo amablemente.
- ¡Buenas noches! Desearíamos alquilar una habitación, acabamos de llegar desde la Sierra de Híjar y necesitamos urgentemente una buena ducha y descansar. — respondió Fernando.
- Tengo disponible una habitación doble que es ideal para vosotros, por cinco mil pesetas a la semana tenéis derecho a alojamiento y manutención.
- De acuerdo, le dejo pagada la primera semana y mañana mismo iré a buscar trabajo.
- Esta noche, mientras cenamos, le voy a dar unas cuantas direcciones a ver si hay suerte. Ahora instalaros y ducharos mientras os preparamos alguna cosa calentita, os vendrá bien.
- Muy amable, señor. — agradeció Fernando.
- Llamadme Julio. Y vosotros, ¿os llamáis?
- Yo soy Fernando y este es mi hijo, Raúl.
- ¡Está hecho un hombretón ya! ¡Encantado! y ahora, ¡a relajarnos!, aquí tenéis las llaves, la habitación está en la primera planta, puerta ocho. Os espero aquí en una hora.
- ¡Hasta ahora!

Fernando y Raúl se dirigieron a su habitación. Al entrar se encontraron con una sala con dos camas aceptables y un armario suficiente para guardar su ligero equipaje, un viejo televisor y un baño básico completaban la estancia que, sin grandes alardes, era más de lo que podían esperar por un precio más que razonable:

- No está nada mal, ¿verdad? — aseguró Fernando esperando oír la voz de su hijo que, desde que partieron, apenas se había pronunciado.
- Nada que envidiar a lo que teníamos ahí. Creo que será un buen lugar para reiniciar nuestra vida. — aseveró Raúl con una sonrisa pícaro.

Raúl se adentraba en la adolescencia, con doce años estaba a punto de acabar la EGB y su objetivo era iniciar sus estudios de electricidad. Nunca le gustó estudiar, así que la mejor opción era buscar unos estudios eminentemente prácticos:

- Mañana, mientras tú buscas trabajo, me dedicaré a buscar un colegio para reanudar las clases — le indicó a su padre.
- Bien, hijo. Me gustaría acompañarte, pero cuanto antes encuentre trabajo mejor nos irán las cosas. ¿Quién se ducha primero?
- Tú mismo. Mientras, pondré mis cosas en el armario.

Después de ducharse y organizar todas sus cosas, se dispusieron a bajar a cenar. El hambre arreciaba y les vendría bien llenar el estómago antes de ir a dormir. Julio y Carmen ya estaban esperándolos en el pequeño comedor de la pensión:

- ¡Hola de nuevo! Os presento a mi querida mujer, Carmen, es la mejor cocinera de La Rioja, en breve lo podréis comprobar por vosotros mismos.
- Encantada. — Se limito a decir Carmen.

- Mucho gusto. ¡Con el hambre que traemos a buen seguro que lo encontramos todo delicioso! — replicó Fernando.

Carmen observó a Raúl que seguía callado, parecía que ese jovencuelo tan solo estaba ahí de cuerpo presente y que su mente estaba a años luz de su cuerpo. Nada más lejos de la realidad, Raúl estaba organizando sus ideas para poder iniciar con buen pie su andanza en el nuevo hábitat.

Fue una cena amena, donde Julio les explicó el modo de vivir, los trabajos y las tradiciones de los logroñeses. También le escribió toda una hoja de direcciones a Fernando dónde podía dirigirse a buscar trabajo, todas ellas eran grandes explotaciones vinícolas necesitadas de mano de obra fuerte y responsable. Fernando a sus 38 años encajaba bien en ese perfil, acostumbrado a trabajar a la intemperie soportando frío y lluvia durante gran parte del año.

Por otro lado, a Raúl le indicó los colegios a los cuales podía ir a pedir plaza para reanudar sus estudios. Le recomendó el colegio la Duquesa de la Victoria, muy cercano a la pensión y conocido por el buen hacer de sus maestros.

- Y eso es todo. Creo que ya os he explicado lo indispensable para poder sobrevivir en esta bonita ciudad. — ironizó Julio.
- ¡Muchas gracias! Esperemos tener suerte — deseó Fernando. — Ahora será mejor que vayamos a descansar que mañana tenemos que estar frescos.
- Sí, se me cierran los ojos y ya tenemos lo que necesitamos. ¡Buenas noches! — añadió Raúl sin más preámbulos.
- ¡Buenas noches! — dijeron todos al unísono.

Julio y Carmen se quedaron recogiendo y dejando las mesas preparadas para el día siguiente:

- Este chico... — dejó caer Carmen.
- Es un chaval introvertido y con conflictos interiores, es normal a su edad y habiéndose criado sólo con su padre. — justificó Julio.
- No sé... Hay algo en él que me remueve el cuerpo.

- Eso lo hace el agotamiento, mujer. Verás cómo mañana lo ves con otros ojos.

CAPÍTULO 4.- LA DUQUESA Y EL MARQUÉS

Esa mañana de septiembre amaneció con un sol radiante, era uno de esos días que apetecía pasear por las calles. Después de un frugal desayuno, Fernando y Raúl pusieron rumbo a sus diferentes destinos, totalmente descansados y con la energía que les procuraba los rayos de sol matutino.

Raúl se dirigió al colegio Bretón de los Herreros, en pleno centro de la ciudad. Se sentó en un banco y observó la entrada de los alumnos hasta que la explanada del edificio quedó completamente desierta; se levantó y se entretuvo dando un rodeo por la ciudad y, lentamente, se dirigió al colegio que le había recomendado Julio. Una vez ahí, buscó una buena localización para observar el patio que, en pocos minutos, se llenó de niños correteando y gritando. Los ojos de Raúl reseguían incansablemente cada rincón hasta que el recreo terminó, volviendo la paz a la sala de juegos de esos niños.

Fernando, por su parte, fue llamando a las puertas de las empresas que tenía apuntadas en el papel: en la primera no encontró a nadie, en la segunda no necesitaban nuevos trabajadores y Fernando parecía que iba perdiendo el ánimo inicial, así que decidió hacer una breve pausa para tomarse una caña, su organismo hacía horas que se la pedía. Mientras repasaba la lista de direcciones notó que alguien le observaba, levantó la vista y se encontró con unos ojos brillantes que correspondían a una joven mujer que sonrió levemente, él le devolvió la sonrisa y se levantó dispuesto a seguir su ruta pero la mujer se acercó a él:

- Hola, no le había visto nunca por aquí. — dijo con voz dulce.
- Hola. No, ayer por la noche pisé esta ciudad por primera vez.
— replicó Fernando vergonzosamente.
- Bienvenido. Me llamo Pilar y trabajo en el supermercado de enfrente, le veo con prisa, si quiere mañana podemos tomarnos un café con más tiempo.
- Pues yo... No sé... Quizás sí...

- A las nueve, ¿le parece?
- Lo intentaré.
- Aquí le espero, acabe de pasar buen día.
- Gracias, igualmente.
- Por cierto, ¿cómo se llama?
- Fernando; un placer señorita.

Fernando siguió su camino y en la quinta empresa le citaron para entrevistarlos el día siguiente, así que se fue de nuevo a la pensión con nuevos bríos y sin poder olvidar los ojos de aquella decidida mujer:

- Parece que las cosas van mejorando por momentos. — pensó.

Llegó a la pensión al mediodía y encontró a Julio y Carmen preparando las comidas, así que prefirió no molestar. Subió a la habitación y vio que Raúl aún no había llegado, se tumbó en la cama y empezó a organizar sus ideas para tener claro lo que iba a explicar en la entrevista.

Raúl hizo acto de presencia una hora después y subió directamente a la habitación:

- ¿Qué tal hijo, como ha ido?
- Mañana tenemos que ir a hacer la matrícula en el colegio la Duquesa de la Victoria, tenemos cita a las 12:30. Aquí tengo apuntada la documentación que tenemos que llevar.
- ¡Bien! Yo tengo una entrevista a las 11:00, así que creo que nos dará tiempo a hacerlo todo. ¿Bajamos a comer?
- De acuerdo.

Durante la comida, Fernando explicó a Julio cómo había ido la entrevista.

- Pues es una de las bodegas más importantes de La Rioja, con una gran tradición vinícola. Sus primeros vinos fechan del 1852 y destaca por el intenso sabor de sus productos y por la profesionalidad de la gente que ahí trabaja. Los dueños vinieron de tierras gallegas y, con mucho esfuerzo, crearon lo que ahora es Marqués de Murrieta. — destacó Julio.

- Es decir, es una empresa con un buen pasado y mejor futuro, ¿no? — quiso saber Fernando.
- Así es, entrar en las bodegas sería sinónimo de tener trabajo para años, siempre que el trabajador cumpla con sus obligaciones de manera óptima. — recalcó, Julio.
- Eso no va a ser problema. Mañana espero salir de la entrevista con un contrato bajo el brazo. — concluyó, deseoso, Fernando.

El día se escurrió lentamente y la madrugada se hizo larga. Cientos de pensamientos se agolpaban en la mente de Fernando, aunque lo que más le inquietaba era la cita que dejó pendiente con Pilar a las nueve de la mañana — ¿Por qué ese interés repentino? ¿Qué le llamó la atención de mí? ¡Si ni siquiera recuerdo como era! Sólo esos ojos...—.

Raúl, por su parte, pensaba en la elección de su colegio, le quedaban dos años de educación general básica y no podía equivocarse. Se decidió por la Duquesa de la Victoria porque vio a los alumnos más humildes y, por consiguiente, más vulnerables. Ese era su don máspreciado: saber en todo momento donde residía la vulnerabilidad de la persona con quién trataba.

Eran las siete y media de la mañana y Fernando ya estaba en la ducha, había decidido ir a tomar el café con Pilar. Raúl se despertó y se sorprendió al ver que su padre ya estuviera despierto a esas horas:

- ¡Papá! ¡Es pronto aún!
- ¡Ya lo sé, pero quiero dar un paseo antes de entrar a la entrevista! ¡Duerme un rato más, cuando acabe de desayunar subo a despertarte!

Raúl se volvió a acurrucar en la cama. Fernando, prosiguió con su puesta a punto para afrontar el día y bajó a desayunar. A las ocho y media, después de despertar a Raúl, salió de la pensión rumbo al bar con los nervios a flor de piel.

Puntual como acostumbraba, Fernando entró en el bar y echó un ojo rápido a su alrededor, ni rastro de Pilar. Se acercó a la barra, pidió un café y ojeó el diario sin prestar mucha atención a lo que ponía. Cinco minutos después irrumpió,

Pilar:

- ¡Buenos días! Un hombre puntual por lo que veo, me gusta. — saludó Pilar, acercándose a darle dos besos.
- Buenos días, Pilar. Con los nervios de la entrevista no había cama que me aguantara.
- ¿Entrevista? Mejor nos sentamos en una mesa y me explicas.

En hora y media Fernando explicó a Pilar lo de la entrevista, el porqué estaba en Logroño y, sin darse cuenta, desnudó media vida a esa mujer. Pilar escuchaba atenta y daba breves pinceladas a lo que él le iba explicando:

- Y ahora es mejor que ponga rumbo a las bodegas si no quiero que me sentencien antes de empezar la entrevista. — finalizó Fernando.
- Sí, mejor lo dejamos aquí. Como no sabemos si mañana será posible tomar otro café te doy mi teléfono, así me podrás explicar cómo ha ido y, si te apetece, volverme a ver. — dijo, Pilar deslizado un papel por la mesa hasta acariciar la mano de Fernando para entregarle su número.
- He estado muy a gusto, prometo llamarte en cuanto pueda. — dijo mientras se levantaba sin apartar la vista de Pilar. Se acercó a ella y se despidió con dos besos que rozaron la comisura de sus labios.

Se dirigió hacia la empresa con una sonrisa permanente en los labios y con el convencimiento de que la entrevista le iría muy bien. Llegó cinco minutos antes de la hora pactada y una amable secretaria le hizo esperar en una pequeña sala repleta de fotos de viñedos, barricas y botellas de vino; pocos minutos después un señor impecablemente vestido se dirigió a él:

- ¿Don Fernando Briones?
- Sí, señor.
- Acompañeme, por favor.

La entrevista se alargó una media hora, en la cual Fernando se sintió muy

cómodo hablando del campo, de su experiencia en la sierra y de sus planes de futuro. Salió satisfecho, sin tener ningún tipo de duda de que mañana recibiría la llamada del que sería uno de sus jefes para citarle de nuevo y formalizar el contrato.

Se dirigió de nuevo a la pensión, a paso ligero, para recoger a Raúl e ir al colegio para inscribirle. Al llegar, Julio le informó de que su hijo había salido hacía un rato, que le estaba esperando en el colegio y aprovechó para preguntarle qué tal le había ido la entrevista:

- Durante la comida te explicaré con más calma, pero espero que mañana recibas una llamada de las bodegas preguntando por mí. — dijo divertido, Fernando.
- ¡Seguro! Os espero con un buen manjar. — respondió Julio con su sonrisa habitual.

Raúl, esperaba sentado en un banco de los alrededores del colegio y vio llegar a su padre:

- Está toda la documentación presentada, sólo hace falta que firmes la inscripción en secretaría. — se limitó a decir.
- Buenos días, ¿no? Ahora mismo entro a echar la firma a esos papeles y después te explico cómo ha ido la entrevista. — dijo Fernando, contrariado.
- ¿Cuál de las dos?
- Vamos, anda. Dejemos la inscripción lista y, de camino a la pensión, hablamos un ratín.

Dejaron la inscripción lista y tuvieron una breve conversación con el director del centro, el cual les informó que el lunes podía iniciar las clases y les dio una lista de los materiales y libros que utilizaría durante el curso escolar.

Padre e hijo caminaban en silencio, se respiraba una tensión incómoda, hasta que Raúl la ahogó de improviso:

- ¿Crees que estamos para mantener a una mujer sin oficio ni beneficio?

- ¡Raúl! ¿A qué viene eso ahora?
- Pilar... Cajera de supermercado... Con una hija de ocho años... ¿Sigo?
- ¿Cómo sabes todo eso? ¡Si tienes más información que yo!
- ¡Ese es tu problema! Te dejas llevar por la corriente y siempre te acaba arrastrando hacia la nada. ¿Qué esperas de esa mujer? No pudiste domar a una inmigrante, muerta de hambre y pretendes que se rinda a tus pies una divorciada, pobre y malcarada ¿A quién quieres engañar? O, mejor dicho, ¿quién quieres que te vuelva a engañar?

Una rabia salvaje se apoderó de Fernando y su mano se impulsó con gran fuerza hacia la cara de su hijo ¡pafff! El labio de Raúl empezó a sangrar pero él, lejos de derrumbarse, se limitó a mirar a su padre:

- Este es el bofetón que no te atreviste a dar al padre de Diego, siempre has sido un cobarde, pero no tenemos otra opción que llevarnos bien, papá...
- ¿Cómo sabes todo eso de Pilar? — repitió Fernando, resignado y lleno de dolor.
- ¿Qué más da eso, papá? Va, vamos a comer, verás como todo lo vemos más claro con el estómago lleno.

Fernando tenía un discurso preparado para Raúl, pero en caliente no era momento para hablar. Julio y Carmen palpaban la tensión que había entre ellos pero, tan discretos cómo solían, no hicieron ningún tipo de comentario al respecto, Julio se limitó a intentar amenizar el ambiente con curiosidades e historias que había vivido en su pensión.

Al acabar de comer, Raúl dijo que se iba a dar una vuelta por la ciudad. El primer impulso de Fernando fue el de acompañarlo, pero decidió quedarse en la habitación a descansar; la distancia les vendría bien a los dos.

CAPÍTULO 5.- AMOR FUGAZ

Después de ese incidente, pasaron los días sin hablar del tema. Las cosas empezaban a ir bien: Fernando empezó a trabajar en las bodegas y Raúl inició el curso con buena actitud y sin percibirse ningún efecto negativo debido al cambio de escenario. Así que Fernando dejó en el olvido el discurso a su hijo y optó por esperar a que el tiempo cicatrizara las heridas.

Deseaba llamar a Pilar, necesitaba desahogarse, volver a verla. Así que, tres semanas después, justo cuando un otoño nostálgico empezaba a hacer acto de presencia, decidió llamarla:

- Hola, Pilar... Siento no haber podido llamar antes. Han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo, pero si quisieras... Me gustaría volver a verte...
- Fernando, Fernando, Fernando, ¡no tienes que justificar nada! Sabía que ibas a llamar más pronto que tarde y, ¡por supuesto que quiero volver a verte! Yo también tengo mi historia y me muero de ganas de contártela.
- Tienes la capacidad de relajarme con dos simples frases...
- Anda tonto, dime, ¿cuándo te va bien que nos veamos?
- Tendría que ser en domingo, ya he empezado en las bodegas y sólo libro ese día.
- De acuerdo. Quedamos este domingo a las 11:00, pero tendré que venir acompañada por Sofía, mi hija ¿Te importa?
- ¡Para nada! Yo intentaré convencer a Raúl para que también venga, puede estar bien.
- Hasta el domingo entonces. Un beso.
- Otro para ti...

El sábado por la noche, cuando ya se disponían a dormir, Fernando le dijo a su hijo:

- Raúl, mañana he quedado con Pilar. Vendrá con su hija y me

gustaría que tú también vinieras.

- De acuerdo. Será interesante.

El domingo amaneció con un frío cortante, un viento helado se colaba por las rendijas de la ventana de la habitación, así que padre e hijo coincidieron en tomarse una ducha con agua bien caliente y se abrigaron a conciencia para enfrentarse a las calles otoñales de Logroño. A las 10:15 salían de la pensión, rumbo al bar donde Fernando y Pilar coincidieron por primera vez. Raúl andaba con una sonrisa permanente en la cara, este hecho inquietaba a su padre, pero no se atrevió a abrir la boca.

Llegaron al bar diez minutos antes de la hora prevista y tomaron asiento en una de las mesas libres que quedaban, estaba bastante lleno a esa hora y un humo espeso colapsaba el ambiente. Café, coñac, cerveza, puros y cigarrillos se habían apoderado del recinto y la gente hablaba a grandes voces para hacerse oír:

- ¡Qué sitio más romántico para una cita! — dijo Raúl sarcásticamente.
- ¡Cuando lleguen podemos ir a dar un paseo! — respondió Fernando.
- ¿Se presentarán? — ironizó Raúl.
- ¡Muy a tu pesar, pronto estarán aquí! — dijo contundentemente, Fernando.
- ¡Veremos a quién le pesa más! — desafió Raúl.

Quince minutos más tarde, Pilar apareció junto a su hija. Iban con bufanda y guantes y sus caras reflejaban el frío que habían pasado durante el trayecto. Fernando se levantó como un resorte y levantó la mano para que los vieran, Pilar lo vio y estiró a su hija en dirección a la mesa.

Raúl seguía sentado y con la cabeza gacha, inmutable, cómo si aquello no fuera con él.

Mientras, Fernando saludaba a Pilar y a Sofía, la cual se notaba extraña y sonrojada:

- Venid, acercaos a la mesa que os presentaré a mi hijo Raúl. Si

tenemos que esperar a que sea él el que se levante a decir algo, nos puede dar la medianoche.

Se acercaron al chico y, justo cuando notó que estaban lo suficientemente cerca, levantó la cabeza con una sonrisa inmensa:

- ¡Hola! ¡Bienvenidas!

Pilar palideció aún más si cabe, tardó unos segundos en reaccionar y al final consiguió enlazar las palabras:

- E... Es... ¿Él es tu hijo?
- Sí, mi hijo Raúl. ¿Os habíais visto antes? — preguntó Fernando, sorprendido.
- Sí, sí. ¿Verdad Pilar? Coincidimos hace unas semanas, concretamente tres. — se anticipó, Raúl.
- ¿Tú? ¡Ahora lo entiendo todo! — dijo nerviosa, Pilar.

Sofía miraba a Pilar al tiempo que le apretaba la mano con más fuerza, Fernando observaba con cara de circunstancias la escena en la que se veía inmerso y Raúl parecía saborear cada fotograma que ahí se estaba produciendo:

- ¡Mejor salimos a dar un paseo, hay mucho humo aquí y a Sofía no le viene nada bien! ¿Verdad? — dijo impasible Raúl, mientras se levantaba de la silla y empezaba a andar hacia la calle.

Una vez estuvieron fuera, Fernando se puso firme:

- ¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí?

Pilar dio un paso al frente y explicó el porqué de esa situación:

- El último día que nos vimos, al despedirnos, me dirigí hacia el supermercado para continuar con mi jornada laboral. Al llegar, me encontré con el encargado, con cara de circunstancias, junto a tu hijo y enseguida me di cuenta que algo marchaba mal. El encargado me preguntó de dónde venía y le dije que había salido a desayunar como cada mañana; él me contestó que para desayunar disponíamos de media hora y yo había

salido del establecimiento a las nueve, había estado hora y media fuera. Tu hijo empezó a decir que llevaba más de media hora para comprar unas magdalenas y un refresco, que era vergonzoso y que estaba dispuesto a hacer una reclamación. Al final, mi encargado me hizo ir a buscar los productos que tu hijo había solicitado y se los regaló para evitar problemas. ¡Raúl había escogido las marcas que no se habían repuesto, porque había magdalenas y refrescos de todo tipo en los estantes! Raúl se fue y mi encargado me hizo pasar al despacho. ¡Me despidió!

Pilar rompió a llorar y Fernando se le acercó, pero ella lo frenó con las manos:

- Eso no es todo, Fernando. — dijo entre sollozos — Al salir de ahí, me dirigí a casa de una amiga para recoger a Sofía cuando, de repente, un guardia civil me dio el alto. Otra vez estaba Raúl en la escena, el guardia lo miró y él asintió con la cabeza ¡Me registró de arriba a abajo! Y cuál fue mi sorpresa que me encontró una cartera con el DNI de Raúl, supongo que, aprovechando el desconcierto en el supermercado, me la puso en el bolso; el guardia estaba dispuesto a llevarme al cuartel para tomar declaración, yo le dije que tenía que ir a por mi hija, que sólo tenía ocho años, necesitaba su inhalador para el asma y no tenía a nadie más que la pudiera cuidar. Entonces intervino Raúl, cogió la cartera, la miró y dijo que sólo faltaba el dinero, dos mil pesetas, que si era por él se quedaba satisfecho si le devolvía el dinero. ¡Estaba desesperada! ¡No podía creer lo que me estaba pasando! Así que me acompañaron al banco para poder sacar dinero y entregarle lo que pedía para evitar perder más tiempo. Al darle el dinero me susurró que pronto nos volveríamos a ver. Y... ya ves... aquí

estamos, cerrando el círculo de esta historia. Ya hemos sufrido bastante mi hija y yo, así que esta es la última vez que nos vemos, Fernando, lo siento de verdad.

Fernando estaba enfurecido, miraba a Pilar, a Raúl y no sabía qué hacer ni qué decir, así que optó por huir, alejarse de ahí a toda prisa, esparciendo lágrimas en el aire, ensanchando los pulmones y encogiendo el alma.

Sofía, a pesar de su corta edad, estaba enrojecida de rabia. Tenía los ojos clavados a los de Raúl, mostrando una mirada de odio a la vez que desafiante. Incluso intentó darle un puntapié pero Pilar evitó el impacto atrayéndola a su vera con un suave tirón.

Raúl seguía con su impertérrita sonrisa, le guiñó el ojo a Sofía y se despidió con un:

- Ha sido un placer. — Se alejó con las manos en los bolsillos y silbando “What a wonderful world” de Louis Armstrong.

CAPÍTULO 6.- CONFIDENCIAS

Pasada la medianoche, Fernando irrumpió en la habitación de la pensión, tenía signos evidentes de embriaguez y a duras penas llegó a alcanzar el lecho. Esta vez no se pensaba callar nada:

- ¿Por qué diablos te comportas así? ¡Me das miedo! — dijo con la boca pastosa y escupiendo en cada palabra que pronunciaba. — ¡Sé que estás despierto! ¿Por qué? ¡Dime!
- Shhhhh! Vas a despertar a los demás huéspedes, cálmate, ponte cómodo y déjame hablar. Mañana quizás no te acuerdes de nada, pero es la única manera de que te tranquilices y duermas un poco. — susurró Raúl.
- ¡Déjate de palabrerías! ¡Dame una explicación convincente u olvídate de mí!
- ¿Me estás amenazando antes de escucharme? Lo que he hecho ha sido por el bien de los dos, quizás no fue la mejor forma de actuar, pero no voy a permitir que nadie se ría de nosotros. El día que tenías la entrevista sospeché que algo estabas tramando, sueles aprovechar hasta el último instante en la cama y el hecho de que a las siete y media ya estuvieras en la ducha hizo que me picara la curiosidad. Ten en cuenta que ya hace unos meses que apenas me haces caso, decidiste cambiar de localidad sin siquiera preguntar y todo esto me está afectando. Siempre he tenido claro que si queremos tirar adelante, tenemos que estar unidos, protegernos y hacernos respetar. Tú tienes que tapar mis defectos y yo los tuyos y he actuado en consecuencia. En resumen, ese día decidí seguirte, os estuve espiando en el bar y me fijé en el uniforme de Pilar. Enseguida me di cuenta de dónde trabajaba, así que me dirigí hacia ahí, comenté a una cajera que había visto una mujer con

el mismo uniforme en el bar y ella, muy maja, me dio la información que necesitaba y me asusté; ya se sabe, si alguien hace algo malo en el trabajo, el compañero aprovechará para criticarlo. Lo que viene después ya lo sabes ¡No estaba dispuesto a permitir que nadie nos quite lo poco que tenemos! Y perdona que te diga, papá, pero una mujer separada con una hija, con un trabajo mal pagado y que de golpe y porrazo se fijó en ti, no deja de ser sospechoso. Ahora estás dolido, es normal, tú también te encuentras solo y el hecho de que Pilar se fijara en ti fue como un bálsamo, pero verás que con el tiempo me agradecerás lo que hice.

- Perdóname, hijo. No me había dado cuenta que te tenía tan desatendido y quizás tengas razón. Lo mejor es tirar para adelante los dos, sin que otras personas nos cambien el rumbo que queremos llevar.
- No hay nada que perdonar, papá. Lo único que te pido es que me escuches un poco más, de esta manera las cosas nos irán mejor.

Finalmente, el discurso se lo había dado Raúl a su padre, consiguiendo que se sintiera culpable por las decisiones que había tomado esos últimos meses. Los dos se pusieron a dormir después de un día intenso y lleno de emociones.

CAPÍTULO 7.- NUEVO HOGAR, MISMA HISTORIA

Por suerte, después de las tormentas de los últimos tiempos, Fernando y Raúl vivieron una época de calma absoluta: Fernando empezaba a destacar de entre los peones de la bodega y Raúl ya estaba finalizando la EGB sin mayores contratiempos. Seguían en la pensión de Julio y Carmen, que eran un gran apoyo para Fernando, pero estaban barajando la posibilidad de buscarse un piso de alquiler para tener mayor intimidad e independencia.

Corría el año 1986, año en qué España se adhiere a la Comunidad Económica Europea, las cifras del paro se mantenían por encima de la media europea pero la adhesión a Europa significó derruir los últimos vestigios de la dictadura, que aumentara el PIB y que se avanzase hacia la modernización del país.

Otro hecho destacable era el mundial de fútbol que se celebraba en Méjico. Fernando, un apasionado de ese deporte, lo esperaba ansioso, sentía que podría ser un buen año para la selección y por ello, los Reyes Magos decidieron traerle una camiseta de La Roja con el número siete de Butragueño serigrafiado en la espalda.

Raúl, por su parte, esos últimos meses se había limitado a ir de la pensión al colegio y del colegio a la pensión. De vez en cuando se perdía por las calles de Logroño durante horas, pero Fernando nunca se atrevió a preguntar qué hacía durante esos largos paseos, se contentaba con que no se metiera en problemas.

Con el mes de marzo agonizando, Fernando decidió tomarse un día libre en el trabajo para ir a ver pisos, aprovechando que Raúl no tenía clases por ser Semana Santa. Desde la llegada a Logroño había trabajado duro y, a base de horas, había conseguido agrupar unos agradecidos ahorros con los que podrían disponer de un hogar debidamente acondicionado; unas pretensiones simples pero que nunca había podido alcanzar.

Pasaron toda la mañana visitando pisos, pero no encontraban uno que cumpliera sus expectativas: los unos por viejos, los otros por caros o demasiado alejados del centro.

Después de una copiosa comida en un restaurante con un menú casero exquisito, pusieron rumbo a la Avenida de Colón donde estaba situado un piso que alquilaba un conocido de Julio. Su situación era perfecta: estaba muy próximo al instituto donde Raúl tenía intención de cursar la Formación Profesional en electricidad, el Instituto Hermanos Delhuyar; y para Fernando no suponía un inconveniente ya que el encargado de las bodegas podía pasar a buscarlo por ahí, como lo hacía actualmente por la pensión.

El piso estaba compuesto por dos habitaciones amplias y un pequeño despacho, un baño y dos salidas exteriores: un balcón largo y estrecho que daba a la avenida y una pequeña galería situada en el patio de luces. Pero lo que más destacaba era el salón: luminoso, amplio y amueblado con muy buen gusto; si bien las habitaciones se tenían que acondicionar, poco más había que añadir para entrar a vivir.

Fernando ya se imaginaba sentado en el sofá del magnífico salón, con la nevera llena de cervezas y disfrutando del Mundial; sólo se perdería el último partido de la fase de grupos, en el que España jugaba en miércoles.

Pero quedaba lo más importante, el precio. ¿Podría permitírselo? Mientras Fernando dejaba volar su imaginación, totalmente absorto, Raúl iba de un lado para otro de la vivienda e iba mostrando pequeños desperfectos al casero:

- Hay humedades en las habitaciones, el lavabo pierde agua y las puertas están mal engrasadas. — le decía al propietario, con cara de circunstancias.
- En caso de llegar a un acuerdo, todo eso se solucionará, podéis estar tranquilos.

Jaime era un señor de unos sesenta años, con voz grave y calmada, rebosaba tranquilidad y bondad. Había enviudado hacía poco más de un año y quería alejarse del piso donde había convivido veinticinco años con su amada mujer. Notaba que se ahogaba ahí dentro, inundado por los recuerdos que había vivido entre esas paredes, tan frías e inertes ahora pero que hace unos años estaban llenas de calor y vida.

Fernando, despertó de repente al escuchar la pregunta que hizo su hijo a Jaime:

- ¿Su mujer está de acuerdo en alquilar el piso? — soltó con voz inocente.

Los ojos de Jaime se empezaron a empañar y con voz temblorosa contestó:

- Perdí a mi mujer hace unos meses, es por ello que quiero cambiar de residencia. Este piso me trae demasiados recuerdos y no quiero estar los años que me quedan siendo un muerto en vida.

Raúl sabía perfectamente su situación, así les informó Julio antes de ir a ver el piso. Fernando no daba crédito a lo que estaba oyendo:

- A usted le interesa desprenderse del piso y a nosotros nos parece una vivienda aceptable. Hay cosas mejores, pero si lo compensa económicamente seguro que podemos llegar a un acuerdo.
- Es un piso amplio y luminoso, bien conservado. Mi idea era alquilarlo por veintiocho mil pesetas. — dijo dubitativo, Jaime.
- Por veintiocho mil pesetas ya hubiéramos alquilado viviendas mucho mejores que esta. Creo que quince pesetas ya es una cuota generosa, ¿qué le parece?
- ¡Esto es mucho menos de lo que yo tenía pensado! Por ese precio no puedo alquilarlo, ¿qué os parece si lo dejamos en veintitrés mil pesetas?
- Veinte mil.
- De acuerdo, no es lo esperado pero pienso que estará bien cuidado, Julio me ha dado buenas referencias.

Fernando continuaba en silencio, avergonzado y, como otras tantas veces, sin saber reaccionar. Al fin tuvo que intervenir:

- Puede estar tranquilo, don Jaime, el piso estará cuidado cómo

se merece. ¿Le parece bien si acordamos el pago el día cinco de cada mes?

- Me parece bien, el día cinco de cada mes. Me pasaré por aquí antes del anochecer si no es mucha molestia.
- ¡Es perfecto! Durante el día estoy en las bodegas y no iba a encontrar pagador. — ironizó Fernando, mientras cerraba el acuerdo con un buen apretón de manos.

Se dirigieron a la pensión en silencio, hasta que Raúl lo rompió:

- ¿No me felicitas? He conseguido rebajar ocho mil pesetas el precio de alquiler.
- Quizás has sido un poco brusco. Ya sabíamos su situación y le has tocado donde más le dolía.
- Era la manera, papá. Tenemos que mirar por nosotros, nadie nos ha regalado nada.
- Tienes razón, hijo. Además, es un piso fabuloso y cinco mil pesetas más barato del presupuesto que habíamos acordado inicialmente.

Al día siguiente, después del trabajo, Fernando fue a firmar el contrato y, llaves en mano, se dirigió hacia la pensión. Al llegar, saludó fugazmente a Julio y subió raudo hacia la habitación:

- ¡Ya tenemos nuestro hogar, hijo! El sábado iremos a comprar las camas, el televisor, una vajilla y los enseres para poder cocinar. ¿Hay alguna cosa más que te parezca indispensable?
- ¡Papel higiénico! — dijo divertido, Raúl.

Por primera vez en años, Raúl y Fernando estaban riendo a carcajadas. ¡Juntos!

El traslado se hizo en poco más de una semana, a mediados de abril ya lo tenían todo listo para entrar a vivir. Incluso los desperfectos que vio Raúl se repararon debidamente.

Llegó el esperado mes de junio, mes del mundial. Fernando, con la ilusión de

un chiquillo, disfrutó de la fase de grupos (donde España se clasificó para octavos de final con cierta holgura. Se ilusionó aún más cuando, en octavos de final, la selección endosó un contundente 5 a 1 a la selección de Dinamarca. Por desgracia, a pesar que el azar fue generoso y puso en el camino de cuartos a Bélgica, España quedó apeada del mundial en una fatídica tanda de penaltis. Argentina se alzó con el trofeo, ascendiendo a Diego Armando Maradona al Olimpo de los dioses.

CAPÍTULO 8.- PASEN Y BEA

- Hola, mi niña. ¿Qué tal el primer día de colegio?
- Muy largo sin ti, acostumbrada a las vacaciones... Te he echado de menos.
- Y yo, mi amor. Pero pronto acabarás la EGB y podremos estar juntos en el instituto.
- Mis padres empiezan a sospechar algo, pero como están tan ocupados...
- Nadie podrá interponerse entre nosotros, puedes estar tranquila.

Raúl y Bea quedaron después de finalizar las clases. Era hora de continuar con la rutina después de un verano intenso. Habían compartido mañana y tarde, hasta el anochecer y ahora se les hacía duro estar separados durante unas horas.

Se conocieron el día en qué Raúl resquebrajó los vínculos entre Fernando y Pilar. Mientras se alejaba satisfecho y tranquilo de la tempestad que había formado, se encontró a Bea en el parque del Espolón llorando desconsoladamente. Raúl se sentó a su lado y empezó a hablarle con voz dulce y templada:

- No puede ser que una chica tan guapa eche a perder esa carita de ángel con lágrimas innecesarias.

Bea alzó la vista y sonrió con esfuerzo.

- Me llamo Raúl y me gustaría ser tu amigo. ¿Por qué estás así?
- Mis padres siempre están ocupados y nunca se dan cuenta de mis problemas. — sollozó Bea.
- Yo estoy dispuesto a escucharlos y ayudarte, en caso de que me sea posible.

A partir de ese día se hicieron inseparables. Raúl sabía escuchar y calmaba a Bea con una dialéctica magistral; Bea se aferró a Raúl como si fuera un bote salvavidas, estaba necesitada de afecto y comprensión y Raúl colmaba esas

necesidades. Día tras día, su relación de amistad se convirtió en algo más profundo.

Bea era una chica delgada, con un gran cabello negro azabache, sus ojos verdes invitaban a perderse en ellos y su cuerpo estaba empezando a dejar atrás la niñez. Tenía dos años menos que Raúl y este curso iniciaba octavo de EGB en el colegio Bretón de los Herreros. Su intención era acabar y matricularse en BUP en el mismo instituto dónde Raúl estaba cursando la FP de electricidad; pero sus padres querían matricularla en un instituto privado en el cual, según ellos, había mejores recursos para poder darle la preparación óptima para ir a la universidad. Era una familia adinerada, pero el ser propietarios de una empresa suponía pasar muchas horas inmersos en su trabajo y, por consiguiente, descuidar su vida familiar.

A Raúl le encantaba la fragilidad de Bea, su dulzura y, sobre todo, la inseguridad que mostraba en cada uno de los pasos que daba. Siempre preguntaba a Raúl qué hacer, cómo hacerlo o cuando hacerlo y Raúl se estremecía sintiéndose tan poderoso, el mismo estremecimiento que sentía cuando notaba el contacto de sus manos y de sus labios.

La pareja prosiguió su paseo por las calles de Logroño hablando del inicio de curso, de los nuevos compañeros, los profesores y de las ganas que tenían que llegaran las Navidades.

Como de costumbre, a las ocho se despidieron cerca de la casa donde vivía Bea, sus padres llegarían en media hora y no quería correr riesgos innecesarios. Se besaron tiernamente y sus manos se escurrieron pesadamente.

- ¿Dónde has estado, Bea?
- ¿Mamá? ¿Qué haces aquí tan pronto?
- ¡Aquí las preguntas las hago yo! ¿De dónde vienes? Y, ¿quién era el chico con el que te besabas? — dijo inquisitoriamente.
- Yo... Él... ¡Basta mamá! ¡Estoy harta! Estoy harta de que no me hagáis caso, harta de criarme con una niñera o, mejor dicho, con cientos de ellas. Raúl me escucha, me ayuda, me

comprende.

- ¿Pero te estás oyendo? Trabajamos duro para darte la mejor de las educaciones, tienes que estar centrada en los estudios para ser una mujer de provecho; déjate de chicos desaliñados, ¡olvídate de él!
- ¡No voy a hacerlo, mamá! Lo siento.
- Lo harás, hija. Lo harás.

Bea corrió hacia su habitación, llorando desconsoladamente. Se sentía furiosa, impotente, ¿cómo podían ser tan injustos con ella? ¿Por qué no la dejaban que fuera feliz?

Su padre llegó a casa y, después de escuchar la noticia de boca de su mujer, se limitó a subir a la habitación de Bea y, sin mediar palabra, le dio un bofetón:

- El año que viene te vas a un instituto, interna. No vamos a dejar que te echas a perder.

Pegó un portazo y se fue a cenar sin el menor signo de remordimiento.

Bea siempre había tenido la sensación de que estorbaba a sus padres y, junto con el odio que sentía en ese momento, tenía el suficiente valor como para poner remedio a esa situación.

Eran las tres de la madrugada y una llovizna otoñal empapaba las calles lentamente. La humedad en su piel, la reconfortaba; andaba con paso firme cargando una pequeña mochila. Se paró en la puerta del bloque y respiró hondo antes de llamar al timbre:

- ¿Dígame?— Fernando, completamente adormilado, contestó extrañado intentando ver por el hueco de la escalera quién llamaba a esas horas de la madrugada.
- Disculpe las horas, Don Fernando. ¿Está Raúl?

A Fernando le dio un vuelco el corazón, imaginaba que su hijo se había vuelto a poner en problemas:

- ¿De parte de quién?
- Soy Bea, su novia.

Fernando no entendía nada, pero se limitó a despertar a Raúl:

- Hijo, hijo... Que hay una chica en el portal preguntando por ti, dice que es tu novia.

Raúl se levantó como un resorte y bajó corriendo por las escaleras. Ahí se encontró a Bea, empapada tanto por la lluvia como por las lágrimas que se le escapaban sin poder evitarlo:

- ¿Qué ha pasado, mi amor?
- Mis padres, me han prohibido volver a verte. Me quieren internar en un instituto.
- Vamos, subamos a casa, necesitas descansar. Mañana veremos qué hacer.

Bea, después de las debidas presentaciones, explicó lo ocurrido a Raúl y Fernando, el cual estaba perplejo:

- Mañana me tomaré el día libre y buscaremos la forma de solucionar esto.
- No hace falta, papá. Ya me encargaré yo, no queremos serte un inconveniente.
- ¡Para nada, hijo! Tú siempre me recuerdas que tenemos que protegernos y en las bodegas lo van a entender, tengo días de vacaciones pendientes, así que no os preocupéis.
- ¡Qué suerte tenéis! Es bonito veros tan unidos. Yo nunca he tenido esta complicidad. — dijo Bea, melancólica.

Raúl le secaba las lágrimas mientras se dirigían a la habitación. Durmieron entrelazados lo que quedaba de noche mientras Fernando, en la habitación anexa, no paraba de dar vueltas a lo acontecido buscando la mejor solución para el delicado conflicto.

El día amaneció gris y el sueño envolvía el ambiente. Fernando preparó el desayuno compuesto por tostadas con mantequilla y mermelada acompañadas con un vaso de leche para los chicos y un café bien cargado para él.

Mientras comían, hablaron de cuál sería el primer paso a realizar:

- Tendríamos que llevarte a casa y hablar con tus padres de lo ocurrido. — expuso, Fernando.
- ¡No quiero volver! Si vuelvo a entrar en esa casa seré como una prisionera, ahora tienen la excusa perfecta para manejar mi vida a su antojo. — dijo con desesperación, Bea.
- Vamos a la Guardia Civil y denunciemos los hechos. — aseveró, Raúl.
- Servirá de poca cosa. Lo primero que harán será llevarla a casa y hablar con sus padres; mejor ser nosotros quienes arreglemos esto directamente— rebatió, Fernando poniendo cordura a toda esa situación.
- Tiene razón, tengo que enfrentarme a ellos y, con vuestro soporte, seguro que todo llega a buen puerto. — se convenció, Bea.
- Está bien — espetó, Raúl sin mucho convencimiento. — Dadme un minuto que llamo a Juan un momento para avisarle de que no iré a clase.

Juan era un chico alto y delgado que estaba en el tercer curso de electricidad, vivía cerca del piso de Raúl y habían tenido un contacto ocasional, más bien dado por la proximidad de sus viviendas que por la buena conexión entre ellos.

Pusieron rumbo a casa de Bea, estaba alejada del centro, en una zona residencial donde vivían las familias más adineradas de Logroño. A medida que se acercaban, una extensión de jardines perfectamente cuidados aparecían a su vista; ladridos de perros defensores de sus fortalezas acompañaban sus ligeros pasos. Fernando miraba embelesado la perfección de esas magníficas construcciones, a sabiendas que ni con quinientos años de trabajo duro podría optar siquiera a colocar la primera piedra en alguno de los muchos terrenos libres que esperaban ser poseídos.

Bea caminaba con la respiración acelerada, se estaban aproximando a su destino y los nervios la estaban invadiendo sobremanera. Raúl acariciaba su

mano, en silencio, pensativo.

A lo lejos avistaron una pareja de guardias civiles resguardados en el porche del chalet de Bea. Sus padres vociferaban fervientemente, haciendo aspavientos, visiblemente alterados y los guardias escuchaban sin perder la compostura. Bea miró a Raúl y estrechó con fuerza su mano, él se limitó a sonreír y asentir con la cabeza.

- Llegó el momento. — indicó, Fernando. — Hablemos con tranquilidad, se les ve muy consternados y no conviene acelerarlos más.

La pareja asintió mientras aceleraba el paso.

- ¡Hija! ¿Dónde has estado? — exclamó Fina, con la cara totalmente desencajada. Se lanzó a sus brazos, llorando desconsoladamente.

Su padre, Aitor, caminaba con paso firme hacia ellos. Su cara inexpresiva descolocó a Fernando y Raúl:

- ¡Buenos días! ¿Se puede saber quiénes son ustedes?

Raúl dio un paso al frente sin titubear:

- Soy Raúl, el novio de su hija. Encantado. — dijo, extendiendo la mano.
- Yo no lo estoy tanto, tú eres el causante de toda esta situación. Ahora mismo vas a dar media vuelta y vas a desaparecer para siempre de nuestras vidas.

Bea apartó a su madre y se plantó a escasos centímetros de la cara de su padre:

- ¡Él no va a desaparecer! Es mi apoyo, me da el cariño que vosotros no sabéis darme y tenéis que aceptarlo. Es parte de mi vida, no intentes romper el fino hilo que me une a ti.

Un silencio se apoderó de la escena, los guardias civiles parecían entretenerse con el espectáculo que se había formado delante de sus ojos y, como en los mejores seriales televisivos, esperaban con ansia el desenlace final.

Fina quebró el silencio dulcemente:

- Aitor, no es momento de tomar decisiones ahora. Lo importante es que nuestra niña está bien, pasemos dentro y hablémoslo en la intimidad. ¿Os apetece tomar el almuerzo con nosotros?
- Por supuesto. — respondió, Fernando. Raúl asintió con expresión seria.

Los dos guardias civiles, dieron por concluido su trabajo y se despidieron sin más preámbulos, una urgencia en el centro de la ciudad requería su presencia. Nada tenía que ver la actividad del cuerpo de la Guardia Civil de Logroño con la que tenía don Ignacio en la Sierra de Híjar.

CAPÍTULO 9.- NUNCA RELÉ-GADO

Las dos familias se adentraron en la vivienda: un recibidor escuetamente vestido era el engañoso prelude de una magnífica sala de estar decorada exquisitamente con muebles rústicos de importación; unas alfombras persas abrigaban el suelo y un lar de fuego descansaba en el tabique principal; diversas figuras de porcelana resplandecían en varios estantes y una colección de novelas y enciclopedias se exhibían en una colosal estantería que se situaba en la parte izquierda de la sala. Pero a Fernando, lo que le maravilló fue el espectacular televisor que yacía sobre una cómoda adornada con relieves tallados artesanalmente.

Fina les invitó a sentarse en el largo sofá, perfectamente acolchado, que parecía querer apoderarse de los sueños de quien ahí reposaba. Mientras ella se esfumaba a la cocina para preparar el almuerzo, los invitados, junto con Aitor y Bea, permanecieron aposentados y en silencio.

Cuando la tensión se hizo insostenible, apareció Fina con un contundente almuerzo: Empanadas fritas con atún y bocadillos de chorizo, todo ello acompañado por café, zumo y agua.

- Por favor, servíos lo que queráis, no os dé vergüenza. El chorizo es de nuestras carnicerías, os lo recomiendo.

Los allí presentes empezaron a comer, primero con timidez, pero después de los primeros bocados la actitud cambió totalmente y mostraron más avidez por la comida allí expuesta.

- Está todo riquísimo, Doña Fina— afirmó Fernando con convencimiento.
- Cuando la materia prima es buena, es muy fácil cocinar — dijo Fina modestamente.

Aitor irrumpió de repente:

- Bueno señores, no estamos aquí para comer y regalar los oídos a mi esposa. ¿Alguien me puede explicar que ha pasado?

Bea, sin soltar la mano de Raúl, se desnudó ante sus padres: explicó sus sentimientos, sus inquietudes, la historia de amor con Raúl y dejó muy claro que él le había hecho madurar como persona, que era parte esencial en su vida.

El silencio volvió a invadir la sala, Fina no apartaba la mirada de Aitor que permanecía pensativo. Fernando mantenía la vista al suelo, sin atreverse a mover ni siquiera una pestaña, mientras Raúl y Bea se lanzaban miradas de complicidad mientras se acariciaban las manos.

- ¡Está bien! — sorprendió Aitor. — Te vamos a apoyar en esto, considero que eres demasiado joven para saber lo que quieres, pero Fernando me ha parecido un hombre noble y trabajador y estoy seguro que Raúl ha recibido una buena educación.
- ¡Gracias papá! ¡Necesitaba tanto una relación como esta...!

Bea no paraba de abrazar y besar a su padre mientras Fina mantenía la compostura conteniendo las lágrimas, unas lágrimas de orgullo y felicidad. Echaba tanto de menos la relación con su hija...

De repente el teléfono sonó con insistencia:

- ¡Dígame! ¿Cómo? Ahora mismo voy. — Aitor colgó el teléfono y se disculpó ante los invitados. — Me han llamado del matadero, las cámaras frigoríficas han dejado de funcionar y no hay manera de contactar con el electricista, voy a ver qué podemos hacer, si no se soluciona rápido se puede echar a perder una gran cantidad de carne.
- Voy con usted, puedo ser de utilidad. — reaccionó Raúl de forma contundente.

Se dirigieron hacia la casa de Raúl para coger herramientas y después pusieron rumbo al matadero tan rápido como la furgoneta de la empresa, una Mercedes Benz último modelo, les permitía. Raúl aprovechó el viaje para exponer a Aitor que estaba estudiando electricidad, era su segundo año, y creía que había adquirido ciertos conocimientos como para poder arreglar, al menos provisionalmente, la avería de las cámaras frigoríficas.

Aitor le explicó que la carne, una vez sacrificado el animal, sólo puede estar uno o dos días como mucho a temperatura ambiente para poder ofrecerla al consumo en excelentes condiciones, que las cámaras frigoríficas la conservan a cuatro grados y eso les permite mantener la carne entre tres y cinco semanas, tiempo suficiente para ir reponiendo las diez carnicerías que tenían a lo largo de la provincia de Logroño.

Llegaron al matadero y varios trabajadores esperaban impacientes en la puerta de entrada:

- ¡Don Aitor! Hemos intentado contactar con el electricista y no ha habido manera, no hacía ni media hora que su aprendiz se había ido cuando las cámaras dejaron de funcionar. Mario ha ido al centro en busca de algún electricista libre, a ver si hay suerte.
- ¿Habéis intentado mirar qué ha podido pasar?
- Por supuesto, Don Aitor, pero no hemos detectado nada extraño. En principio todo está en regla.

Aitor y Raúl se adentraron en la nave y se dirigieron directamente a las cámaras frigoríficas. Raúl fue directo al cajetín de conexiones del compresor y tomó tensión entre la entrada del relé y del Klixon; se mostraba muy seguro de sí mismo y eso pareció tranquilizar a Aitor.

- Como la cámara no se pone en marcha ha de ser un problema de conexiones. Hay tensión entre el relé y el Klixon. Por lo que he podido ver, creo que el relé de intensidad está defectuoso, necesitamos uno nuevo.
- El electricista suele dejar material en nuestro almacén.
- Vamos Aitor, si encontramos un relé, creo que el problema se va a solucionar.

Por suerte encontraron un relé en el almacén y Raúl lo cambió con rapidez y destreza, volvió a conectar el compresor y “¡voilà!”, la cámara frigorífica arrancó de nuevo como si nada hubiera pasado.

Aitor no daba crédito, corrió hacia Raúl y lo abrazó con fuerza:

- Perdóname, muchacho. No he sido justo contigo, he intentado proteger demasiado a Bea y no me daba cuenta que ella también tiene derecho a hacer su camino, aún con riesgo a equivocarse. Su madre y yo también empezamos muy jóvenes y no nos ha ido nada mal.

Raúl, estoy orgulloso de ti y orgulloso de que mi hija se haya fijado en un chico cómo tú. ¿Amigos?

- ¡Amigos! — espetó Raúl entre carcajadas, mientras pensaba que quizás sí que tenía razón su padre: “serás una persona importante”.

Llegaron de nuevo a casa de Aitor, entraron cogidos de los hombros y les entró un ataque de risa al ver la cara de estupefacción de los ahí presentes.

- Fina, Bea, hoy tenemos el día libre. Nos vamos a comer toda la familia y cuando digo familia me refiero a vosotras dos, a ese señor con cara de haber visto un fantasma y a este muchachote que tengo a mi lado. Raúl me ha solucionado el problema en quince minutos, ¡qué maravilla verlo trabajar! — anunció Aitor, mientras no paraba de sonreír y estrujar el cabello de Raúl.
- ¡Aitor, al final me arrancas la cabellera! — dijo Raúl a carcajada limpia.

Bea se lanzó a los brazos de su padre y de su novio, sus lágrimas brotaban incesantes, pero esta vez eran muy distintas a las que desparramó la noche anterior.

Raúl se separó de ellos y se dirigió hacia su padre:

- Gracias, papá. Gracias por darme la oportunidad de crecer en esta bonita ciudad, sacrificando tus raíces por mí.

Fernando empezó a sollozar mientras abrazaba a su hijo como nunca antes lo había hecho. “Esta chica lo ha hecho madurar”, se decía en sus adentros.

Fina se unió a la fiesta familiar y se fue a abrazar a su hija y a su marido, para después dirigirse a Raúl y decirle:

- Bienvenido a la familia, espero que no te arrepientas, no sabes dónde te metes — dijo burlona.
- Quiero estar con Bea, aunque tenga que aguantaros a vosotros de rebote — contrarrestó Raúl de forma ingeniosa.

El día siguiente amaneció radiante, quizás homenajando los acontecimientos acaecidos el día anterior. Todo el mundo volvió a sus actividades habituales, esta vez sin sobresaltos.

- ¿Qué tal, Juan? — Raúl se encontró a su compañero en el portal.
- ¿Qué hay de lo mío? — se limitó a decir, Juan secamente.
- Lo prometido es deuda, aquí tienes dos mil pesetas.
- Buen chico, ¿todo bien?
- Todo perfecto, mejor de lo esperado.
- Me alegro, cuando quieras hacer negocios ya sabes.
- Nos vemos, Juan. Y dale las gracias a tu hermano por dejarme un relé de recambio en el almacén, me facilitó mucho el trabajo.
- Así lo haré, adiós.

Juan tenía un hermano algo mayor que él, estaba de aprendiz con el electricista que hacía el mantenimiento a la empresa de los padres de Bea. En una de las conversaciones ocasionales de camino al instituto, Raúl le insinuó a Juan si él y su hermano estarían dispuestos a sacarse un sobresueldo. Eran una familia muy humilde, huérfanos de padre y con su madre enferma, cualquier dinero extra era bienvenido.

Por ello, la mañana anterior no dudó en llamar a Juan y poner su plan en marcha. Las dos mil pesetas que obtuvo de Pilar y que había guardado pacientemente para una situación límite, estaban eficazmente invertidas...

CAPÍTULO 10.- LA EXPOSICIÓN DE BEA

Después del heroico trabajo realizado por Raúl, vinieron unos años de bonanza: Raúl terminó sus estudios de FP y estaba trabajando como jefe de mantenimiento en la empresa de Aitor; Bea, por su parte, tenía un expediente académico espectacular y afrontaba el último año en el instituto. Ya estaba más que preparada para presentarse a selectividad y poder escoger la carrera de sus sueños, médico, su deseo era especializarse en pediatría; Fernando continuaba trabajando en las bodegas pese a la inestabilidad económica que estaba viviendo el país. Se rumoreaba que la empresa se vería obligada a hacer reducción de plantilla pero, de momento, a él no le habían insinuado nada; Aitor y Fina seguían luchando por sus carnicerías día tras día y se mostraban radiantes con la idea de que Bea estudiara medicina. Trabajaban duro para poder costearle los estudios.

Era el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Exposición Universal de Sevilla, la guerra del Golfo había creado conflictos entre países, hecho que estaba aumentando el precio del petróleo de forma peligrosa. Las tensiones por el petróleo iban acompañadas por el estallido de la burbuja inmobiliaria en Japón y estaba afectando a las bolsas de todo el mundo. España, por su lado, gracias a las fuertes inversiones en infraestructuras, mantenía un porcentaje de empleo aceptable pero la deuda pública iba aumentando peligrosamente y la inversión empresarial descendía a un ritmo vertiginoso.

El mes de mayo se escurría rápidamente y un repiqueteo de nerviosismo e inseguridad torturaba el estómago de Bea. Quedaban dos semanas para la fatídica prueba de selectividad, ahí se jugaba gran parte de su futuro. El día de la Rioja y las fiestas de San Bernabé caían justo la semana antes del examen pero ella sólo pensaba en estudiar. Raúl le insistía en que, por lo menos una noche, tendrían que salir a cenar y tomar algo.

Llegaron a un acuerdo y el día 11 de junio fue el día escogido, coincidiendo con la festividad de San Bernabé. La idea era ver la capea de vaquillas e irse a

cenar con la familia, después, los chicos, se irían a tomar algo hasta las tres de la madrugada, así lo pactaron.

Era una tarde calurosa, Fernando estaba en la ducha mientras Raúl se estaba vistiendo. Había decidido ponerse unos pantalones vaqueros con una camisa de manga corta, hacía demasiado calor para ir de largo pero no debía ponerse pantalón corto, sabía que a Aitor no le iba a gustar.

Una vez estuvieron listos, esperaron a que Bea y su familia pasaran a recogerlos:

- ¿Qué tal, papá? ¿se me ve bien?
- Perfecto, hijo.

El timbre sonó y bajaron como una exhalación por las escaleras, no querían hacerles esperar:

- ¡Buenas tardes, familia! — exclamó Aitor.
- Buenas tardes, Aitor, buenas tardes, Fina. Mi amor, estás... ¡preciosa!
- Gracias, cariño. Ya que me he decidido a salir, por lo menos ir un poco apañada.
- Estás radiante, Bea. Y usted también, Doña Fina. — añadió Fernando.
- ¿Se está insinuando a mi mujer, Fernando? — se burló Aitor.
- Le tengo dicho que no me llame “Doña”, ¡me hace muy vieja!

Entre burlas y conversaciones triviales, llegaron al lugar de la capea de vaquillas y tomaron posiciones para ver el espectáculo, ninguno de ellos tenía intención de salir al ruedo, pero les gustaba ver correr a los osados y, la mayoría, embriagados imitadores de toreros.

Fue una capea muy divertida, carcajadas, comentarios de si una vaquilla había hecho volar por los aires a un muchacho o de si un muchacho casi mata del susto a una vaquilla con sus gritos de guerra.

Cuando acabó la corrida pusieron rumbo a la Calle Laurel, allí tenían una mesa reservada en la terraza del bar, la empresa cárnica suministraba la carne al

restaurante y siempre eran tratados estupendamente por los dueños. Su idea era pedir varias raciones de diferentes pinchos acompañados por unas cañas perfectamente tiradas y uno de los mejores vinos de la bodega.

La comida fue amena y el alcohol empezaba a hacer efecto a los asistentes. Pidieron los cafés y Aitor, cómo era costumbre, sacó su cajetilla de puros habanos:

- Raúl, por favor, tu primero.

Raúl se había aficionado a los habanos a fuerza de ver saborear a Aitor uno de esos puros en cada comida familiar que se preciaba. El hecho de ponerse el puro en los labios le hacía sentirse poderoso, siempre había pensado que la escena de la calada de Humphrey Bogart, en Casablanca, hubiera sido mucho más impactante si hubiera tenido un buen puro habano en sus labios.

A las doce dieron por concluida la cena y los respectivos padres se despidieron de sus pollitos:

- No alarguéis mucho la noche, a cierta hora la gente ya no sabe mucho lo que hace. — avisó Fina, con preocupación.
- No se preocupe, Fina. Cómo muy tarde a las tres la tendrá en casa.
- Pasarlo bien, chicos. — agregó Aitor.
- Buenas noches, familia. — se despidió Fernando.

Los muchachos llegaron a la Calle Mayor, punto de reunión habitual. Enseguida vieron a dos compañeros de Raúl y se acercaron a saludarles. Raúl empezó a hablar con ellos mientras Bea buscaba con la mirada a alguien de su grupo, no había rastro de ellos:

- “Se han quedado todos a estudiar y descansar” — pensó, tristemente, Bea. — Raúl, Raúl... — dijo con voz débil.
- Un momento, cariño.
- Pero es qué...
- Chicos, disculpadme, ya sabéis... Basta que te lo estés pasando bien, para que la novia reclame tu atención — dijo, de

manera agresiva. — ¿Qué sucede? — su voz sonó cortante.

- Es que no hay nadie de mi grupo. ¿Tomamos una copa y nos marchamos?
- Estábamos hablando de tomarnos algo aquí e ir a la Plaza del Mercado.
- Quédate, si quieres, yo me voy a casa.
- ¿No te importa?
- Para nada... Diviértete, ya nos veremos mañana.

Bea y Raúl se besaron y se despidieron, sin más. Bea quedó extrañada, no era usual que Raúl no la acompañara a casa y más, con lo alejada que estaba de ella.

Absorta en sus pensamientos, Bea hacía camino dirección a su casa: la actitud de Raúl, los exámenes, su futuro. Todo se mezclaba en su cabeza de forma desordenada cuando, de repente, oyó un ruido. Se encontraba en una calle poco iluminada, alejada del centro, ya le faltaba poco para llegar a la zona de urbanizaciones, en 10 minutos estaría en casa.

Empezó a mirar a un lado y a otro sin ver nada extraño. De pronto aparecieron, delante de ella, dos sombras de una de las calles laterales:

- Mira quién tenemos aquí... Pero qué cosita... ¿La ves, Juan? Te dije que era una perita en dulce y hoy se ha vestido para la ocasión.
- ¿Mateo?, ¿qué estás diciendo? Estás borracho — dijo, con nerviosismo, Bea.
- No, niñita, no. Sé muy bien qué estoy haciendo. ¿Y tu novio? ¿te ha dejado solita? Qué pena de hombre, ¿cómo osa dejar sola a una señorita vestida provocativamente por estas calles tan solitarias?
- ¡Dejadme en paz! Si os aburrís, iros a la zona de fiesta.
- No es aburrimiento, chiquilla. ¡Es venganza! El espantapájaros que tienes por novio me hizo perder el trabajo. Él ahora lo tiene todo ¿y nosotros? Nos las vemos y deseamos para

conseguir malvivir, después de aquello, nadie en Logroño confía en mí, nadie me quiere dar una oportunidad. Y mi hermano Juan, ¿qué decir? Por el hecho de ser mi hermano, más de lo mismo.

- ¿Pero de qué hablas, Mateo? Si perdiste el trabajo fue por tu incompetencia. Que Raúl fuera capaz de solventar lo que tú jodiste no le hace culpable de nada.
- Hermano, por favor, sácale la venda de los ojos.
- Raúl sabía que mi hermano trabajaba con el electricista que hacía el mantenimiento a la empresa de tus padres. De vez en cuando me insinuaba si había la posibilidad de que, a un buen precio, mi hermano manipulara la instalación eléctrica del matadero. La mañana en que él arregló la avería, recibí una llamada suya a primera hora, me dijo que si mi hermano podía acercarse al matadero para hacer unos ajustillos al relé de las conexiones de las cámaras frigoríficas. El resto ya lo sabes, ¡y todo por dos mil míseras pesetas!
- ¡No es cierto! Raúl no haría una cosa así.
- ¡Jajajaja!, ¡ven, zorra!

Mateo agarró fuertemente a Bea por la cintura, mientras, Juan le asestaba un fuerte golpe en la cabeza con una piedra, dejándola inconsciente al instante.

- Ufff... ¿Dónde... dónde estoy? — Bea miraba a un lado y a otro, sólo encontraba oscuridad.

Dos figuras hicieron acto de presencia:

- ¿Ya has despertado del dulce sueño?

Los ojos de Bea se acostumbraron a la falta de luz y pudo divisar los cuerpos de Mateo y Juan, totalmente desnudos... Ella estaba atada de pies y manos, sin ropa, dejando al descubierto toda su inocencia. Estaban en el claro de un campo, lejos de cualquier camino donde un transeúnte desperdigado pudiera verlos.

Bea gritó, lloró y opuso la poca resistencia que le permitían las ataduras.

Risas y comentarios obscenos se entremezclaban en un escenario dantesco. El olor a campo que tanto adoraba Bea, se tornó odioso y mezquino...

Raúl, ajeno a todo lo que estaba acaeciendo, iba de un lado para otro fanfarroneando con su puro habano entre los labios. La gente que lo conocía intentaba sacárselo de encima lo antes posible, los menos afortunados, por desconocimiento, aguantaban el chaparrón de mentiras y patrañas como buenamente podían.

Eran las cinco de la madrugada y, sin previo aviso, Aitor irrumpió en escena:

- ¡Raúl! ¿Dónde está Bea?
- ¡Aitor! ¿Te hace una copa?
- ¿No me has oído? ¿dónde está Bea?
- Hace ya unas horas que se marchó. No había nadie de su grupo y prefirió largarse.
- ¿Y la dejaste ir sola? ¡No me lo puedo creer! Espero que, por tu bien, mi niña esté sana y salva. ¡A quién se le ocurre!
- Lo siento, Aitor. Yo pensé...
- ¡Tira ese puro de una maldita vez, que pareces un fantoche!
¡Apresurémonos a buscarla!

El padre y el novio empezaron a hacer el camino de vuelta a casa. En las calles del centro iban a un paso ligero, pero, a medida que se alejaban, su paso se fue haciendo más lento y empezaron a llamar a Bea.

Cuando ya empezaban a decaer viéndose próximos a la zona de las urbanizaciones, sacaron fuerzas de flaqueza para hacer un último llamamiento. De repente, se oyeron unos sollozos que provenían del margen izquierdo de la calle. Allí, entre unos matorrales, encontraron agazapada a Bea.

- ¡Hija! Por Dios, ¿qué te ha pasado?

Bea no podía articular palabra, un leve reguero de sangre le brotaba de su frente. Aitor la ayudó a incorporarse y la atrajo hacia la luz de la calle, la imagen que se contemplaba no se parecía en nada a la que horas antes había mostrado: El vestido estaba hecho un harapo, sus cabellos totalmente revueltos y el

maquillaje se le había corrido por toda la extensión de la cara.

Raúl hizo un intento de aproximarse pero Bea se apresuró a apartarlo con un suave movimiento de mano. Recorrieron lo que quedaba de camino a casa en silencio, la rabia de Aitor iba acrecentándose a cada paso que daba, había visto la sangre a lo largo de las piernas de su niña, no hacía falta que ella explicara nada.

Ante todo ese dolor y confusión, Aitor tenía una sola cosa clara:

- Raúl, da media vuelta y vete a casa. Dudo que a Bea le ayude en algo tu presencia hoy. Adiós.
- ¿Pero qué dices, Aitor? Bea, dile que me necesitas

Bea se aferró a su padre, señalándole, de esa manera, que la decisión que había tomado era la correcta.

CAPÍTULO 11.- IDAS Y VENIDAS

Pasaron tres meses sin que Raúl tuviera noticia alguna de Bea. Había intentado alguna vez acercarse a su casa pero la respuesta siempre había sido la misma:

- Bea no quiere verte, vete.

La rabia e impotencia de Raúl iba creciendo; sentía desprecio por Aitor, Fina, pero sobretodo despreciaba sobremanera a Bea: ¿cómo podía ser que le hubiera rechazado de esa manera? Y lo que más le atormentaba era el no saber qué había pasado esa noche.

Por supuesto, después de lo sucedido, Raúl fue despedido de la empresa. En todo este tiempo no se había preocupado en buscar otro trabajo, según decía a su padre, necesitaba reflexionar sobre todo lo que había pasado y pensar bien qué camino iba a tomar.

Fernando, por suerte, continuaba con su trabajo en los viñedos. Septiembre estaba agonizando y Fernando estaba a punto de terminar su jornada laboral cuando vio acercarse al encargado de sección:

- Fernando, buenas tardes, mañana a primera hora me han dicho que tienes que personarte en las oficinas de la empresa.
- ¿Sabes por qué?
- Ni idea, sólo me han dicho eso. Supongo que te querrán proponer un reajuste de las horas extras, ya sabes que estamos pasando momentos complicadillos.
- De acuerdo, ya te contaré.
- Hasta mañana, Fernando.
- Hasta mañana.

Esa noche, Fernando, apenas pudo dormir. La incertidumbre de la reunión de mañana junto con la desidia de Raúl hacían que su mente trabajara a mil revoluciones: “¿Será un ascenso de categoría? No creo, no está la situación para dar ascensos; si me reducen las horas extras tendremos que controlar mucho más

los gastos; Raúl, con las excusa de la ruptura con Bea, está echando a perder su futuro profesional, no se le vislumbra un atisbo de ilusión por nada”.

Amaneció muy rápido, esa era la sensación de Fernando. Justo cuando había podido conciliar el sueño, sonó el despertador.

Se apresuró a tomar un café y a asearse un poco antes de dirigirse a las oficinas, quería saber, ya, qué tenían que decirle:

- Buenos días, Fernando. Tome asiento, por favor.
- Buenos días, ¿qué me trae por aquí?
- Primero, tengo que decirle que estamos muy satisfechos con el trabajo que realiza desde que forma parte de nuestra empresa.

Esas palabras tranquilizaron a Fernando.

- Cómo sabe, pasamos una situación económica delicada en el país. Nuestra empresa ha dado muchos puestos de trabajo a lo largo de todos estos años, pero el nuevo escenario económico nos obliga a realizar unos reajustes.
- Sí. Ya se han despedido algunos empleados, lo sé. ¿Y por qué estoy aquí?
- Nuestra idea es quedarnos con los trabajadores con más antigüedad para que sean los encargados de las diferentes secciones y contratar a chavales jóvenes para desempeñar los trabajos más físicos. Usted está en una edad complicada: no se puede decir que con 46 años sea joven y no tiene la antigüedad necesaria para ejercer de encargado. Dicho esto y, sintiéndolo mucho, nos hemos visto obligados a prescindir de sus servicios.
- Pero... No pueden hacerme esto. He trabajado duro todos estos años, he hecho las horas que se han necesitado para sacar la producción adelante, nunca he llegado tarde, no he causado problemas a la empresa.
- Lo sé, Fernando. Cómo le he dicho, estamos muy satisfechos

con su trabajo. No es un problema de rendimiento, pero nos sobra personal y, por suerte, tenemos una plantilla muy competente. Nos está costando mucho decidir qué empleados son “prescindibles”. Por favor, si fuera tan amable de firmar la liquidación. Se llevará una buena indemnización que le ayudará a mantenerse hasta que encuentre otro trabajo.

- Pero si una empresa tan importante como la suya tiene que prescindir de trabajadores, ¡ya me dirá usted como deben estar las otras!
- Lo siento, Fernando. No me lo haga más difícil.

Fernando firmó con los ojos llenos de lágrimas. Lo había dado todo por esa empresa, los dolores de espalda lo torturaban, pero ahí seguía, esforzándose cada día. Y ahora, ahora se veía apartado porque su trabajo lo podía realizar un chaval de 18 años.

Se fue a casa cabizbajo, con la mente perdida. ¡Paaf! Estando tan absorto y con la mirada clavada en el suelo provocó que se estampara con una persona. Fernando levantó la vista:

- Lo siento, señorita.
- ¿En qué estaba pensando? ¡Menudo golpetazo me ha dado!
- Pi... ¿Pilar?

Al oír su voz, no hizo falta verle la cara, enseguida la reconoció:

- ¿Fernando? Perdona, no era mi intención ofenderte.
- Tranquila, es normal. Soy un desastre. — al bajar la vista para decirle esas palabras, Fernando vio su vientre. — Veo que las cosas te marchan muy bien...
- Sí, así es. Conocí a un hombre que me cuida y me da tranquilidad. Era lo que necesitaba. Y, ¡ya ves! Sofía espera un hermanito.
- Me alegro mucho por ti. Que seas muy feliz, Pilar. Lo mereces.

- Pero, Fernando, ¡Fernando!

Fernando siguió andando sin volver la vista atrás. ¿Qué más le podía pasar hoy? Llegó a casa y cogió fuerzas donde no las tenía para contarle a Raúl las novedades:

- ¡Ya estoy en casa!

Ninguna respuesta.

- ¿Raúl? ¿Estás aquí?

El silencio continuaba estando presente.

“Habrá salido a dar una vuelta”, pensó.

Se dirigió a la cocina para prepararse otro café, más tarde iría al banco a ingresar el cheque de la indemnización. Mañana dedicaría el día a arreglar los papeles del paro.

Al entrar en la cocina, encontró una nota encima de la encimera:

“Querido papá,

Estos meses han sido muy duros para mí. Después de lo que pasó con Bea me he sentido desorientado y sin ganas de vivir.

Hoy por hoy no veo ninguna otra salida, soy una carga para ti y ya tengo edad para buscarme la vida por mí mismo.

Un día me dijiste que sería una persona importante. Lo voy a ser, papá, te lo prometo. Entonces vendré a buscarte para volver a estar juntos.

Sé que entenderás mi decisión. No sé dónde voy a ir, cogeré el primer tren que salga de la estación y bajaré en la última parada que haga. Ese será mi nuevo destino, el lugar dónde me reconstruiré.

Te quiere,

Raúl”

Fernando no pudo contenerse, empezó a llorar y a gritar. No podía ser cierto, debía ser una pesadilla.

- Ding, dong! — El timbre de casa sonó.

Fernando corrió hacia la puerta:

- ¡Raúl, hijo!

- ¿Raúl?

A Fernando se le pusieron los ojos como platos:

- Aitor, Bea. ¿Qué hacéis aquí?
- Veníamos a hablar con Raúl, pero ya hemos podido notar que no está en casa.

Fernando les acercó la nota que se había encontrado. Bea empezó a llorar y Aitor pegó un puñetazo en la mesa de la sala:

- Lo encontraremos, hija. No te quepa duda.
- Pero, ¿qué pasa? Raúl ha insistido en ver a Bea y siempre le habéis dado negativas. ¿A qué viene este interés repentino? ¡Si mi hijo se ha ido ha sido, en gran parte, por el hecho de que Bea no quisiera verle! — Fernando sacó un carácter que pocas veces había mostrado a lo largo de su vida.
- Tranquilo, Fernando. Entiendo que estés así, ahora te explicamos todo.

Aitor empezó a explicarle a Fernando toda la historia:

- El jueves de San Bernabé, mi hija decidió marcharse a casa y Raúl prefirió quedarse con sus amigos. De camino a casa, un grupo de chavales borrachos intentaron robarle, Bea opuso resistencia y recibió una paliza. Por suerte no recibió daños importantes, pero la decisión de Raúl no fue la más acertada y ese hecho me hizo entrar en cólera. Mi primera decisión fue despedirle de la empresa, por irresponsable. La segunda fue prohibir a Bea que lo viera. Al cabo de dos meses, Bea nos reunió a su madre y a mí y nos dijo que estaba embarazada. Esa noche, después de la cena, mantuvieron relaciones sexuales y no tomaron precauciones. Por eso estamos aquí. Raúl tiene que hacerse responsable de sus actos.
- Disculpa mi reacción, Aitor. Pero, ¿cómo hacemos para encontrarle?

- Aún no lo sé. Pero en cualquier caso, si la gente pregunta, tu hijo está trabajando fuera porque le salió una gran oportunidad en una gran empresa. ¿Estamos de acuerdo?
- Por supuesto, Aitor. Tenemos que estar unidos en esto.
- Si tienes noticias de él, házmelo saber. Adiós.
- Adiós, Aitor; adiós, Bea.

Bea, visiblemente sonrojada y sin levantar la vista del suelo, dejó ir un hilo de voz:

- Papá... No es justo lo que estás intentando hacer.
- Lo que no es justo es lo que te pasó por su culpa. Toda acción tiene sus consecuencias.

Subieron al coche para ir a casa, un silencio sepulcral se apoderó del vehículo. De nuevo, padre e hija, alejaban sus vínculos...

Bea, durante el trayecto, recordó lo que pasó el día después de su violación:

“

- No hay que hablar de lo sucedido, ¡con nadie! ¿Queda claro? — Aitor estaba en el centro del salón dando vueltas alrededor de la mesa y hablaba con voz enervada. Madre e hija no osaban a mirarle a los ojos. — Por encima de cualquier cosa está el honor familiar, ¡tenemos un negocio que hemos heredado de dos generaciones precedentes! No vamos a destruir nuestra imagen por un suceso que, con el tiempo, ninguno de nosotros recordaremos.

Bea no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía decir que con el tiempo no iba a recordar lo sucedido? Eso la iba a marcar de por vida y, de momento, no iba a presentarse a las pruebas de selectividad, no estaba preparada psicológicamente para afrontarlas”.

A continuación, se auto—flageló haciendo un resumen rápido del día que dio la noticia de su embarazo:

“

- Mamá... ¿Puedo hablar contigo? — Bea no quería molestar a su madre, que estaba intentando cuadrar la contabilidad de las carnicerías, pero necesitaba decírselo.
- Claro, hija. Dime. — Fina, desde lo sucedido, se aproximó mucho a su hija. Era dulce y cariñosa con ella, eso la ayudó mucho a mejorar su estado anímico.

Bea le explicó que sospechaba que estaba embarazada, habían pasado dos meses y parecía que su cuerpo no tenía intención de hacer llegar la menstruación.

Fina, con lágrimas en los ojos, abrazó fuertemente a su hija:

- Todo irá bien, hija. No te preocupes.
- Mamá... Quiero tenerlo...

Cuando llegó Aitor, Fina hizo el corazón fuerte y le explicó lo que estaba pasando:

- ¡Tiene que abortar! Iremos donde haga falta, pero no puede tener ese bebé.
- ¡No, Aitor! Las cosas no van así, ella quiere tenerlo y lo va a tener. Quizás no sean las mejores condiciones para ser madre, pero hay que respetar su decisión.

Pasados unos días fue cuando Aitor decidió que Raúl tenía que hacerse responsable del bebé que se estaba gestando en el vientre de Bea. En esa decisión ni Fina ni Bea opusieron resistencia, ya les costó lo suyo que permitiera que el embarazo continuara su curso, no era cuestión de tensar más la cuerda”.

Hoy habían dado la noticia a Fernando y, Bea, sabía que aunque Raúl hubiera desaparecido, Fernando iba a desvivirse por su supuesto nieto. Por un lado, pensaba que era una injusticia enorme pero, por el otro, le reconfortaba saber que tendría el apoyo incondicional de Fernando.

CAPÍTULO 12.- ¡UNA, GRANDE Y LIBRE!

Doce de octubre, día de la fiesta nacional de España. En Madrid se llevaba a cabo el desfile de las fuerzas armadas, una ceremonia digna de ver.

En Barcelona, aunque de manera aislada, se producía otro tipo de desfile. Un grupo ideológico de extrema—derecha se reunía en la sede de Esquerra Republicana de Cataluña. Banderas españolas con el águila imperial y simbología nazi acompañaban al séquito:

- ¡No queremos políticos terroristas! ¡Fuera de nuestro Parlamento los miembros de Terra Lliure! — el líder del grupo, megáfono en mano, alentaba a sus seguidores.
- ¡Cataluña es España!

Los ahí presentes cada vez estaban más exaltados. Pasaron de las palabras a la acción: pintadas en la fachada de la sede del partido político mencionado y lanzamientos de piedras y otros objetos contundentes.

Raúl lo miraba desde una distancia prudencial, le gustaba la actitud de esos chavales.

De repente vislumbró unas sirenas a lo lejos. Echó a correr dirección a los congregados y se acercó lo más que pudo al líder:

- ¡La poli, la poli! ¡Vamos, vamos! En prisión no podremos seguir con nuestro cometido.

El líder lo miró con cara de desconcierto, no tenía el perfil ni la estética del grupo. Miró hacia el horizonte y vio el destello de las luces de las sirenas:

- ¡Retirada! ¡Dispersaos!

Raúl corrió detrás del supuesto jefe del grupo, un coche esperaba dos manzanas al oeste de donde se celebraba la concentración, el jefe y Raúl se escurrieron dentro del coche:

- Nos ha faltado poco para que nos pillaran. — se apresuró a decir Raúl.
- ¿Se puede saber de dónde has salido? ¿Quién eres? No tienes

pinta de seguir nuestra ideología. — dijo el líder con voz seria.

- No me juzgues por mi apariencia. Si quieres tomamos una cerveza y te explico.

Raúl tenía una excelente habilidad: no era precisamente un libro abierto, las personas que lo habían rodeado nunca habían sabido demasiado sobre su vida, pero explicaba unos cuentos excelentes.

Y así fue como, después de deambular sin rumbo por las calles de Barcelona durante días, se introdujo dentro del grupo afín al Frente Nacional.

Las primeras semanas fueron de tanteo, estaba muy vigilado por los miembros del grupo que aún no se fiaban. Anteriormente, algún policía o afiliados de partidos políticos independentistas, habían intentado infiltrarse en el grupo para estudiar su manera de actuar y pasar información.

Pero la implicación de Raúl fue tal que pronto empezaron a confiar en él. Su voz era escuchada con atención, siempre tenía alguna buena idea para luchar por su causa. Sus compañeros comentaban que se notaba que había sido el líder de un grupo ultraderechista en Logroño. Según les explicó, como la actividad allí era muy limitada decidió trasladarse a Barcelona donde la lucha era mucho más intensa.

Sus actos y su capacidad de liderazgo pronto llegaron a oídos de Blas Piñar, fundador del Frente Nacional. El partido estaba en una situación complicada, amenazado por la retirada de apoyos de la ultra—derecha europea debido a sus últimos fracasos electorales, necesitaba savia nueva para revertir la situación.

- Buenos días, Raúl. Soy Blas Piñar, el fundador del Frente Nacional. Mi gente de confianza está hablando maravillas de ti y en nuestro partido necesitamos una renovación para impulsarnos a tener un papel importante dentro de la política española.
- ¿Qué quiere de mí, señor? Piense que todos mis esfuerzos están centrados en Cataluña, uno de los territorios más complicados para hacer llegar nuestra ideología a los

ciudadanos.

- Eres joven, impulsivo y valiente. Te necesito cerca, quiero que organices nuestro partido a nivel nacional y, a la vez, seas el tesorero. Deseo que medies para obtener financiación de particulares y empresas. ¿Estás capacitado para hacerlo?
- Por supuesto, señor. Cuento con ello, eso sí, me gustaría hacer mis funciones desde aquí, Barcelona. No quiero abandonar a los chicos, no quiero que su ánimo decaiga y perdamos materia prima muy valiosa.
- Así será, no hay problema. Tu nómina quizás no se adecue a tu responsabilidad, pero el partido hará un esfuerzo para que no te falte de nada.
- Ya llegará nuestro momento. Mi máximo deseo, hoy por hoy, es que nuestras ideas calen en la sociedad española.
- Veo que tu fama está más que justificada. Gente como tú es lo que necesita nuestro partido y nuestra España. Aquí tienes mi tarjeta, llámame cuando quieras a la hora que sea. ¡Vamos a hacer de este, un país unido, grande y libre!
- ¡Viva España! — Raúl clavó la mirada a los ojos de Blas Piñar con el brazo levantado y la mano extendida.

Raúl estaba orgulloso de haber tomado la decisión de ir a Barcelona. Pasó unos días complicados al principio, pero tuvo la mente ágil para aprovechar las circunstancias durante la manifestación del 12 de octubre. Empezaba a ser una persona importante.

CAPÍTULO 13.- A DIOS ROGANDO...

- Raúl, ¿qué está pasando con los donativos? Los primeros dos meses fueron excelentes pero ya estamos en abril y durante el primer trimestre apenas ha entrado nada en nuestras arcas. — Blas estaba ostensiblemente alterado, su voz al otro lado del teléfono sonaba nerviosa.
- Buenos días, Don Blas. Entiendo su preocupación, pero pronto invertirán nuevos colaboradores. Tenga en cuenta que la mayoría son empresarios y prefieren esperar a cerrar la contabilidad de sus empresas para hacer donaciones. — Raúl, cómo acostumbraba, se mostraba relajado.
- Pero has estado organizando muchos actos, manifestaciones, actividades... El partido no puede aguantar este ritmo, deberías rebajar tus pretensiones.
- Si no nos hacemos visibles no vamos a tener donaciones. Pero como usted vea, si quiere seguir siendo un partido residual planificaré otra estrategia menos pretenciosa.
- No sé, Raúl, la situación es complicada. Es verdad que mucha gente me llama o me para por la calle para felicitarnos por nuestro trabajo, la mayoría dicen ser colaboradores económicos del partido, pero no se está reflejando en nuestras cuentas.
- No se preocupe Don Blas, la situación se va a revertir y continuaremos creciendo como partido, confíe en mí.

Esa fue una de las últimas conversaciones que mantuvieron Raúl y Blas Piñar. Finalmente, durante el último trimestre de 1993, el Frente Nacional se tuvo que disolver debido a la pérdida total de los apoyos de la ultra—derecha europea y a una deuda acumulada que el partido no pudo hacer frente.

Raúl, pese al fracaso de su nueva aventura, se mostraba excesivamente feliz.

Cuando llegó a Barcelona, estuvo unas semanas durmiendo en portales o en la misma calle; cuando fue miembro del Frente Nacional se quedaba en el pequeño local que el partido tenía como sede en Barcelona, siempre alegaba que quería planificar nuevas acciones y, por ello, siempre era el último en permanecer ahí. Por supuesto, también era el primero en llegar y, aunque muchos miembros sospechaban que se hospedaba en la oficina, nadie se atrevió nunca a insinuarlo. Una vez que Blas Piñar le ofreció el cargo de organizador y tesorero del partido, lo aprovechó para alquilar un bonito piso en la zona de Sants y ahí seguía pese a que ya no disponía de una nómina cada mes.

Le gustaba vivir en el barrio de Sants: si bien estaba cerca del epicentro de Barcelona, era un lugar tranquilo donde vivía gente trabajadora y cercana. Era lo más parecido a vivir en un pueblo en medio de la capital catalana. Se empapó de las costumbres y los gustos del vecindario, mostró ser un ferviente hincha del Barça e incluso compró un asiento y se sacó el abono de lo que restaba de temporada, ese abono le permitió estrechar relaciones con gente del barrio porque, en partidos concretos, cedía el abono a alguien del vecindario: al casero, al propietario del supermercado donde solía comprar... Siempre era a personas con cierto peso específico.

Nunca habló con ellos de sus funciones en el Frente Nacional, se limitaba a decir que era el responsable de publicidad de una gran empresa. Cada cierto tiempo les pedía donativos porque la empresa estaba recaudando fondos para realizar una obra social; exponía tan bien las acciones que iban a realizar, que sus conciudadanos nunca se negaban a ofrecerle generosos donativos. Transmitía confianza, además él era el primero en colaborar en las actividades que se realizaban en el barrio.

La crisis azotaba de nuevo al país pero a Raúl, aún sin trabajo, parecía no importarle lo más mínimo. Es verdad que hacía dos meses que no pagaba el alquiler, pero las buenas relaciones con el casero le permitían tener cierto margen de maniobra.

Todo el mundo hablaba de la huelga general convocada para el 27 de enero,

quedaban dos días y unos intentaban convencer a otros para que se adhirieran a ella para reclamar sus derechos y parar las duras medidas económicas impuestas por el gobierno.

Raúl era de los primeros en alzar la voz en contra de lo que estaba pasando, se había adentrado en el nuevo año sin trabajo y sin un atisbo de encontrarlo. Ya había informado a las personas de más confianza que la empresa había prescindido de sus servicios debido a eso.

Llegó el día de la manifestación y un séquito de unas cien personas salieron de Sants dirección a Plaza Cataluña; Raúl encabezaba el grupo sujetando una gran pancarta que rezaba: “¡Nuestros derechos no se negocian!”.

Cuando ya enfilaban la ronda de la Universidad, un grupo de extrema—derecha irrumpía desde la calle Balmes. Gritos fascistas, que nada tenían que ver con la manifestación convocada, enmudecieron a la muchedumbre:

- Esta gentuza siempre aprovecha cualquier concentración para armar el lío — le susurró el dueño del supermercado a Raúl.
- Lo sé. No entiendo cómo hay gente que les apoya. Si al menos tuvieran unos objetivos claros por los que luchar... Pero sólo se dedican a sembrar odio y a destruir todo lo que se ponga en medio. — sentenció Raúl.
- ¡Chicos! ¿Ese de ahí no es el mequetrefe que arruinó nuestro partido?

Todas las miradas de los radicales se dirigieron a Raúl. El casero y el dueño del supermercado lo miraron con cara de incredulidad:

- Raúl, ¿tienes relación con esta gente? — Antonio, el casero, escrutaba en los ojos de Raúl buscando una respuesta negativa.
- Buscan gresca, Antonio y me ha tocado a mí.
- ¡Echa a correr! Intentaremos retenerlos. — aseveró Antonio.

Raúl empezó a correr en dirección contraria a la multitud y se desvió por la calle de Gravina, corrió como nunca antes lo había hecho, por una vez sentía miedo de verdad.

A lo lejos se oían gritos y amenazas pero él seguía avanzando sin echar la vista atrás hasta que se topó con la parroquia de San Pedro Nolasco Mercedario y se escurrió en su interior, estaba seguro que esa gentuza no iba a entrar allí.

En el exterior se podía oír una conversación, se aferró lo más que pudo a la puerta de la parroquia para oír con más claridad:

- Ahora ya sabemos donde vive, vamos a ir a por él cuando menos se lo espere y le haremos devolver hasta la última peseta que robó del partido.
- ¡Y le romperemos las piernas!
- Eso tenlo por seguro, Willy.

Raúl palideció, se dirigió hasta el altar y allí permaneció arrodillado con las manos entrelazadas:

- ¿Qué te perturba, hijo? — el cura de la parroquia se acercó a Raúl después de estar observándolo durante unos minutos.
- Hola, padre. Me he metido en un buen lío.

Por primera vez en su vida, Raúl se abrió por completo. Después de haber sentido tanto temor, el cura con su tono de voz lo había relajado de tal forma que se sintió en la necesidad de explicar toda su historia.

- Bien, Raúl. A veces lo mejor es alejarse y ver las escenas pasadas desde la distancia. No tienes nada que te ate aquí, busca un buen destino y conoce gente buena. Tus errores te ayudaran a ser mejor persona y seguro que Nuestro Señor estará contigo para protegerte.
- Muchas gracias, padre, creo que es hora de marcharme. Si alguna vez vuelvo a Barcelona, vendré a visitarle.
- Cómo deseas, Raúl. Aquí estaremos esperándote con los brazos abiertos.

Raúl dejó caer una lágrima y se abrazó al cura. Salió de la parroquia y puso rumbo al barrio de Sants.

Era noche cerrada, el frío y la humedad se colaban por cualquier rendija que

la ropa no conseguía tapar, las calles estaban en calma y la luna llena alumbraba las fachadas embelleciéndolas sobremanera.

Barcelona era preciosa y Raúl tenía la sensación de que no la había aprovechado durante el año y pico que había estado allí. Se juró que algún día volvería y sabría disfrutar de ella.

Recogió las pocas pertenencias que tenía en el piso y el sobre lleno de dinero que había ido acumulando de los presuntos donativos del Frente Nacional. Algo más de un millón de pesetas fue lo que consiguió recaudar en un año y que ahora le daban la oportunidad de empezar de cero.

“Esos radicales no se merecían este dinero” se convenció, Raúl.

Bajó a la calle, de nuevo y buscó un taxi:

- Al aeropuerto, por favor.

CAPÍTULO 14.- ALBA LOGROÑESA, OCASO CARIBEÑO

- ¡Raúl! Ven aquí bichillo. — Bea simulaba perseguir al bebé, que intentaba escaparse gateando sin poder parar de reír.

Fernando los miraba embobado, sus ojos dejaban entrever su felicidad; Aitor, por su parte, se mostraba más distante, nunca había demostrado demasiado apego hacia los niños.

- ¿Crees que mi hijo dará señales de vida? — preguntó Fernando a Aitor.
- Ya no sé qué pensar, Fernando. He movido todos los hilos posibles pero no ha habido manera. Lo más lógico es que se hubiera dirigido hacia Galicia o Andalucía, dejó bien claro que cogería un tren y se bajaría en la última parada que este hiciera. Madrid o Barcelona son ciudades que le quedan demasiado grandes a un chaval cómo él.
- Cuando tenga vacaciones quizás me escape a Barcelona a ver si descubro alguna cosa. A ver si entretanto tenemos un golpe de suerte y cuando bajes a la reunión que tienes en Madrid puedes conseguir alguna pista.
- Si él no quiere que lo encuentren, va a ser difícil. ¡A saber en qué líos estará metido!
- ¡Papá! Te recuerdo que si Raúl se largó de aquí, fue en gran parte por nuestras decisiones. Así que haz el favor de no hablar así de él. — Bea cambió su cara maternal por una de furia y rabia.
- No te pases, Bea. En ese momento era lo que teníamos que hacer y siempre me han recordado que huir es de cobardes.
- Discúlpame, Bea. No tengo por qué soportar esto, me voy a casa. Mañana vendré a ver a mi nieto, como siempre. — Fernando se dirigió a Bea con dulzura mientras enfilaba la

puerta de salida cabizbajo.

- Aquí te esperaremos, Fernando. Te queremos. — Bea corrió hacia Fernando y le besó en la mejilla mientras lo abrazaba fuertemente. El pequeño Raúl, que también quería salir en la escena, estiraba los pantalones de Fernando para reclamar su atención.
- Ven aquí, mosquito. Dame un beso que me tengo que ir. — Fernando cogió al bebé en brazos y este le dejó todas las babas en la mejilla izquierda. — Buen chico, buen chico. Adiós cariño, mañana vuelvo a verte — le decía mientras lo volvía a dejar al suelo. Raúl, en ese momento, empezó a llorar desconsoladamente; Fernando sabía que no podía echar la vista atrás y salió por la puerta apresuradamente.
- ¡Fernando! ¿No te quedas a cenar? — Fina llegaba en ese instante cargada con la compra.
- Lo siento, Fina. Estoy agotado y prefiero comer algo ligero e irme a la cama. Mañana nos vemos y gracias por la invitación de todas formas.
- Calla, calla. Con lo que nos ayudas con el pequeño Raúl, ¡qué menos!
- No me supone ningún esfuerzo, es la máxima ilusión que tengo hoy en día.
- ¡Y la mía! Es que me lo comería enterito.

Los dos se echaron a reír y se despidieron, por fin.

Al poco de que Raúl desapareciera de Logroño, las bodegas volvieron a contratar a Fernando. Aitor se sinceró y le dijo que si Fernando había perdido el trabajo había sido porque él fue a hablar directamente con los dueños para que lo despidieran. Las cosas volvieron poco a poco a su cauce y Fernando vivía por y para el pequeño Raúl.

Por su parte, Bea hacía de madre y ama de casa de sus padres mientras estos

trabajaban. Muchos eran los que decían que había echado a perder un brillante futuro por ese niño, pero ella era plenamente feliz con su pequeño. La relación con su padre se mantenía fría pero su madre era su gran apoyo, su mejor amiga, además, ahí estaba Fernando que les daba el amor que no ofrecía Aitor.

Por las noches pensaba en Raúl: “¿qué ha sido de él?, ¿estará bien?, ¿llegara a conocer al bebé?”. A veces pensaba que era mejor así, que el hecho de marcharse facilitó mucho las cosas porque, “si volviera, ¿seguirían ocultando la verdad?”. Cuando llegaba a este punto, Bea se estremecía y volvía a pensar en el bebé hasta quedarse dormida.

Fernando llegó a su piso y cuando se disponía a abrir la puerta oyó como sonaba el teléfono. Se apresuró a entrar y corrió hacia él:

- ¿Sí? Dígame.
- Hola papá, escúchame atentamente que tengo poco tiempo...
- ¡Hijo! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?
- Sí, papá, pero escúchame con atención por favor. Quiero que anuncies en los diarios de tirada nacional una esquila con mi nombre, que ponga que fui asesinado por un cártel mejicano.
- ¿Pero qué dices? ¿Qué pasa?
- Nada, papá. Hazlo, cuando pueda vendré a verte. Espero que pueda ser pronto.
- Hijo, una cosa urgente. ¡Eres padre! — El teléfono comunicaba y Fernando no sabía si Raúl había oído lo que le había dicho.

Se fue a la cama sin cenar, dando vueltas a las palabras de Raúl. Necesitaba explicárselo a Bea, pero ya era muy tarde para llamarla. Al final, los nervios y la fatiga de todo el día pudieron con él y se quedó profundamente dormido.

Raúl se dispuso a introducir más monedas a la cabina telefónica, tenía que hablar con Antonio, el casero de Barcelona:

- Antonio, soy Raúl. Escúchame por favor, te llamo desde una cabina y tengo poco tiempo.

- ¡Raúl! ¿Estás bien?
- Sí, sí. No te preocupes. En primer lugar, cuando puedas sube al piso y ve a la cocina, debajo de la nevera hay una baldosa que se mueve, levántala. Encontrarás los abonos de esta temporada, queda media liga, aprovéchalos. Es para compensar los meses de alquiler que te dejé a deber.
- Raúl... Sabes que no era necesario.
- En segundo lugar, quiero que me hagas el favor de publicar en los diarios de la ciudad una esquila anunciando mi muerte. Deja claro que fui asesinado por un cártel mejicano, espero que sirva para que esos extremistas se olviden de mí y así pueda volver a Barcelona con tranquilidad.
- Así lo haré, Raúl. Espero que cuando vuelvas me expliques que pasó realmente.
- Gracias, Antonio. Nos vemos pronto.

Raúl colgó el teléfono, satisfecho. Estaba sudando exageradamente, aún no se había acostumbrado a la humedad del Caribe mejicano.

Decidió cruzar el charco con la esperanza de encontrar a su madre y decirle todo lo que se había guardado dentro todos estos años. Sabía que era mejicana por el libro de familia de su padre, concretamente era originaria del estado de Quintana, así que parecía lógico que el día que decidió largarse fuera para volver al que era su hogar. Raúl, nunca se creyó la historia de su padre, su madre marchó por no ser capaz de asumir la responsabilidad de cuidar a un hijo y porque la vida que le estaba ofreciendo Fernando estaba muy alejada a lo que ella hubiera esperado.

Por las fotos que Raúl había visto por casa, pudo ver que Rosa era una mujer preciosa, de baja estatura y con esa mirada pícaro que proyectan las mujeres caribeñas, sus curvas y sus turgentes pechos invitaban a pecar de lujuria, su larga melena negra hacía de ella una mujer indomable y su blanca sonrisa le daba un toque mágico de ternura. Intuía que su piel estaba dorada por el sol, eso lo había

heredado de ella, cuando llegaba la primavera, con los primeros rayos de sol, Raúl siempre cogía ese tono tostado en su piel. También había heredado su estatura, no llegaba al metro setenta y eso siempre le había molestado bastante. Es por ello que siempre, cuando hablaba, intentaba poner una voz varonil creyendo que así podía suplir su baja estatura.

- Ya estoy listo. ¿Vamos, mamá?

Rosa tenía una mirada distante. Aún, después de dos semanas, no se había hecho a la idea de que Raúl la hubiera encontrado. Ella, que escapó de sus responsabilidades veintidós años atrás para ser una mujer libre, estaba malviviendo con cinco hijos y un marido que no la tenía en cuenta para nada; ahora, para colmo, el hijo que abandonó en España la había encontrado y, después de reprocharle su decisión hasta hacerla llorar, la estaba utilizando para sobrevivir en un país tan bonito pero a la vez tan arduo para forjarse un buen futuro, como era Méjico.

Rosa nada tenía que ver con la mujer de las fotos, los partos y la mala vida habían hecho de ella una caricatura dantesca: los pocos dientes que le quedaban estaban picados, su piel reseca, pechos caídos, mirada sin brillo y las curvas habían pasado a ser redondeles; lo único que conservaba era su larga melena, lacia y descuidada pero que dejaba entrever lo que había sido años atrás.

A Raúl le fue relativamente fácil encontrar a Rosa, llegó a Cancún en un vuelo procedente de Madrid, se instaló en un hotel (la construcción de hoteles en la Riviera Maya estaba en pleno auge) y se informó un poco de cómo estaba distribuido el estado de Quintana. Estuvo una semana preguntando por Cancún, era una ciudad grande, pero nadie conocía a una tal Rosa Rodríguez González.

Decidió bajar hasta Puerto Morelos, una población que no llegaba a los mil habitantes y enseguida que preguntó supieron de quién se trataba, ahí todo el mundo se conocía. Llamó a la puerta de la casa que le habían indicado y una jovenzuela de unos 15 años abrió la puerta, era el vivo retrato de Rosa:

- Buenos días, señor ¿Qué desea? — La chica tenía una voz dulce.

- Buenos días, hermanita. ¿Está mamá? — Raúl fue innecesariamente directo y la chica se quedó petrificada.

Raúl, ni corto ni perezoso, aprovechó la circunstancia para escabullirse dentro de la vivienda:

- ¿Mamá? ¿Hola?

Rosa se personó en la sala con un delantal y empapada de sudor:

- ¿Perdone, señor? ¿Qué hace dentro de mi casa? Yaniris, ¿por qué lo has dejado pasar?

Tres adolescentes más irrumpieron en la sala:

- ¿Qué pasa, mamá? — Dijeron al unísono.
- Tranquilos, muchachos. Soy Raúl, vuestro hermano español

Rosa palideció, ¡no podía ser cierto!

- Mirad, aquí tengo el libro de familia. ¿Veis? Rosa Rodríguez González.

Los muchachos y Yaniris se acercaron para ver si era cierto. No había duda, Rosa también era su madre. Se añadió a la fiesta Dolores, una chiquilla de unos ocho años:

- Hola, yo también soy tu hermana. Me llamo Dolores y ya tengo ocho años.
- Hola, hermanita. Ya eres toda una mujercita. — dijo Raúl, divertido.
- ¿Quién es este pendejo? ¡Gacho, fuera de mi casa! — Un hombre alto y escuálido entró acelerado en la vivienda. Iba sucio y olía fatal, llevaba una camiseta de tirantes supuestamente blanca y unos pantalones tejanos zarrapastrosos.
- Es mi hermano — dijo Dolores, con inocencia.

Los demás permanecían en silencio. Raúl, visiblemente nervioso, abrió boca:

- Hola, señor. Creo que Rosa, mi madre, no le ha hablado nada de mí. Soy Raúl, español, cuando Rosa vivía en España tuvo

una relación con mi padre y cuando me parió, se volvió acá abandonándonos a mi padre y a mi sin dar explicaciones — dijo, con dureza.

- ¡Siempre supe que eras una güila! ¡Fuera de aquí, ya te la pelaste! — Dijo el hombre, con agresividad.

Raúl sólo había entendido que la echaba fuera de casa, poco más, pero no sonaba muy agradable lo que había salido por su boca.

- Y, ¿nosotros? — dijo el mayor de los chicos.
- Vosotros os quedáis aquí, esta es vuestra casa

Rosa cogió algo de ropa y se marchó llorando una vez se hubo despedido de todos sus hijos. Nadie se atrevió a abrir boca, Dolores era la única que dejó ir un cruel:

- Mamá, vuelve pronto, eh? No te demores mucho. Raúl, vendrás con ella, ¿verdad?

Y así fue cómo Raúl iniciaba una nueva aventura en un territorio desconocido para él, acompañado de una mujer desdichada de la que apenas sabía nada y que poco o nada podía ofrecerle.

CAPÍTULO 15.- MOISÉS ABRIÓ LAS AGUAS

Fernando se despertó ansioso por hacerle saber a Bea que había hablado con Raúl. Miró el reloj, era muy pronto, pero el bebé solía despertarse con los primeros rayos de sol:

- ¿Dígame?
- Buenos días, Fina. ¿Está Bea despierta?
- Sí, aquí la tengo jugando con el “pequeñajo”
- ¿Me la puedes pasar? — dijo impaciente.
- Buenos días, Fernando. ¿Todo bien? — A Bea la extrañó que Fernando llamara tan pronto.
- Buenos días, Bea. Ayer al llegar a casa recibí una llamada telefónica. ¡Era Raúl! Me habló muy rápido, tenía prisa y justo cuando le dije que era padre, el teléfono se colgó, creo que no llego a oírme. — dijo Fernando, atolondrado.
- ¿Pero te dijo dónde está?
- No, cariño. Creo que se ha metido en un buen lío. Me pidió que publicara una esquila anunciando su muerte en todos los diarios de tirada nacional.
- Pero, ¿qué barbaridad es esa? — Bea no podía creer lo que le estaba explicando.
- Pero espera, no sólo eso, me pidió que especificara que lo asesinó una banda de un cártel mejicano. ¡No entiendo nada! Es tan surrealista...
- Creo que ya sé donde está Raúl. Se ha ido en busca de Rosa, su madre. Él siempre me dijo que un día la encontraría y le exigiría explicaciones. No sé en qué lío estará metido, pero estoy convencida de que ahora mismo está en Méjico.
- Y, ¿cómo vamos a encontrarlo ahí?
- Ten paciencia, Fernando. Si ya se ha puesto en contacto

contigo eso quiere decir que tiene intención de volver, o eso espero... Esta mañana me ocuparé de que publiquen la esquila en varios diarios.

- Yo también lo espero, no sabes cuánto. Gracias Bea, yo soy incapaz de citar el nombre de mi hijo en una esquila.

La conversación con Bea tranquilizó a Fernando, era verdad, si después de casi dos años había contactado con él, quería decir que tarde o temprano volvería a casa. Bea, por el contrario, se puso histérica. Volvieron a aflorar todas las preguntas que permanentemente se hacía, pero esta vez con más fuerza. “¡Raúl había dado señales de vida!” Presentía que pronto llegaría el momento de afrontar la realidad.

Raúl, ajeno al trasiego que había originado su llamada a Fernando, quería que el tiempo corriera. Esperaba que tanto su padre como Antonio le hubieran hecho caso y hubieran publicado su esquila.

Había decidido dirigirse a Cancún, la construcción de hoteles allí era imparable y tenía muy claro qué iba a hacer. Se hospedó en uno de esos hoteles aprovechando los abundantes ahorros que aún le quedaban, allí estuvo a lo largo de un mes a pensión completa junto a su madre. Durante ese tiempo estrechó relaciones con varios miembros de la plantilla del hotel.

- Bueno mamá, yo ya no puedo mantenerte más. He hablado con el jefe de personal y te van a contratar como limpiadora, a cambio nos van a ofrecer alojamiento y comida. Es un trabajo que harás muy bien, es lo único que has hecho en esta vida aparte de parir, claro. — dijo Raúl, sarcástica y cruelmente.
- De acuerdo. — se limitó a decir Rosa, resignada e impotente.

Rosa hacía largas jornadas de trabajo mientras Raúl se limitaba a rondar por todas las zonas del hotel o por la playa haciendo lo que más le gustaba, fanfarronear con los turistas que se hospedaban allí, puro en boca y con un delicioso cóctel en la mano.

También tenía tiempo de mantener una relación con Margarita, una empleada

del hotel, que aprovechaba sus momentos de descanso para desatar toda su pasión y su furia con Raúl. Él estaba encantado, era una relación puramente sexual; Margarita nunca le pedía explicaciones, ni tenía que aguantar sus malos momentos, quedaban a cualquier hora y en cualquier sitio, se desnudaban y la chica le hacía el amor de forma apasionada y por momentos, hasta agresiva; la encantaba ser ella quien llevara las riendas durante esos instantes, acostumbrada, como estaba, a que fueran otros los que decidieran qué tenía que hacer.

Esa fue la vida de Raúl durante dos años. En ese tiempo nunca realizó una sola llamada a su padre. Fernando, entretanto, cada día llegaba a casa con la esperanza de recibir su llamada. Bea, por un lado se sentía aliviada al no tener novedades de él, pero por el otro sentía mucha pena por Fernando, esa llamada le había hecho más mal que bien. Y el pequeño Raúl iba creciendo, tenía tres años y no paraba de hablar, aunque costaba descifrar lo que salía por su boca.

Todo cambió el 20 de julio de 1996, Margarita le dijo a Raúl de quedar a orillas de la playa Delfines, después de que pasaran las horas de las comidas. A Raúl no le resultó extraño porque a ella le encantaba hacer el amor en medio del mar Caribe:

- Hola, cariño — Margarita besó a Raúl con ternura y le cogió de la mano.
- ¿Vamos al agua? — dijo Raúl.
- Mejor demos un paseo por la orilla — esa proposición lo descolocó.

Estuvieron paseando durante un cuarto de hora en el que Margarita hablaba de la suerte que tenía de vivir en un entorno como ese, lo bello del paisaje, lo afortunados que eran de estar juntos y que durante todo ese tiempo nunca habían discutido.

Margarita se paró en seco y cogió las dos manos de Raúl, mirándole de frente:

- ¿Tú me quieres? — preguntó Margarita, tímidamente.
- Sí, cariño. ¿No lo notas cuando te toco o te beso?
- Me refiero a quererme de querer compartir toda una vida

conmigo.

- Pero... ¿a qué viene esto Margarita? ¿No quieres estar conmigo?
- Te lo pregunto porque tengo que anunciarte algo... Esperamos un hijo, ¡estoy embarazada! — Margarita abrazó con fuerza a Raúl mientras daba pequeños saltos en la arena. Raúl estaba inmóvil, sin saber cómo reaccionar.
- Pero, ¿estás segura? ¿De cuánto estás? — Raúl correspondió el abrazo, visiblemente contrariado.
- De dos meses, estoy segurísima de ello, me lo ha dicho el doctor del hotel. Me hizo las pruebas y no hay ningún tipo de duda.

Al día siguiente nadie sabía dónde estaba Raúl, por la tarde entraron en su habitación y no quedaba nada suyo, buscaron alguna nota, preguntaron a recepción si había dejado algún encargo; nada, se había esfumado. Margarita se sujetó el vientre y dejó escapar una lágrima, el pequeño Moisés nunca conocería a su padre. Rosa, en cambio, respiró aliviada, Raúl le hizo el favor de librarla del infierno que vivía en Puerto Morelos y ahora que él había desaparecido, podía empezar una nueva vida sin ataduras; esta vez, sí.

CAPÍTULO 16.- LA MULA

En el aeropuerto hacía un calor asfixiante, una marea de gente iba y venía. Cancún, en particular, y el Caribe, en general, se habían convertido en un destino de moda para la sociedad europea y norteamericana.

Raúl, cómo era costumbre desde que llegó a Méjico, estaba totalmente empapado de sudor, cansado y con un gran sentimiento de culpa. Toda la frialdad de la que hacía gala en su niñez y adolescencia, se estaba tornando en temor y remordimiento.

En Barcelona pudo experimentar el miedo, un sentimiento desconocido hasta entonces y ahora, mientras esperaba el avión que le llevara de vuelta a España, se sentía culpable por dejar a una joven chica abandonada y con un bebé en camino. Por ello decidió buscar un teléfono y realizar una llamada:

- Buenos días, soy Raúl. ¿Me puedes localizar a Margarita?
- ¡Raúl! Margarita le ha estado buscando todo el día, se alegrará de saber de usted. Ahora mismo la localizo.
- Gracias, Jorge.

Raúl tuvo que esperar unos cinco minutos antes de oír la voz de Margarita:

- ¡Raúl! ¿Dónde estás? Pensé que me habías abandonado. — su voz sonaba temblorosa.
- Lo siento, Margarita. Tengo que regresar a España urgentemente, mi padre me necesita.
- ¿Qué pasó, mi amor?
- Tú no te preocupes, tienes que estar tranquila y cuidarte para que el bebé nazca sano y fuerte. Escúchame bien, al colgar ve a tu taquilla, en la parte inferior justo al fondo, encontrarás una caja, ábrela. Me tengo que ir, el vuelo me sale en breve.
- ¿Volverás?
- En cuanto pueda...

Dejó de echar monedas y la llamada finalizó.

Raúl se dirigió, cabizbajo, hacia el control para entrar en la zona de embarque e ir a la puerta correspondiente a su vuelo. Apenas le quedaban ahorros y tenía dudas a la hora de decidir dónde ir: deseaba volver a Barcelona, habían pasado ya dos años y era probable que la banda de maleantes que lo perseguían ya no se acordaran de él. Ahí tenía buenos amigos y le resultaría fácil encontrar algún trabajo; la opción más sencilla era la de volver a Logroño, su padre lo podría mantener mientras pensaba en qué hacer a partir de ahora. Pero estaba Bea, le había herido en el orgullo y no sabía si tendría fuerzas para verse con ella cara a cara.

- Eh! Tú, chaval — un tipo musculoso y con la piel bien dorada, llamó a Raúl.
- ¿Es a mí? — dijo extrañado, Raúl.
- Sí, sí, es a ti. ¿Puedes venir un momento?
- Mi vuelo está a punto de salir, no tengo mucho tiempo
- Será un minuto, quisiera proponerte algo. ¿Vuelas a Madrid?
- Sí.
- ¡Eres mi hombre!

A Raúl, a pesar que las pintas de ese muchacho no le transmitían confianza, se acercó picado por la curiosidad.

- Tú dirás.
- ¿Quieres ganarte un dinero fácil?
- Pues no me vendría nada mal, ¿de qué se trata?
- Me llamo Patricio, mis socios y yo tenemos un buen negocio entre manos. Tenemos medio kilo de coca de primera calidad, está perfectamente protegida, lo único que tienes que hacer es tragarte las cápsulas y entregarlas en Madrid; ahí te estarán esperando mis socios, ellos te indicaran los pasos a seguir.
- Yo soy Raúl, ¿de cuánto estamos hablando?
- Quinientas mil pesetas.
- Me parece muy arriesgado, no lo veo nada claro.

- ¿Arriesgado? La protección es inmejorable y en dos días lo tendrás todo fuera, una vez expulses toda la coca te darán el cheque.
- De acuerdo, necesito el dinero.
- ¡Genial! Vamos a celebrarlo, invito yo.
- ¿Cómo? ¿Y mi vuelo?
- ¡Jajajaja! Te irás mañana, ya tengo tu billete no te preocupes. Llevará su tiempo tragarte todas las cápsulas, de momento nos iremos a comer y después al hotel, ahí te tengo preparada una sorpresa. Mañana a primera hora vendré a despertarte para que tengas tiempo de tragarte las cápsulas y coger el vuelo a Madrid.
- Está bien, pero quiero una buena comilona.

Los dos salieron del aeropuerto entre risas. Con quinientas mil pesetas, Raúl tendría margen para decidir si volver a Logroño o retornar a Barcelona. De momento estaría una temporada en Madrid.

Patricio no tuvo reparos en ofrecerle una comida contundente, ni que decir tiene que después del manjar y los chupitos, pudieron disfrutar de un buen puro habano mientras charlaban de sus aventuras y desventuras. Se entendían bien; parecía que competían a ver quién era más fanfarrón de los dos, se chocaban las manos, reían exageradamente y soltaban frases machistas que indignaban a los comensales que tenían cerca. Pero todos conocían a Patricio y nadie se atrevía a llamarles la atención.

Estuvieron algo más de tres horas antes de salir por la puerta del restaurante para dirigirse al hotel. Cogieron un taxi que les condujo hasta su destino, un edificio imponente les aguardaba. El hotel destilaba lujo por cada uno de sus rincones, los detalles estaban cuidados al máximo y Raúl saboreaba de nuevo un estilo de vida poco acorde a los méritos que había hecho hasta entonces.

- Toma, las llaves de tu habitación. Date una buena ducha que te despeje un poco, en una hora te envío la sorpresa que prometí

— dijo Patricio, palmeando la espalda de Raúl.

- ¿No vas a darme una pista?
- No te impacientes, chaval. Te va a gustar, no digo más.

Raúl subió a la habitación; era magnífica: una cama inmensa con mullidos cojines, las paredes perfectamente decoradas, una nevera repleta de bebidas y comida y unas vistas espectaculares del mar Caribe. Se notaba que a Patricio le iba bien el negocio.

Después de un baño relajante con sales y jabón perfumado, se tumbó en la cama; estaba agotado y el colchón lo envolvió de tal manera que se quedó profundamente dormido. Al poco rato un sonido le sobresaltó:

- ¡Toc, toc, toc! ¡Raúl! ¡Abre la puerta! ¿Te has quedado dormido? ¡Raúl! — la voz de Patricio era estridente y malhumoró a Raúl.
- ¡Joder Patricio! ¿No sabes despertarme con más delicadeza? — decía Raúl mientras se disponía a abrir la puerta.

Al abrir, el corazón le dio un vuelco. Una hermosa y cándida muchacha tenía sus asustados ojos clavados en los de Raúl. Después de unos segundos de desconcierto, Raúl se repuso:

- ¿Hola? ¿Quién es, Patricio?
- ¡Tu sorpresa! ¿Qué te parece? ¡Es magnífica! Enterita para ti, pero no alargues mucho la cita que tienes que descansar; mañana tendrás un día largo.
- Hola... Me llamo Beatriz... — se limitó a decir la joven, se observaba aturdida.
- ¡Aquí os dejo, tortolitos! ¡Qué disfrutéis! — Patricio se largó entre carcajadas.

Raúl hizo pasar a Beatriz, sujetándola suavemente por la cintura:

- Relájate, Bea. Siéntate en la cama, si quieres. ¿Sabes? Me recuerdas mucho a alguien y se llama igual que tú
- ¿Beatriz?

- Bueno, a ella le gusta que la llamen Bea. Sois tan parecidas... Esa mirada dulce, esa voz que te envuelve...
- ¿Es tu novia?
- Era. Su padre consiguió separarnos, pero estoy seguro que algún día volverá a mí.
- Pareces un buen hombre. Seguro que tarde o temprano volveréis a estar juntos.
- No lo dudes, Beatriz.

Estuvieron hablando durante dos horas, se explicaron su vida. Beatriz sólo había recibido golpes y maltratos desde que nació, aún así su carácter era encantador. Raúl se sentía extremadamente atraído por ella pero no estaba dispuesto a vejar su cuerpo como otros tantos habían hecho anteriormente.

- Ahora vete, necesito descansar. Eres una chica encantadora; un buen amigo me aconsejó que me fuera lejos, que eso me ayudaría a ser mejor persona y a aprender de los errores. Huye lejos, Beatriz. Ahí fuera hay un mundo maravilloso que te está esperando.
- Pero... ¿no me vas a follar?
- No. No me hubiera importado hacer el amor contigo, pero no te mereces esta vida. Dile a Patricio que has hecho tu trabajo y piensa en lo que te he dicho.

Beatriz, emocionada, salió de la habitación pensando que quizás Raúl tuviera razón. También le había demostrado que hay buenos hombres y alguno de ellos la debía estar esperando en algún lugar del mundo.

- ¡Hombre! ¿A quién tenemos aquí? — Patricio, en la barra del bar del hotel, vio venir a Beatriz.
- Ya está. Me ha dicho que necesitaba descansar — dijo Beatriz manteniendo la mirada al suelo.
- Pues ya te puedes ir.
- ¿Y mi dinero?

- Si lo quieres tendrás que subir a mi habitación, pequeña
- Ese no era el trato.

Patricio le soltó un bofetón que le reventó el labio. Beatriz quedó arrodilla en el suelo, llorando impotente.

- ¡Vamos! ¡Es mi turno! — gritó Patricio agarrándola de las muñecas.
- ¿Qué haces? — Raúl irrumpió en el bar. — ¡Déjala!
- ¡Uy! ¿Te has enamorado? ¡Su trabajo es ser puta! ¿O te crees que cuando gemía era porque le dabas placer? Estas ni sienten ni padecen. Te creía más inteligente.
- O la dejas o mañana olvídate de tu negocio.
- ¿Me estás amenazando? No sabes con quien estás jugando, chaval.
- No es ninguna amenaza. Te propongo algo, a ver qué te parece. Vas a comprar otro billete a Madrid para Beatriz, entre los dos podemos transportar un kilo de coca, todos salimos ganando.

Patricio se mantuvo en silencio, Beatriz miraba a Raúl con desconcierto y Raúl era consciente que ahora era él quien tenía las riendas de la situación.

- Eres listo, chaval. Acepto el trato, pero ella no va a cobrar. Serán quinientas mil pesetas por el servicio.
- Setecientas mil y todos contentos — Raúl miraba fijamente a Patricio.
- De acuerdo, setecientas mil — dijo Patricio sin mucha convicción.
- Vamos, Beatriz, tenemos que descansar. Dormiré en mi habitación, nos vemos mañana, Patricio.

Cogieron algo de comer en el bar y subieron a la habitación. Comieron en silencio, después Raúl le explicó lo que tendrían que hacer mañana. A Beatriz no le importaba, lo veía como una oportunidad para cambiar su futuro, además,

Raúl le había asegurado que se repartirían el dinero a partes iguales.

Se dispusieron a dormir, era una cama grande y cabían perfectamente los dos. Beatriz le pidió a Raúl si la podía abrazar, él no dudó ni un segundo, había pasado muchos nervios y necesitaba un poco de afecto.

- Raúl, sí que siento. Quizás haya padecido más de lo que he sentido, pero ahora mismo estoy sintiendo.
- Lo sé, no tienes que justificar nada. Descansa.

Se quedaron dormidos enseguida, entrelazados, relajados.

El día amaneció con fuertes vientos y una lluvia torrencial, algo habitual en el clima tropical. Beatriz despertó a Raúl acariciándole la espalda:

- Raúl, Raúl... Buenos días... — susurró.
- Buenos días, Beatriz. ¿Qué hora es?
- Las ocho, pero tengo hambre. Además, seguro que pronto vendrá Patricio y se nos acabará la tranquilidad.
- De acuerdo. Vamos a desayunar, niña mimada.

Beatriz se sentía protegida con Raúl, en un día cogió tanta confianza en él que no podía plantearse su vida sin su presencia. Había hecho lo que nadie, ni siquiera sus padres, habían hecho por ella en sus veinte años de existencia.

Beatriz se fue a la ducha mientras Raúl preparaba su maleta. Se cambiaron con tranquilidad y se dispusieron a bajar para desayunar. Tarde, Patricio estaba dando mamporros a la puerta de nuevo:

- Chicos, chicos — decía con voz cantarina. — Ha llegado el gran día.

Raúl abrió la puerta con resignación.

- Buenos días, Patricio. Bajábamos a desayunar, ¿vienes?
- ¿Bajar a desayunar? ¡Jajaja! De eso nada, aquí tenéis vuestro desayuno. — dijo alzando una bolsa con pequeñas cápsulas en su interior. — Y aquí os dejo el agua para que os entre mejor, ¡jajajaja! Os espero en el recibidor del hotel, disponéis de una hora para disfrutar del manjar, a las nueve y media os quiero

abajo, listos para ir al aeropuerto.

Raúl y Beatriz se miraron, tenían cara de fastidio, pero era lo que había que hacer. Patricio cerró la puerta y bajó al bar para desayunar; entretanto Raúl y Beatriz empezaron a engullir las cápsulas con lentitud, una a una, acompañando con abundante agua su viaje hasta el estómago. Cuando terminaron, Beatriz le pidió un beso a Raúl y le dijo todo lo que había sentido durante las horas que habían estado juntos; Raúl se limitó a decirle que no era nada, que lo único que había hecho era comportarse como un ser humano.

Bajaron y Patricio ya les esperaba con aquella sarcástica sonrisa en sus labios. Los acompañó hasta el taxi mientras les daba las últimas instrucciones; él no iría con ellos, era demasiado conocido y levantaría sospechas, así que les deseó suerte y se despidió sin mucho énfasis.

La tempestad ya había dicho basta y un magnífico sol estaba evaporando las últimas gotas de lluvia. El taxi no tardó en llegar a su destino, les esperaban dos horas angustiosas, hasta que el avión no despegara no estarían tranquilos.

Su vuelo salía a las cuatro de la tarde y lo primero que hicieron fue facturar la maleta de Raúl. Después dieron una vuelta por las afueras del aeropuerto, estaban bastante intranquilos, les preocupaba el control que tendrían que pasar.

Faltaba media hora y se dispusieron a pasar el control de acceso para entrar en la zona de embarque, estaban nerviosos pero no hubo contratiempos, pasaron el control sin ningún tipo de problema. Respiraron y, después de alejarse a una distancia prudencial del control, se abrazaron. Pronto tendrían un nuevo futuro por delante, Beatriz esperaba que fuera junto a él y Raúl tan solo esperaba alejarse de ese país que le había permitido vivir a cuerpo de rey pero que no le había servido para olvidarse de Bea.

El megáfono anunciaba el embarque de su vuelo. Por fin, de vuelta a España, qué ganas tenía de volver a estar en el territorio donde se sentía más cómodo. Durante los dos años en Méjico, se había dado cuenta que el hecho de encontrarse con su madre le había hecho perder seguridad en sí mismo, aún sabiendo que lo que le había contado su padre no era cierto, verla tan demacrada

y sin ninguna aspiración le había afectado sobremanera.

Se acomodaron en sus asientos, las azafatas daban las instrucciones de seguridad mientras Beatriz se aferraba a la mano de Raúl, era la primera vez que cogía un avión; Raúl le guiñó un ojo intentando calmarla, el avión despegó dejando atrás parte de la vida de esos dos muchachos inconscientes.

CAPÍTULO 17.- FLORES EN EL JARDÍN

Margarita fue a buscar a Rosa y le explicó la llamada que había recibido, estaba ilusionada. Ella que pensaba que Raúl la había abandonado resultaba ser que sólo era una urgencia familiar, seguro que en pocas semanas volvería a por ella y recibirían juntos al bebé que venía en camino. Rosa no mostró ningún sentimiento, sólo informó a Margarita que había una habitación pendiente de hacer el servicio y que corría prisa, ni un solo comentario sobre Raúl.

Se dispuso a ir a la habitación para hacer su trabajo lo más rápido que le fuera posible, después aprovecharía para ir a la taquilla para ver qué contenía la caja de Raúl. Tardó una media hora en dejar en condiciones la habitación, era muy buena haciendo su trabajo pero esas últimas semanas le costaba más, Moisés iba creciendo en su interior y ella lo notaba.

Después de tomarse un café marchó en dirección a su taquilla, se extrañó en ver la puerta abierta y corrió hacia ella, revolvió ansiosa su interior y encontró la caja de la que había hablado Raúl, estaba cerrada y respiró. La abrió y se encontró una nota que simplemente ponía que le dejaba trescientas mil pesetas para que pudiera criar a Moisés como se merecía y acababa despidiéndose con un beso. Margarita buscó el dinero en la caja pero no había ni rastro de él, estaba enfurecida, alguien le había abierto la taquilla para coger el dinero y la única persona con la que había hablado era con Rosa pero no la veía capaz de hacer una cosa así; alguien pudo haber escuchado la conversación pero Jorge le pasó el auricular y se retiró, dejándola sola en recepción.

Se cambió de ropa y, al poner las manos en los bolsillos de los pantalones, notó un papel entre sus dedos. Lo sacó, lo desdobló y leyó lo que habían dejado escrito:

“Lo siento Margarita, necesito el dinero. Rosa”

No se lo podía creer, ¿cómo era posible que Rosa se apoderara del dinero de Moisés? ¿Y Raúl? ¿Trescientas mil pesetas para criar a Moisés?, eso indicaba que tardaría bastante tiempo en verlo. Empezó a golpear con furia la puerta de la

taquilla y rompió el papel desparramando los trozos por el suelo.

Rosa viajaba en el taxi con una magnífica sonrisa, hoy empezaba para ella la vida que siempre había soñado: sin ataduras, sin equipaje y con una ilusión inmensa por poder ser lo que ella quisiera.

Llegó a un nuevo hotel, era imposible que Margarita la encontrara en tan poco tiempo, firmó la entrada en recepción y subió a su habitación. Tenía todo lo que quedaba de día para relajarse y descansar.

Al día siguiente se despertó y pidió el desayuno en la habitación, necesitaba hacer tiempo. A las diez alguien llamó a su puerta:

- ¡Hola Patricio! ¿Ya se fue?
- Hace diez minutos. ¿Tienes lo acordado?
- ¡Claro! Trescientas mil pesetas, no me ha dado tiempo de cambiarlas por pesos
- Prefiero las pesetas pero, ¿cómo has conseguido el dinero? Además, aquí hay más de lo que te pedí.
- Cómo lo he conseguido es cosa mía y la propina es para agradecerte la oportunidad que me has brindado.
- Está bien, ya sabes que hoy vuela Raúl así que hasta mañana no podrás irte.
- Ningún problema, disfrutaré de este magnífico hotel. Espero que tus socios me traten bien, yo daré lo mejor de mí para que este negocio funcione.
- Serás una pieza clave, Rosa. Ahora dejémonos de cháchara y celebrémoslo como Dios manda — dijo Patricio mientras le quitaba el camisón.

Margarita pasó la tarde libre paseando por la playa, le gustaba esa sensación de libertad que sentía durante esos paseos por la orilla del mar notando la brisa y el agua acariciando su cuerpo. Tenía la esperanza que Raúl se volviera a poner en contacto con ella, necesitaba contarle lo que le había pasado, seguro que él encontraba una solución o, en el mejor de los casos, ese suceso le hacía estar,

antes de lo previsto, de vuelta.

El sol ponía en escena su puesta, la combinación de colores siempre la maravillaba y le hacía pensar que era hora de refugiarse de nuevo a su habitación. Cuando cruzaba la playa con lentitud vislumbró dos figuras que se acercaban, eran dos tipos que no había visto antes así que agachó la cabeza para evitar cualquier comentario obsceno, era habitual por esa zona que los hombres incomodaran a las mujeres y más si estaban solas.

Pasaron por su lado sin más y, cuando Margarita ya estaba confiada, notó un paño húmedo en su nariz. Los tipos arrastraron su cuerpo inerte hasta la avenida, ahí aguardaba un coche con el motor encendido, la cargaron dentro y el coche arrancó a todo gas.

Llegaron al punto de encuentro y bajaron sin mucho cuidado a Margarita, aún seguía inconsciente:

- ¡Buen trabajo, chavales! — Patricio, acompañado de Rosa, sonrió al ver que traían la mercancía. — ¿Os ha visto alguien?
- Nadie, señor. Ha sido todo muy fácil, son muchos años en el oficio — dijo uno de ellos con la voz entrecortada por el esfuerzo.
- Perfecto. Subidla arriba sin haceros notar mucho, aquí tenéis la llave os esperamos en el bar.
- ¿Qué es esto? ¿Qué hace ésta aquí? — le susurró Rosa, visiblemente molesta
- Tranquila, ya irás viendo cómo va el negocio. Vamos dentro.

Los tipos acabaron el trabajo impecablemente y se reencontraron con Patricio en el lugar acordado:

- Aquí tenéis vuestra paga y tomaros lo que queráis, corre de mi cuenta. Nosotros esperaremos a que la chica se despierte y después nos iremos a dormir que mañana tenemos ajetreo. Ya os recomendaré a mis contactos, trabajáis muy bien.
- Gracias, señor. Y no dude en ponerse en contacto con nosotros

para lo que necesite.

Los dos tipos se quedaron hasta altas horas de la noche comiendo y bebiendo e intentando llevarse a la cama a alguna de las chicas del servicio del hotel sin éxito.

Margarita tardó una hora en despertarse, estaba muy mareada y tenía dolor de cabeza:

- ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? — dijo con un hilo de voz y con la vista borrosa.
- En el paraíso. — dijo Patricio riéndose.

Cuando consiguió enfocar las dos caras que la observaban y reconoció a Rosa, se incorporó de inmediato pero el cloroformo la había dejado debilitada y tuvo que tumbarse otra vez:

- ¡Zorra! ¿Dónde está el dinero de Moisés?
- Esos modales, niña. — dijo con calma Patricio. Rosa se mantenía en silencio.
- ¿Qué hago aquí? ¿Qué queréis hacerme?
- Cálmate, no te vamos a hacer nada. Sólo límitate a hacerme caso y no causar problemas. Ahora vamos a dormir, aprovecha y descansa, no intentes nada o no respondo.

Patricio esposó a Margarita en la cama y salió de la habitación con Rosa, se despidieron y cada uno se fue a su habitación. Mañana temprano Patricio daría el toque de queda para iniciar un día importante.

CAPÍTULO 18.- ABDUCIDOS

El pequeño Raúl jugaba en el foso de arena del parque. Bea, sentada en un banco, tenía su mente totalmente abstraída; no dejaba de pensar en Fernando, hacía ya un mes que había tenido que marcharse a la Sierra de Híjar debido a un fatídico suceso.

Fernando recibió una llamada de uno de los vecinos del pueblo, su hermano y toda su familia habían muerto calcinados a consecuencia de un incendio. Cuando llegó allí y vio cómo había quedado la casa, no daba crédito: las paredes totalmente en ruinas, las vigas en cenizas, incluso había zonas donde las brasas aún desprendían humo.

Don Ignacio le explicó que pasó en plena madrugada. Incomprensiblemente el depósito de gasolina que tenían en el almacén estalló repentinamente, iniciándose un incendio de grandes dimensiones. Al tratarse de una casa con vigas de madera, hizo que las llamas se extendieran rápidamente y, cuando la familia quiso reaccionar y huir de casa, ya era demasiado tarde. Estaban investigando las causas y le tomó los datos de contacto por si a lo largo de los días tenían alguna novedad sobre lo sucedido.

Fernando estaba abatido, si bien era cierto que su relación nunca había sido del todo buena y la marcha a Logroño sin previo aviso acabó por destruir los pocos vínculos que aún les mantenían unidos, no dejaba de ser la única familia que le quedaba. Se arrepentía tanto de no haber disfrutado más de ellos, eran buena gente, los únicos que le echaron una mano cuando Rosa se marchó de casa.

En el funeral, centenares de vecinos de la sierra se agolparon en la iglesia del pueblo, la plaza estaba repleta y los bancos del interior de la pequeña iglesia estaban estrechamente ocupados. Las condolencias se hicieron eternas y de camino al cementerio una mujer se acercó a Fernando:

- Hola, Fernando. Lo siento mucho, era una familia maravillosa.
- ¿Doña Clara? Muchas gracias, aún no me hago a la idea.

- Le entiendo, cuando perdí a mi Pedro me costó mucho retomar las riendas de mi vida. No hay día que no piense en él. ¿Sabe dónde se va a hospedar?
- Haré noche en la fonda de don Marcelo y mañana volveré a Logroño. Mi nieto me espera.
- ¿Ya es abuelo? Vaya... Su chico... ¿cómo se llamaba? ha ido a por faena pronto.
- Raúl, se llama Raúl. Sí, se enamoró de una chica maravillosa y fruto de su amor nació mi nieto.

Llegaron al cementerio y tuvieron que terminar la conversación, antes, doña Clara añadió:

- Si lo desea, puede pasar la noche en mi casa. Tengo espacio de sobra y me hará compañía, así podemos ponernos al día.
- Después de la sepultura le digo algo. Muchas gracias por el ofrecimiento.

El cura empezó el sermón mientras los sepultureros iban introduciendo los ataúdes en los nichos. Fernando presenciaba la imagen entre lágrimas, ni siquiera había podido darles un beso de despedida.

Bea desconectó de sus pensamientos y miró dirección al foso de arena para ver qué hacía Raúl. El foso estaba vacío. Dio un vistazo rápido por el parque pero no había rastro del niño, se levantó desesperada y empezó a gritar su nombre. Salió corriendo y preguntó a una pareja de jóvenes que estaban sentados a la sombra de un árbol:

- Sí. Hemos visto un nene que iba cogido de la mano de un señor, se han ido en esa dirección.

Bea les dio las gracias mientras corría para ver si podía alcanzarlos. A lo lejos vio la silueta de Raúl de la mano de un hombre, ella los gritó:

- ¡Raúl! ¡Usted!, ¿qué hace? Deje a mi niño.

El hombre se giró con cara de sorprendido:

- Hola, señorita. ¿Es su hijo? Me lo he encontrado deambulando cerca del parque y he pensado que estaba perdido, me disponía a llevarlo a la policía.
- ¡Claro que es mi hijo! — dijo indignada. — Lo siento, es que me he puesto muy nerviosa. Muchas gracias, me he despistado un momento y al no verlo pensé que le había pasado algo.
- No se disculpe, señorita. Es normal que se haya puesto nerviosa, pero ya ve, aquí lo tiene, sano y salvo.

Raúl, riendo, corrió hacia su madre. El señor sonrió:

- Tengo el coche allí mismo. Si lo desea les puedo acercar a casa.
- Es muy amable, pero no quisiera abusar de su buena voluntad.
- No se preocupe, no me cuesta nada. Además, a Raúl se le ve agotado.
- Sí, es que es un torbellino. No para desde que se levanta y cuando se le acaban las pilas cae rendido.
- Pues venga, vamos al coche para que lleguéis pronto a casa y pueda descansar. Seguro que durante el trayecto se queda dormido.
- Muchas gracias — dijo, sonriendo, Bea.

Bea le dio las indicaciones al señor para llegar hasta su casa y el coche arrancó. Llevaban cinco minutos de trayecto y Bea se dio cuenta que la ruta que tomaban se alejaba de su destino.

- Perdona, por aquí no es.
- Ya, disculpe. Se me olvidó decirle que tengo que hacer un encargo, será un momento.

Ese hecho incomodó a Bea, pero ese señor se había mostrado tan amable... No había razones para ponerse nerviosa, aún era pronto y Raúl se había quedado dormido profundamente en su regazo.

El señor se adentró en un aparcamiento subterráneo y aparcó al lado de una

furgoneta; hizo sonar el claxon. Raúl se despertó llorando y Bea intentaba consolarlo, pero estaba nerviosa, algo no marchaba bien. Raúl notaba el nerviosismo de su madre y cada vez lloraba con más fuerza.

Dos individuos, con pasamontañas y guantes, bajaron de la furgoneta:

- ¡Rápido! ¡Haz callar al niño y súbelos a la furgoneta! — dijo uno de ellos, mientras le daba un sobre al señor que había hecho llegar a Bea hasta allí.

Bea se apresuró en abrir la puerta para salir corriendo, pero ya era demasiado tarde. El segundo individuo le bloqueó la salida y, a punta de pistola, la obligó a meterse en la parte trasera de la furgoneta junto con Raúl, que se aferraba al cuello de su madre. Ella le susurraba que estuviera tranquilo, que todo iría bien. Notó cómo la furgoneta arrancaba y rogó a Dios que no le pasara nada a su pequeño.

Una vez finalizada la sepultura, Fernando buscó con la mirada a doña Clara. Cuando la vislumbró, se acercó a ella y le dijo que aceptaba su ofrecimiento; no le apetecía mucho estar solo en un día como el que había acontecido y, de esa manera, también podría informarse de lo acaecido esos últimos años en el pueblo que le vio crecer.

Doña Clara se alegró de la decisión tomada y pusieron rumbo a su casa.

Al llegar, doña Clara se dispuso a preparar café y sacó unas galletitas para matar el hambre antes de cenar. Sirvió dos generosas tazas de café y se acomodaron en el sofá del salón. Fernando agradeció aquel tentempié; necesitaba llenar un poco su estómago, desde que había llegado al pueblo no había probado bocado.

Doña Clara empezó a explicarle cosas del pueblo. Desde que Fernando y Raúl se marcharon, sucedieron escenas trágicas, algunas hasta macabras. La más significativa fue la de Alfonso, el padre de Diego. Fernando posó la taza de café para centrarse en la historia que iba a explicar doña Clara.

- Una mañana, cuando Diego se marchó al colegio, Alfonso

estaba marcando las nuevas reses de su rebaño. Su esposa se fue a la iglesia, como era costumbre en ella, después aprovechó para hacer la compra y volvió a casa. Al llegar, descargó la compra y se dirigió al establo; suponemos que era para ver si Alfonso precisaba su ayuda. Cuando Alfonso la vio, empezó a asestarle golpes con el hierro ardiente, marcando la piel de casi cada rincón de su cuerpo. No contento con ello, cogió una hoz y degolló el cuello de su mujer para, más tarde, dirigirse al interior de la vivienda, sentarse en su butaca y volarse los sesos con la escopeta con la que solía ir a cazar. El chaval llegó del colegio y encontró los dos cuerpos sin vida, ¡pobre mi niño! Se quedó huérfano de golpe y porrazo, lo trasladaron a un centro de acogida en Santander y ya hace años que no sabemos qué habrá sido de él.

- ¡Menuda historia! Por todos era sabido que Alfonso era muy agresivo, pero que llegara a este punto...
- La verdad es que nos quedamos todos conmocionados, que pase esto en un pueblo tan pequeño... ¡Parece mentira! Un año después, yo en particular, perdí a mi Pedro. Un infarto se lo llevó sin previo aviso. Siempre he pensado que fue debido a que la panadería iba de mal en peor mes tras mes; su corazón no lo resistió, ¡habíamos pasado tantas horas, tantas historias en ella!
- ¿Pero tuvisteis que cerrar?
- Sí, sí. No tuvimos otra opción, las deudas estaban absorbiendo todos los ahorros que teníamos. Él se fue a trabajar al campo y yo me quedé en casa, nos íbamos apañando pero perdimos toda la ilusión.
- Lo siento, de corazón.
- Gracias. Pero también ha habido cosas buenas. Tenemos

mejores comunicaciones con Santander y Palencia, una escuela nueva, el pueblo mantiene el número de habitantes y vivimos mejor que hace diez o veinte años. Y ahora, ¡dejémonos de batallitas! Voy a preparar la cena que debe estar agotado.

- Espere, que le ayudo.
- No se preocupe, descanse. Bueno, si quiere quedarse tranquilo puede preparar la mesa, haré una sopa y algo de carne.
- Se lo agradezco.

Doña Clara tuvo la cena lista en veinte minutos y Fernando ya tenía la mesa vestida, así que se dispusieron a cenar. Doña Clara le ofreció vino a Fernando, el cual aceptó gustosamente. Ella prefirió beber agua, no le sentaba bien el alcohol.

Fernando no tuvo tiempo de acabarse los filetes, cayó dormido encima del plato. Doña Clara se levantó e hizo una llamada de teléfono.

- Ya está dormido, pueden venir a por él. De nada.

Mientras esperaba, recogió la mesa y vertió el elixir que utilizó para dormir a Fernando por el desagüe. No quería dejar ningún tipo de huella que pudiera incriminarla. No tardó en oír el vehículo; abrió la puerta y acompañó a los chicos hasta donde se encontraba Fernando. Le ataron de pies y manos y cargaron con él hasta el maletero del coche, los chicos y doña Clara se dispusieron a subir en el coche para emprender su viaje.

CAPÍTULO 19.- NERVIOS DE CIRUJANO

Raúl y Beatriz llegaron al aeropuerto de Barajas pasadas las nueve de la mañana del 23 de julio, un día después de su salida del aeropuerto de Cancún. Estaban algo aturcidos, el jet lag les estaba haciendo mella. Esperaron a que su maleta saliera por la cinta transportadora y, una vez la recogieron, se dispusieron a salir de allí. Según les dijo Patricio afuera estarían esperando sus socios, pero no tenían del todo claro si los reconocerían.

Cuando salieron al gran hall del aeropuerto vieron como un tumulto de gente se agolpaba esperando a sus familiares y amigos. Los dos miraron a un lado y a otro para intentar encontrar a los chicos que los tenían que recibir. Al fondo de la multitud vieron un cartel que ponía: “Familiares de Patricio”, no era un nombre muy común así que se acercaron.

Ellos, dos chavales que debían tener la edad de Beatriz, fueron los primeros en hablar:)

- ¿Raúl y Beatriz? — el tipo más alto de los dos rompió el hielo.
- Los mismos — dijo Raúl con un toque de chulería.
- Vamos, tenemos el coche esperando fuera. ¿Estáis bien? — esta vez lo preguntaba el chico más bajito pero, a la vez, más musculoso.
- Sí, un poco aturcidos por el jet lag, pero nada más — Raúl contestaba mientras Beatriz se mantenía en silencio.
- La chica no tiene muy buena cara — prosiguió el tipo musculoso.

Raúl se la miró, estaba totalmente pálida y sudando. Le tocó la frente y notó que el sudor era frío. Cuando le levantó el mentón vio que sus labios se estaban poniendo morados y sus ojos estaban inyectados en sangre.

- ¡Beatriz! ¿Estás bien?
- No es nada, Raúl. Solo estoy un poco mareada.

Beatriz terminó la frase a duras penas y se desplomó. Raúl la sujetó, parando

el golpe y empezó a gritar a los chicos que tenían que llevarla a un hospital. Reaccionaron de ipso facto, cogieron a Beatriz por las axilas y corrieron hacia el coche. Raúl los seguía, asustado. Subieron al coche y salieron a todo gas.

- Es por la droga, ¿verdad?

Los chicos se miraron sin saber muy bien que contestar, así que optaron por guardar silencio. Raúl estaba en el asiento de atrás con la cabeza de Beatriz apoyada en sus piernas, con una mano le acariciaba la mejilla mientras que con la otra le cogía la mano derecha. Beatriz empezó a convulsionar salvajemente.

- ¡Queréis daros prisa! ¡Tenemos que llegar al hospital, ya!
- No podemos ir al hospital, lo siento. Tenemos que ir al piso y allí ya llamaremos a un doctor para que nos ayude a que expulse las cápsulas que se mantienen enteras — dijo el conductor sin apenas inmutarse.
- ¡Estáis locos! ¡Está en juego la vida de una persona! ¡Qué más dan las cápsulas! Quedaros el dinero, si queréis, ¡pero tenemos que salvar su vida!
- Sólo cumplimos órdenes. Lo siento.
- Raúl... No te enfades... Estaré bien. Estos dos días han sido los más felices de mi vida, ya no me importa morir, lo haré feliz... — Beatriz sacó fuerzas de flaqueza para despedirse de él. Empezó a salirle una espuma blanca por su boca y sus oídos no paraban de sangrar.

Raúl lloraba amargamente mientras la besaba en la frente y repetía su nombre. El coche aminoró la marcha hasta ponerse delante de la puerta de un garaje, el copiloto bajó del coche para abrir la puerta y, una vez abierta, entraron.

- Ayúdanos a subir a la chica y deja de lloriquear. Los dos sabíais que os jugabais la vida.
- ¡Mentira! Patricio nos aseguró que estaban perfectamente protegidas, que apenas entrañaba riesgos.
- Apenas, pero los riesgos ahí estaban. Si no, mira que le ha

pasado a tu amiga.

- ¡Hijos de puta!

El chaval musculoso se giró dispuesto a darle un puñetazo pero su compañero lo frenó a tiempo.

- Relájate tú también. Aún tiene que echar las cápsulas fuera. Escúchame bien, Raúl, ahora te vas a quedar en el piso con nosotros hasta que cagues esas malditas cápsulas que tienes en el estómago. Ten en cuenta que, si todo va bien, tendremos que esperar un día y medio a que salgan todas. Así que, por el bien de todos, cálmate un poco y no hagas tonterías, ¿de acuerdo?

Raúl asintió con la cabeza mientras cargaban con Beatriz y empezaron a subir las escaleras. Por suerte, el piso estaba en la primera planta. Entraron y tumbaron el cuerpo sin vida de Beatriz en la cama de una de las habitaciones. Raúl se la miró apenado.

- ¿Qué vais a hacer con ella?
- Avisaremos al doctor para que le extraiga las cápsulas, ya te lo he dicho en el coche.
- ¿Y después?
- Después ya veremos, Raúl, ya veremos. Ahora tómate este laxante, a ver si así aceleramos el proceso y acabamos con esto lo antes posible.

Raúl se tomó el laxante y al cabo de poco tiempo se fue corriendo al baño. El muchacho alto le ordenó que defecara en la bañera, ahí podrían rociar con agua toda la porquería y obtener las cápsulas de cocaína.

No era una sensación nada agradable, los cachetes del culo le temblaban y, cada vez que notaba una de las cápsulas salir por el ano, un escozor intenso le invadía. Sólo pensaba en acabar ese repugnante proceso lo antes posible, así que apretaba con intensidad para ayudar a que las cápsulas siguieran su ruta hacia el exterior.

Los espasmos anales fueron aminorando y Raúl empezó a relajarse. Tenía prisa por ver qué cantidad de cocaína había podido expulsar. Avisó a los chicos y salió de la bañera con las piernas salpicadas de su propio excremento.

— Déjanos rociar toda esta asquerosidad y después te pasas un agua.

El agua empezó a descomponer los excrementos y quedaron varias cápsulas a la vista. Raúl lo miraba perplejo, después de ver lo sucedido con Beatriz se maldecía de haber sido tan inconsciente.

Los muchachos recogieron las cápsulas y se fueron a la cocina. Ahí tenían preparada una báscula para hacer el pesaje.

- Trescientos veinte gramos, no está nada mal. Esperemos que en la próxima ronda ya lo expulse todo — dijo el chico alto.
- A ver si es verdad. Estoy un poco harto de todo esto y aún no hemos visto un duro.
- Pagarán. Ya lo he hecho otras veces y cumplen con su palabra. ¿Te crees que te hubiera propuesto para esto si no supiera que te sacarías un buen jornal?
- Perdona. Estoy agotado y tengo hambre.
- Cuando llegue el doctor ya dejaré que vayas a por algo de comer.

Raúl se estaba duchando mientras no dejaba de pensar en Beatriz. Pronto llegaría el doctor y le destriparía el estómago para obtener la cocaína, ese era su objetivo, a esa gente no le importaba nada más. Querría poder idear algo para vengar su muerte pero la organización que tenían Patricio y su banda nada tenía que ver con la de los catetos de Barcelona. Había oído alguna que otra historia de cómo se las gastaban con los que se rebelaban contra su causa, así que optó por quitarse la idea de la cabeza. Expulsaría toda la droga, cobraría y se iría a Logroño; con todo lo que había pasado necesitaba notar el calor familiar y estar una temporada tranquilo, ordenando sus ideas y objetivos.

El doctor llegó a la vivienda y se dirigió directamente a la habitación sin apenas abrir la boca. Sacó sus herramientas de trabajo, comprobó el pulso y las

pupilas de Beatriz, negó con la cabeza y cogió el bisturí con firmeza.

El chico musculoso aprovechó para bajar a comprar comida dando un sonoro portazo al salir. El doctor miró al otro chaval con cara de pocos amigos, él disculpó a su compañero alegando que le había afectado mucho lo que le había pasado a la chica. El doctor prosiguió con la intervención con destreza, cuando vislumbró el estómago no dudó en introducir la mano izquierda para sacarlo un poco al exterior y lo seccionó con finura. Una vez abierto de par en par clavó la vista a los ojos del pálido chico que observaba, con repugnancia, la escena.

- Ya puedes revolver lo que quieras para coger las cápsulas.
- ¿Yo? Pensaba que usted mismo las sacaría...
- Mi trabajo no consiste en eso. Aquí te quedas, chaval, hasta otra vez.

Se sacó los guantes de látex y la mascarilla y los tiró junto al cuerpo de Beatriz, recogió sus bártulos y se marchó tal y como entró: impasible y en silencio. El chico se quedó mirando la maraña de sangre y carne incapaz de mover un dedo. Se escuchó de nuevo la puerta, era su compañero que llegaba cargado de comida y bebida.

- ¡Ya estoy aquí! ¿Cómo va la operación? — dijo mientras se dirigía a la habitación.

Cuando vio la escena giró la cabeza con cara de asco y protegió las bolsas con un abrazo por miedo a que se contagiaran de cualquier cosa extraña que pudiera salir de ese amasijo de tripas.

- ¡Qué asco! ¿Han quedado muchas cápsulas enteras? — decía sin mirar.
- No lo sé, aún están dentro.
- ¡¿Cómo?! ¿No las ha sacado el doctor?
- Ha dicho que no era su trabajo y se ha ido. Tendremos que ser nosotros.
- ¡Yo no meto las manos ahí! Después voy a ser incapaz de comer nada.

- Que lo haga Raúl — dijo con una malvada sonrisa.

Lo llamaron pero Raúl seguía en la ducha, no pensaba salir hasta que no lo vinieran a buscar. Entraron en el baño y gritaron su nombre, Raúl cerró el agua para poder escucharlos.

- Venga, sal. Llevas más de una hora ahí dentro.
- ¿Ha llegado el doctor? No quiero ver nada de lo que haga.
- Ya se ha ido, así que puedes salir tranquilo.

Raúl se envolvió con la toalla y se fue a la habitación donde tenía la maleta. Se vistió y volvió al baño para peinarse un poco. Cuando hubo terminado fue a la sala para encontrarse con los muchachos. Ellos lo esperaban con impaciencia.

- ¿Preparado para tu nueva misión? — preguntó el chico alto, entre sonrisas.
- ¿Misión, qué misión? — preguntó Raúl, extrañado.
- El doctor ha dejado todo preparado para coger las cápsulas del estómago de Beatriz, hemos pensado que te haría ilusión despedirte de ella y recoger la mercancía.
- ¡Ni hablar, no pienso ver a Beatriz abierta en canal! Quiero recordarla como se merece.

El chico alto, que había quedado claro que era el cabecilla, se sacó una pistola de la parte de atrás de sus pantalones y no dudó en apuntar a Raúl:

- Haz lo que te he dicho o pasarás a hacer compañía a tu querida amiga.

Raúl se llenó de rabia al ver lo que estaba ocurriendo pero, sin mediar palabra, dio media vuelta y se dirigió hacia la habitación. Los dos muchachos lo acompañaban y el cabecilla seguía apuntándole con el arma.

Llegaron a la habitación y Raúl se dispuso a aprovechar los guantes que había lanzado el doctor encima de la cama, junto a Beatriz. Evitaba mirar el cuerpo inerte de su amiga. Los dos muchachos se relajaron y el cabecilla posó el arma en el tocador para contemplar cómo Raúl extraía las cápsulas del estómago de Beatriz.

Una vez tuvo los guantes puestos, introdujo sus manos en el vientre de la muchacha, revolvió las tripas y sin dudarlo un segundo las lanzó encima de sus captores. Intentaron evitar que les tocara, pero no se esperaban esa reacción y quedaron totalmente impregnados de sangre y vísceras. Raúl aprovechó la confusión para abalanzarse sobre el arma, la sujetó con firmeza y descargó toda la munición sobre esos dos energúmenos.

Dejó caer la pistola al suelo, cacheó los cuerpos que había abatido y se apoderó del dinero que llevaban encima, se quitó los guantes y se dispuso a coger su maleta. Pensó en coger la cocaína que había expulsado pero desechó la idea, quería evitar tener problemas y aún tenía algo menos de doscientos gramos en su interior, podría venderla él directamente y sacarse un buen dinero. Cogió algo de comida que les había sobrado a aquellos dos desgraciados, echó a correr escaleras abajo y salió a las calles de Madrid. Cuando tuvo la oportunidad, se montó en un taxi e indicó al taxista que lo llevara a la estación de Atocha.

CAPÍTULO 20.- REENCUENTROS

Fernando despertó en una habitación oscura, estaba maniatado y fuertemente sujeto a una silla. Tenía un fuerte dolor de cabeza y aún no era consciente de qué había pasado exactamente.

- ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?
- ¡Abu!
- ¿Raúl?
- ¿Fernando?
- ¡Bea! ¿Sabes dónde estamos? ¿Qué ha pasado?
- No lo sé, Fernando. Nos cargaron en una furgoneta y, después de un largo viaje, nos metieron en esta habitación. Vimos como te metían aquí pero con tanta oscuridad no supimos que eras tú.
- ¡Abu! ¡Abu! Aquí.
- Hola pequeñín, ¿estás bien?
- Frío, agua.
- ¿No le han dado nada desde que estáis aquí?
- Nada. Durante el viaje aproveché para darle de comer y beber, pero tenía poca cosa ya. Se quedó dormido y ha despertado hace un ratín, espero que aparezca alguien y le dé de beber.
- ¡Holaaa! — Fernando gritó con todas sus fuerzas.

Nada, no obtuvo respuesta. Pasados unos cinco minutos oyeron cómo intentaban abrir la puerta, un halo de luz cegó a los presos pero enseguida cerraron la puerta y sus pupilas volvieron a habituarse a la oscuridad.

- Venga. Tira adentro, fulana.
- ¡Dejadme, putos! ¿Dónde está Patricio? ¡Quiero hablar con él!

Uno de los muchachos le propinó un fuerte golpe con la culata de una pistola, dejándola inconsciente. Procedieron a atarla a la única silla que quedaba libre en la habitación y le pusieron las esposas.

- Perdonen. Mi niño necesita beber agua y pronto tendrá hambre.

Los chicos hicieron caso omiso a las palabras de Bea, dieron media vuelta y salieron de la habitación.

- ¡Cabrones insensibles! — gritó Fernando.
- Espero que tengan un poco de humanidad. ¿No te ha resultado familiar la voz del chico?
- No, para nada. Estaba concentrado en intentar vislumbrar quién era la chica que nos acompaña.
- Ha nombrado a un tal Patricio. No conozco a nadie con ese nombre.
- Yo tampoco. Tendremos que esperar a que despierte, a ver cuál es su historia.

Fernando y Bea hicieron tiempo explicándose lo que habían hecho durante ese mes y medio que llevaban sin verse. También daban charla a Raúl para que no pensara en la sed y el hambre.

De nuevo oyeron la puerta, los dos muchachos de antes entraron y fueron directos a Raúl. Primero le dieron agua, el pequeño la tomaba con ansia, después le empezaron a dar cucharadas de una especie de puré.

- Mmmm! Rico — soltó Raúl.

Uno de los muchachos rió, afectuoso. El que daba el puré le propinó un codazo.

- Gracias, chicos. ¿Cuándo vais a explicarnos que está pasando?

Ninguno de los dos abrió boca. Acabaron de darle el puré y se disponían a marchar. En ese momento Raúl empezó a llorar:

- ¡Mamiii, mamiii! ¡Miedo!

El chico que soltó la carcajada dio media vuelta, cogió la silla de Raúl y la pegó a la de Bea.

- ¿Qué coño haces? — dijo furioso su compañero.
- Cállate — le replicó el responsable de la acción.

Bea se puso roja de rabia y dejó escapar una lágrima, pero contuvo su ira para no perjudicar a su hijo. Respiró hondo y esperó a que los dos chicos se largaran de la habitación.

- Hijos de puta...
- Bea, ¿qué pasa?
- Son ellos, Fernando. ¿Pero por qué? ¿Qué quieren de mí ahora?
- Ellos, ¿quiénes? No sé de qué me hablas.
- Supongo que tenemos tiempo de sobra, algún día tenía que llegar este momento.
- Me estás asustando, Bea.

Bea por fin se liberó. Explicó lo acaecido durante las fiestas de San Bernabé paso a paso. Fernando no daba crédito a lo que estaba oyendo, Bea lloraba desconsoladamente y su voz sonaba entrecortada, Raúl le preguntaba el porqué de sus lágrimas y ella lo calmaba diciéndole que todo iba bien.

Lo pasó mal volviendo a recordar su violación pero también le hizo bien, ya no tenía nada que ocultar. Fernando aguantó estoico, sin interrumpir en ningún momento el monólogo de Bea y, cuando esta hubo terminado, se limitó a decirle que para él Raúl era su nieto a todos los efectos, que no tenía que sentirse culpable, podía contar con él para todo lo necesario. Bea se rompió, pero esta vez de emoción, no había conocido hombre más bueno que Fernando y estaba orgullosa de que formara parte de su vida.

La emoción quedó a un lado cuando un hilo de voz interrumpió la escena familiar.

- ¿Dónde estoy? — murmuró Margarita, algo aturdida.
- Hola señorita. Aún no tenemos idea de dónde estamos ni del porqué estamos aquí. ¿Usted tiene alguna idea del motivo de que se encuentre en esta situación?
- Es cosa de Patricio y Rosa, pero no sé de sus intenciones. Yo estaba en Méjico, disfrutando de mi embarazo, mi esposo Raúl

tuvo que irse de urgencia a España y unos hombres me raptaron; me llevaron a un hotel donde esperaban esos dos putos. Me llamo Margarita y agradecería que no me trataras de usted.

- ¡Ufff! Mucha información en un momento, ¿puedes explicarlo más detallado? — pidió Fernando.
- Espera un momento — interrumpió Bea — Rosa, Raúl, Méjico, vuelta a España... ¡Demasiadas casualidades! Creo que el Raúl que nombra es tu hijo, Fernando. Te lo dije, la llamada que recibiste de él era desde Méjico. Todo esto está relacionado con él, ¡ahora lo tengo claro!

Margarita explicó con más detalle toda su historia y, definitivamente, se dieron cuenta de que se trataba de Raúl. A Fernando se le aceleró el corazón: por una parte estaba feliz de saber que venía en camino un nuevo nieto, Moisés; por la otra le inquietaba el no saber porqué se había formado todo ese lío alrededor de Raúl. Bea no pudo evitar tener un sentimiento de celos entremezclados con traición. Era consciente que fue ella quien le cerró la puerta, pero no estaba preparada para aceptar que Raúl estuviera con otra mujer, nunca había dejado de tener esperanzas en tener una vida en común junto al pequeño Raúl.

De nuevo la puerta, esta vez no eran Mateo y Juan, Bea respiró aliviada.

- Cambio de planes, familia. Nos vamos de viaje, ¡jajajaja!
- ¡Patricio! ¡Puto loco! ¿Qué quieres de nosotros?
- Cálmate, fierecilla. Las explicaciones vendrán más tarde, ahora limitaros a no crear problemas si no queréis tener consecuencias trágicas. ¡Andando!

Patricio fue desatando uno a uno de las sillas manteniéndoles las esposas puestas. Aún así, los apuntaba con una amenazadora pistola con la mano derecha mientras sujetaba firmemente con la izquierda al pequeño Raúl, que estaba adormilado.

Los guió hasta un almacén donde aguardaban la furgoneta negra en que

habían viajado Bea y su pequeño y un coche que estaba situado justo delante de la furgoneta. Fernando y Margarita reconocieron a Rosa de entre la comitiva que estaba esperando su llegada; Bea, por su lado, pudo confirmar que los dos muchachos eran Mateo y Juan. En un segundo plano, algo más apartada, estaba doña Clara con la mirada clavada en el suelo.

- No quiero oír una sola palabra, ¿estamos? — amenazó Patricio.

Los presos fueron subiendo a la parte trasera de la furgoneta, Juan se acercó a Patricio:

- El niño irá con nosotros delante. Es un día frío y agradecerá el calor de la calefacción.
- ¡Ni que fuera tu hijo! — exclamó Patricio, con sorna.

Juan se tragó la contestación que iba a darle, cogió a Raúl, subieron a la furgoneta y lo sentó en su regazo. Bea apretaba los dientes de impotencia pero sabía que su pequeño estaría mejor en la parte delantera.

- ¡En marcha! Ya estamos todos — Patricio dio la orden y todos ocuparon sus lugares.

Mateo subió a la furgoneta donde aguardaban Juan y el pequeño Raúl, que estaban jugando a las palmas, Mateo frunció el ceño pero no quiso reprender a su hermano. Patricio, Rosa y doña Clara se montaron en el coche. La puerta del almacén se abrió lentamente, empezaba a amanecer en Madrid, se antojaba un día lluvioso y gris.

CAPÍTULO 21.- EL JEFE

Aitor y Fina llegaron a casa al anochecer, después de un intenso día de trabajo y les sorprendió no ver luz en el interior. Al entrar en la vivienda gritaron el nombre de su hija y de su nieto pero no obtuvieron respuesta.

- Quizás Fernando ha llegado de la Sierra y se han quedado a cenar en su casa — vaticinó Fina.
- La niña siempre avisa, no se hubiera quedado sin nosotros saberlo.
- Puede que nos haya llamado y quien atendió la llamada no pensara en darnos el recado.
- Puede ser, pero nos acercaremos a casa de Fernando por si acaso.

Subieron a la furgoneta de la empresa y se dirigieron hacia el piso de Fernando. Aitor parecía más preocupado que Fina, ella se mostraba segura que los encontrarían allí pero Aitor tenía el convencimiento que, después de todo lo acaecido esos últimos años, Bea no se arriesgaría a ir a algún lugar sin previo aviso.

Tardaron poco más de diez minutos y aparcaron a unos cincuenta metros del edificio. Bajaron y caminaron a paso ligero hasta el portal, allí vieron a dos tipos vestidos de traje negro que parecían custodiarlo, no les sonaba de haberlos visto por el vecindario pero se limitaron a saludarlos de forma cortés y llamaron al timbre de Fernando. Uno de los hombres se dirigió a ellos y se ofreció a abrir el portal por si querían subir, Aitor aceptó agradecido y se adentraron en el bloque. Los dos hombres entraron detrás de ellos, hecho que puso nerviosa a Fina así que empujó levemente a su marido para que subiera más rápido las escaleras. Llegaron a la planta correspondiente y se dispusieron a llamar al timbre de nuevo mientras los dos hombres subían los últimos escalones, la puerta se abrió pero no reconocieron a Fernando. Sin tiempo a reaccionar los dos hombres los empujaron al interior de la vivienda y cerraron la puerta rápidamente.

- Bienvenidos. Siento las formas pero era la única manera que había para que aceptaran mi invitación — un joven elegantemente vestido y escondido tras unas gafas de sol, les habló con cordialidad.
- ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Dónde está nuestra hija y nuestro nieto? — preguntó con ansia Aitor.
- Tardaran un poco en llegar, pero no se preocupen que están perfectamente. Así que relájense, les ofreceremos la cena en breve y harán noche aquí. Pero antes agradecería que llamaran a algún encargado de su empresa para informar de que mañana no podrán ir a trabajar.

Aitor hizo la llamada flanqueado por los dos tipos de negro, el tono del jefe era muy cordial pero sabía que estaban tratando con gente peligrosa. Se limitó a informar de su ausencia durante el día de mañana y que no se olvidaran de examinar la entrega de terneros con lupa.

- Bien hecho, sabía que podía confiar en usted. Si se limitan a obedecer, todo irá bien. Señora, no se sienta incómoda por favor, nos hemos visto obligados a retenerlos por si hubieran tenido la tentación de dar parte a la policía.
- ¿Cómo no me voy a sentir incómoda? ¡No sé nada de mi hija ni de mi nieto! Habla con mucha educación pero lo que ha hecho usted es raptar a mi familia y, ¡no sé por qué demonios lo ha hecho! Somos gente honrada y trabajadora, no entiendo por qué tenemos que vernos en esta situación.
- Todo se aclarará a su debido tiempo. La cena está lista, dispóngase a saborear la comida y después ya asignaremos las habitaciones para que puedan dormir cómodamente.
- ¿Dormir? ¡Dormirá usted! Ya me dirá cómo voy a dormir sin saber qué va a ser de mi querida familia.
- No sea tan alarmista. Sólo un inciso, a partir de ya no quiero

oír más preguntas ni más comentarios. Contestad si se os pregunta y punto. ¿Queda claro?

Aitor apretó la mano de su esposa mientras la miraba y contestó afirmativamente a la última pregunta.

La cena era abundante, con embutido de primera calidad y un vino, denominación de origen de La Rioja, que reconfortaba a cualquiera; de postre fardelejos rellenos con almendras perfectamente tostadas. Estaba cuidado hasta el último detalle, parecía que los raptos querían que se sintieran como en casa.

Después del manjar, uno de los secuaces los acompañó hasta la habitación de Fernando. Sin mediar palabra les invitó a entrar, dando paso con la mano, y cerró la puerta. Pudieron oír un sonido metálico y dedujeron que estaba poniendo un candado para asegurarse de que no se escapaban.

Aitor y Fina empezaron a hablar en voz baja, atolondrados pero pronto tuvieron que interrumpir su charla. Oyeron dos fuertes golpes en la puerta y el aviso, con una voz grave que asustaba, de que no querían oír ningún tipo de cuchicheo. Resignados, se taparon hasta el cuello y quedaron abrazados y en silencio.

- Bien chicos. Ya están todos reunidos en Madrid, mañana a primera hora partirán dirección Logroño; para el mediodía lo quiero todo organizado. Una última cosa, repasaros las consignas, no quiero ningún fallo.

Los dos hombretones asintieron con la cabeza y se acomodaron en el sofá de la sala mientras el jefe se deslizó hasta la habitación de Raúl para disponerse a tener un sueño reparador.

CAPÍTULO 22.- EL CEBO

Veinticuatro de julio. Raúl, ajeno a todo lo que estaba aconteciendo en su entorno familiar, estaba desayunando con su buen amigo Antonio.

- Bueno Raúl, ¿qué te parece si me cuentas lo que has estado haciendo todos estos años? También me debes una explicación sobre tu relación con esos neo—nazis que querían acabar contigo.
- Sí, Antonio. Te mereces una explicación sincera.

Raúl empezó por el final. Le explicó que, ayer, su intención era irse a Logroño, pero al llegar a la estación sólo había trenes hacia Barcelona. Necesitaba del calor familiar pero con Antonio se sentía cómo en casa. El casero agradeció sus palabras.

Prosiguió explicando su aventura mejicana, le habló de Rosa, de Margarita y del hijo que venía en camino. Lloró relatando la muerte de Beatriz y mostró su arrepentimiento en aceptar el trabajo de “mula”, pero la necesidad económica lo empujó a hacerlo.

Por último, resumió su llegada a Barcelona y su paso por el Frente Nacional. Habló de su ingenio para apoderarse del dinero que tenía que servir para financiar al partido. Por ello, el día de la manifestación, aquel grupo de chavales querían atraparle.

Antonio tenía los ojos como platos escuchando el relato de Raúl, no paraba de negar con la cabeza mientras apoyaba su mano derecha en su frente.

- ¿No sabes hacer nada más que meterte en líos? — Antonio fue contundente con su pregunta.
- Ya lo sé, Antonio. He sido un desastre, he tomado muy malas decisiones pero todo esto me ha enseñado mucho. Ya no soy el mismo, quiero estar con los míos y disfrutar de las cosas buenas que nos regala la vida — Raúl se mostraba abatido.
- Lo primero que hay que hacer es expulsar esas malditas bolas

de tu interior y olvídate de venderlas, vamos a dar parte a la policía, ¿estamos de acuerdo?

- De acuerdo — respondió Raúl sin mucho convencimiento.

Poco después del desayuno, Raúl tuvo la misma sensación que el día anterior en Madrid. Fue corriendo al baño, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Lentamente, las cápsulas fueron saliendo una a una mientras Antonio esperaba, paciente, sentado en el retrete.

- Creo que ya está — dijo Raúl, exhausto.
- Límpialas bien que me las llevo a pesar. Espero que estén los ciento ochenta gramos que faltaban.
- Y yo, no sabes cuánto.

Efectivamente, Raúl ya había acabado con el suplicio de las cápsulas de cocaína, el próximo paso era ir a la policía tal como había prometido. Después de una ducha reparadora, se vistió con la ropa que le había dejado Antonio; la que llevaba en la maleta olía fatal y, el casero, no permitió que se la volviera a poner. Salió del baño y fue al salón donde su amigo esperaba leyendo el periódico.

- Ya estoy listo, ¿vamos?
- No, no vamos a ir — dijo Antonio con cara de preocupación.
- ¿Cómo que no vamos a ir? Es lo que querías y es la mejor opción.
- Ya no. Mira esta noticia.

Cuando Raúl leyó el titular exclamó un improperio de desesperación. Habían encontrado los cuerpos de Beatriz y de los dos chavales que abatió, se declaraba secreto de sumario pero todo apuntaba a una red de narcotraficantes; en la parte final se añadía que la policía seguía una pista según los indicios encontrados en el piso donde hallaron los cuerpos. En la página siguiente se definía el oficio de “mula” y exponían que siempre acababan pagando el pato con años de cárcel o con la muerte, mientras los capos de la red de narcotráfico quedaban impunes.

La casa se quedó unos minutos en silencio, Raúl releía una y otra vez la

noticia mientras Antonio lo miraba apenado. No sabía cuál era el siguiente paso a hacer, estaba totalmente abrumado por la situación. Él, que tenía que ser una persona importante se encontraba al borde de ser considerado un traficante y asesino a ojos de la opinión pública y la justicia.

El silencio dio paso al timbre de la puerta del piso, Antonio se extrañó porque no esperaba visita alguna. Se acercó a la puerta y puso el ojo en la mirilla, su cuerpo se convirtió en un manojo de nervios. Dos policías de paisano mostraban la placa identificativa mientras aguardaban impacientes a que la puerta se abriera.

Antonio se disculpó con la mirada ante Raúl, quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta con lentitud. Les hizo pasar muy a su pesar y cerró de nuevo la puerta, no quería que los vecinos fisgonearan la escena.

- Buenos días, señores. Por su reacción podemos intuir que ya sabéis porque estamos aquí.
- Buenos días, agentes. Sí, acabamos de leer el periódico y sabía que tarde o temprano llegaría este momento. Quiero dejar claro que Antonio no tiene nada que ver con esto, he recurrido a él para hacer noche después de lo sucedido ayer en Madrid.
- Vamos a ser discretos, ¿de acuerdo? Ahora saldremos tranquilamente e iremos a comisaría, allí podremos hablar con más calma — los policías se mostraban afables y tranquilos.

Mientras Raúl se despedía de su amigo con lágrimas en los ojos, los agentes procedieron a requisar los ciento ochenta gramos de cocaína que reposaban en la encimera de la cocina. Raúl asintió con la cabeza a los agentes para señalarles que ya podían llevarlo a comisaría. Subió a la parte de atrás del coche, era un vehículo de gama media sin ningún distintivo que hiciera sospechar que era de la policía. Una vez dentro fue cuando uno de ellos le puso las esposas. El viaje fue corto, la comisaría quedaba muy cerca de la Calle de Sants y el coche se detuvo en los alrededores de la estación.

Le pusieron un abrigo por encima con la intención de tapar las esposas, estaba

claro que querían pasar desapercibidos. Caminaron unos metros hasta llegar a su destino, se adentraron en las dependencias policiales y lo trasladaron a un pequeño despacho donde esperaba el comisario. Era un hombre alto y algo pasado de quilos, con una mirada amenazante y un bigote que imponía respeto.

- Tome asiento, por favor. ¿Le apetece un café? Vamos a estar un buen rato entre estas cuatro paredes.
- Gracias, señor comisario. Sí, por favor, un café largo.
- Ahora mi compañero nos traerá los cafés, entretanto puede empezar a explicar cómo se ha visto involucrado en todo esto.

Raúl no ocultó nada, tenía claro que mentir no le serviría de mucho. Los cafés no tardaron en llegar, en ese momento estaba iniciando la explicación del encuentro con Patricio y de cómo lo convenció para hacer el trabajo; de Beatriz, una víctima injusta que sólo buscaba un futuro mejor; de los dos chicos que los retenían para conseguir las cápsulas y el porqué se vio obligado a dispararlos. El comisario saboreaba el café mientras escuchaba, con una actitud que parecía desinteresada, la historia de Raúl.

- Y eso es todo, señor. Antes de llevarme preso me gustaría hacer una llamada.
- ¿Preso? ¿Alguien ha dicho algo de prisión preventiva? No es eso en lo que estaba pensando. Hace años que vamos detrás de esa gente y, gracias a ti, tenemos una oportunidad única de dismantelar su negocio y hacerles pagar todo lo que han hecho.
- Pero... Yo no tengo ni idea de cuál es su paradero.
- Usted no, pero nosotros sí. Voy a proponerle un trato, usted colabora con nosotros y nosotros conseguimos que quede libre de cargos. ¿Qué le parece?
- Me parece genial. Pero, ¿qué tengo que hacer?
- De cebo, pero mis compañeros le explicaran con más detalle las funciones que va a tener que desempeñar.

Lo trasladaron a otra sala, mucho más grande que la anterior, que disponía de proyector, pizarra y pupitres. Había una brigada de cinco policías debatiendo mientras iban señalando sitios en un mapa que colgaba de la pizarra. Cuando Raúl entró, todos se giraron hacia él y uno de ellos lo invitó a que se acercara a ellos.

Le explicaron el operativo que pondrían en marcha: se trasladarían a Logroño que es donde se encontraban los capos, sabían que tenían retenidos a Aitor y Fina pero este hecho se lo escondieron; lo equiparían con un micrófono escondido bajo la ropa para poder escuchar y grabar toda la conversación; le facilitarían los quinientos gramos de cocaína que supuestamente tenía que entregar y esperarían a tener algún tipo de confesión para poder irrumpir en el sitio y detenerlos.

Localizaron a los maleantes gracias a las palabras de Aitor cuando llamó a la empresa. Los empresarios importantes siempre estaban expuestos a ser raptados para luego pedir un cuantioso rescate, por ello, Aitor inventó la frase “examinar con lupa los terneros”; si algún trabajador oía esta frase quería decir que su jefe estaba en peligro y tenía orden de llamar inmediatamente a la policía.

Y así sucedió, llamaron a la policía de Logroño y el comisario ordenó la búsqueda una vez dadas las instrucciones pertinentes; no tardaron en encontrar la furgoneta de Aitor cerca de la casa de Fernando y controlaron la vivienda. Desde Madrid habían recibido la foto de Raúl y lo presentaban como sospechoso de tráfico de drogas, así que Logroño informó a central; recibieron la orden de hacer vigilancia pasiva del piso pero sin actuar. Desde Madrid se envió una nota a todas las comisarías del país explicando el caso y Barcelona informó que en breve atraparían a Raúl. La intercomunicación estaba funcionando a la perfección y estaban cerca de poder desmantelar una de las redes de narcotráfico más importantes a nivel internacional.

Raúl estaba emocionado a la vez que nervioso. Sabía que eran tipos muy peligrosos y no tenía claro, aún con la protección policial, que pudiera salir indemne de todo el operativo. No dejaba de preguntarse por qué se encontraban

en Logroño, todo parecía indicar que los jefes tenían la sede en Madrid, pero pronto se olvidó de sus dudas. Cuando quiso darse cuenta, estaba rodeado de gente: unos dándole instrucciones, otros quitándole el jersey e instalando el circuito del micrófono y el comisario dándole palmaditas en la espalda repitiendo una y otra vez que todo iría bien. Lo estaban atolondrando, pero tenía que pasar por todo aquello para poder volver a tener una vida tranquila y relajada; deseaba volver a ver a su padre, quería hablar con Bea y anhelaba ver nacer y crecer a Moisés.

Los dos policías que lo detuvieron fueron los elegidos para ir con él. En primer lugar se dirigieron de nuevo a casa de Antonio, tenían que volver a hacerlo visible —cuando lo trasladaron a comisaría, un coche patrulla retuvo al coche de los malhechores que controlaba los movimientos de Raúl y consiguieron que le perdieran la pista—. Ahora, lo que interesaba era que los secuaces volvieran a tenerlo controlado para que informaran a los capos.

La noche anterior el jefe recibió una llamada que hizo trastabillar el plan ideado:

- Jefe, no se dirige a Logroño. Ha cogido un tren dirección Barcelona.
- ¡Mierda! Maldito cabrón, va a conseguir volverme loco. Controlad cada uno de sus movimientos e informarme en todo momento de cualquier novedad.

El jefe volvió a la cama malhumorado, lo tenía todo dispuesto para recibir a Raúl al día siguiente. Ahora ya no tenía tiempo de cambiar el destino de nuevo, así que ingeniaría una forma para obligarle a que se desplazara a Logroño.

Mientras Raúl se dirigía a casa de Antonio, en Logroño llegaba la nueva comitiva. Los policías que estaban vigilando no daban crédito e informaron a toda prisa a sus superiores, la operación se estaba complicando.

Los secuaces destinados a Barcelona, por su parte, informaban al jefe que volvían a tener localizado a Raúl, había subido de nuevo al piso de Antonio pero volvía a ir acompañado por los dos tipos con los que había marchado esta

mañana. El jefe les ordenó que esperaran y, en caso de haber cualquier movimiento, se convirtieran en su sombra.

Pocos minutos después, Raúl y los policías salieron del bloque y subieron de nuevo al coche. Pusieron rumbo a Logroño seguidos, a una distancia prudencial, por los súbditos del jefe.

CAPÍTULO 23.- DUALIDADES

- ¡Hijo! ¿Qué tal va todo por aquí? — Patricio se abrazó al jefe efusivamente.
- Hola, papá. La cosa se ha complicado un poco, pero todo saldrá bien.
- Tranquilo, chico. Tenemos gente experta para revertir cualquier situación pero espero que no estés poniendo en peligro el negocio — le susurró al oído mientras le apretaba levemente la nuca.
- No te voy a defraudar, he tenido al mejor de los maestros. Y ahora, si no te importa, voy a saludar a los invitados.

Estaban todos reunidos en la sala, los prisioneros estaban esposados y amordazados excepto el pequeño Raúl que continuaba recibiendo los cuidados de Juan, habían hecho buenas migas y se mostraba ajeno a la escena.

- Supongo que tú debes ser Rosa, bienvenida al equipo. Clara, ¿no? Gracias por tu inestimable ayuda, serás recompensada como te mereces. Juan, Mateo, habéis hecho un trabajo digno de profesionales, quiero teneros en plantilla — el jefe iba pasando por cada uno de sus colaboradores y les hablaba afectuosamente mientras les estrechaba la mano; se paró en Raúl y le sonrió acariciándole la cabeza.

Los prisioneros se mantenían de pie flanqueados por los dos tipos que hicieron noche en el piso de Fernando. El jefe se acercó lentamente, parecía estar saboreando el momento:

- Bueno, bueno, por fin os tenemos aquí. No miréis con esas caras de miedo, ¿veis agresividad en mí? Este miedo tendrían que sentirlo por Raúl, si estáis en esta situación es por su culpa.

Aitor miró a su hija ladeando la cabeza y arqueando las cejas, Bea agachó la

cabeza al suelo como negándose a darle la razón mientras Fina daba un puntapié a su marido. Fernando tenía la mirada clavada en Rosa mientras apretaba las mandíbulas con rabia, ella tenía inmortalizada una sonrisa malvada. Margarita achinaba los ojos intentando desafiar a Patricio, que le lanzaba besos de vez en cuando.

- ¡Quitadles las mordazas! Quiero que ellos también se expresen.

Cuando tuvieron la boca liberada, todos la abrieron extensamente intentando desentumecerlas, la primera en reaccionar fue Margarita que propinó un esputo a Patricio sin mucho acierto.

- Vaya, papá. Veo que te tiene en muy alta consideración — ironizó, el jefe.
- Ya sabes, hijo. No hay mujer que se me resista — fanfarroneó, Patricio.

Uno de los secuaces la sujetó con fuerza por los brazos mientras el jefe se le acercaba. Le propinó un escupitajo en medio de la cara para después decirle que a su familia se la respetaba. Fernando estiró el brazo para limpiarle la cara pero el jefe lo paró sujetando fuertemente su muñeca:

- Aquí nadie hace nada si no lo ordeno. Eres muy desconsiderado, Fernando. Tienes a tu mujer delante después de veinticuatro años y aún no le has regalado ninguna palabra.
- Yo con esa señora no quiero ningún trato. Hace muchos años que murió para mí.
- ¿Puedo, señor? — Rosa buscó la aprobación del jefe.
- ¡Cómo no!, adelante.

Rosa se acercó a Fernando, bajó su mano derecha hasta los testículos de su “marido” y, con una mirada desafiante, empezó a hablarle:

- Sigues siendo el mismo: débil, sin iniciativa y excesivamente educado. No sabes lo que te llegué a aborrecer, me dabas asco — a medida que iba soltando cada palabra, apretaba la mano

con más intensidad. Fernando estaba enrojeciendo pero se mantenía inmóvil ante la amenaza del puño de Patricio.

- Ya es suficiente, Rosa. No te ensañes con el pobre hombre que ya tiene suficiente castigo con ser el padre de Raúl — el jefe la retiró con un leve empujón sobre el pecho.
- ¡Dejadnos en paz! No sé qué es lo que ha hecho Raúl para que nos encontremos en esta situación, pero no es justo que nosotros tengamos que pagar por sus actos — Bea no pudo evitar hablar, no soportaba ver sufrir a Fernando.
- La vida, a veces, es injusta. Precisamente tú deberías saberlo mejor que nadie y, cuidado, porque parece que tu hijo está encantando con su padre.

Aitor y Fina se quedaron estupefactos. No sabían nada sobre la confesión de Bea a Fernando y no pudieron evitar dirigirse a él para disculparse. Fernando les tranquilizó diciendo que ya estaba informado de todo.

- Con tantas emociones tenéis que estar agotados, os dejaremos descansar un poco mientras decidimos qué hacer con vosotros — dijo el jefe mientras daba dos palmadas.

Los secuaces los trasladaron a las habitaciones: Aitor, Fina y Margarita en la habitación de Raúl; Fernando, Bea y el pequeño Raúl, a pesar de la oposición de Juan, en la habitación de Fernando. Les dejaron botellas de agua y cerraron debidamente las puertas.

El coche se desvió para repostar, faltaba poco para llegar pero ya hacía unos minutos que marcaba reserva. Sus perseguidores tomaron el mismo camino y aparcaron detrás de la estación para no levantar sospechas, uno de ellos entró en la caseta para preguntar si tenían cabina telefónica y el trabajador le indicó amablemente donde estaba. Llamó al jefe para informarle que se encontraban en Calahorra, todo hacía indicar que se dirigían a Logroño; el jefe estalló de júbilo y dio el día libre a sus muchachos en agradecimiento a su trabajo. Ordenó a los

demás que tomaran posiciones: Juan y Mateo serían los encargados de custodiar el portal; los dos secuaces se encargarían de ponerse detrás de los prisioneros apuntándoles con las pistolas; Rosa, Clara, Patricio y él mismo se sentarían en las sillas de la sala justo enfrente del sofá, donde estaban los reclusos.

- ¿Puedo haceros una pregunta? — dijo educadamente, Raúl.
- Tú dirás, cualquier duda que tengas te la intentaremos resolver — contestó uno de los policías.
- A ojos de los narcotraficantes, ¿cómo se explica que sepa dónde tienen la sede?

Los dos policías hicieron una mueca de fastidio, querían evitar que supiera su destino para que no se pusiera nervioso. No podían ocultarlo más:

- No van a hacerse esa pregunta, están en casa de tu padre — dijo escuetamente, uno de ellos.
- ¡¿Cómo?! ¿Qué hacen allí? ¿Mi padre está en peligro?
- Lo tienen retenido allí junto a Bea y tu hijo, los padres de la chica y otra chica, embarazada, que no tenemos identificada.
- ¡Margarita! Pero mi hijo aún no ha nacido, no sé por qué decís que tienen a mi hijo.

El policía que daba las explicaciones sopló de desesperación, Raúl no tenía ni idea del hijo de Bea y acababan de informarle inocentemente. Respiró hondo e intentó proseguir con la explicación:

- Bea tuvo un niño, pensábamos que eras consciente de ello.
- Pero, no puede ser mío. Me fui de Logroño durante el verano del 92, hace ya cuatro años.
- El niño tiene ya tres años, debió quedarse embarazada durante las fechas que tu decidías marcharte.
- El miércoles de las fiestas de San Bernabé... — dijo en voz baja, recordando el día que hicieron el amor por última vez.

Efectivamente, tal como intuían los policías, toda esa información hizo que

Raúl estuviera excesivamente nervioso, estaba sudando y tenía miedo. El sentimiento de culpa era inmenso, ¿cómo podía haber expuesto así a su familia? Los policías intentaban calmarlo, pero Raúl no paraba de hacer funcionar su cerebro: “Margarita embarazada, Bea con un niño, no sé cómo podré solucionar todo este embrollo. Eso suponiendo que esos matones no acaben conmigo, aunque sería un mal menor; la prioridad es que nadie de mi familia salga mal parado”.

Mientras la mente de Raúl divagaba alrededor de una estampa familiar que se antojaba complicada, los policías informaban por la emisora:

- Atención a todas las unidades. Nos estamos acercando a nuestro destino, en media hora estaremos en el punto de encuentro, que los refuerzos vayan tomando posiciones

Un amplio dispositivo policial se organizaba alrededor del edificio de la Avenida de Colón: francotiradores estratégicamente dispuestos, agentes de paisano paseando por la avenida, coches patrulla y furgonetas con grupos especiales de operaciones en su interior en las calles colindantes y equipos de escucha para estar atentos a todo lo que se diría en el interior de la vivienda. Todo estaba dispuesto para la llegada de Raúl, así informó el comisario de Logroño por la emisora.

El jefe esperaba, impaciente, a la visita más deseada de los últimos años; estaba a la altura del día que pudo conocer a Amado Carrillo, líder del Cártel de Juárez y su referente en el negocio del narcotráfico. Patricio y Rosa charlaban, divertidos, con comentarios subidos de tono y faltando al respeto a los prisioneros. Clara no despegaba los ojos del suelo, desde su llegada a Madrid no había dejado de hacerlo, estaba arrepentida de lo que había hecho; su querido Pedro no estaría nada orgulloso, ella no era así. Los dos matones seguían impertérritos custodiando a los prisioneros, manteniendo una concentración imponente; amaban su trabajo y siempre se comportaban con una profesionalidad de la que el jefe se sentía orgulloso, por ello les regalaba una vida llena de dinero y lujos.

CAPÍTULO 24.- PILAR FUNDAMENTAL

Raúl llegó a su destino y se quedó inmóvil y en silencio, intentando retrasar ese momento crucial en su vida y en las de sus seres queridos. Los dos policías giraron la vista atrás y le dijeron que ya había llegado el momento, le desearon suerte y recordaron que tenía el soporte de un operativo policial pocas veces visto. A él pareció no convencerle demasiado sus palabras, respiró hondo y bajó del coche con poca decisión.

Empezó a andar por la acera y al levantar la vista pudo divisar a Juan y Mateo, se veía venir, esos dos chicos eran carne de cañón. No se extrañó que se hubieran prestado a trabajar para narcotraficantes y volvió a sonrojarse al pensar que él había hecho lo mismo. Estaba a unos pocos metros del portal y los chicos sonreían mientras lo observaban; Mateo llamó dos veces al timbre, el jefe ya estaba avisado.

- ¡Hola, Raúl! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal te está yendo la vida?
— Mateo empleaba un tono burleta que lo desesperó.
- Hola, chicos. ¿Qué hacéis aquí? — Raúl puso cara de extrañado, siempre se le daba bien actuar disfrazado de mentira.
- Esperamos a un vecino del bloque, siempre se demora — dijo Mateo sin dejar de sonreír.
- Bien. Voy a ver si está mi padre, ya nos veremos por el barrio.
- Quizás, ¿quién sabe? Pasa, el portal está abierto — Mateo se regocijaba de ese momento. Juan se mostraba mucho más comedido, le preocupaba que pudiera pasarle algo al pequeño Raúl.

Todo estaba dispuesto en la vivienda. Fernando estaba de pie junto a la puerta para recibir a su hijo mientras uno de los secuaces lo flanqueaba apuntándolo con el arma. Los demás se mantenían en las mismas posiciones, pero esta vez en

absoluto silencio. Las persianas estaban bajadas, la única luz que había era la de las velas que habían dispuesto encima de la mesa de la sala.

- Es la hora chavales, que todo el mundo se prepare para actuar. ¡A por ellos! Es nuestra gran oportunidad — la central alentaba al operativo policial y la maquinaria se puso en marcha.

Raúl llamó al timbre, pasaron diez interminables segundos hasta que la puerta se abrió y pudo ver la silueta de su padre plantado frente a él. Fernando sonrió con los ojos tristes y Raúl lo abrazó con fuerza mientras aprovechaba para susurrarle al oído. El matón que aguardaba tras la puerta lo sujetó por los hombros, atrayéndolo hacia él, Raúl se revolvió pero nada pudo hacer para liberarse de ese coloso. El otro “gorila” se acercó a Fernando y lo trasladó de nuevo al sofá mientras lo amordazaba.

- Bienvenido, Raúl. Estábamos ansiosos por recibirte — el jefe, conservando sus gafas de sol, dejó de lado el tono conciliador de su voz para dar paso a la rabia acumulada.
- ¿Qué es todo esto? Yo... Tuve que hacerlo, disparé en defensa propia. Además, tengo aquí la cocaína, está el medio kilo, si no queréis pagarme no lo hagáis pero dejad a mi padre tranquilo, él no tiene nada que ver en todo esto.
- La cocaína es lo de menos, no estás aquí por esto, estás aquí para saldar tu deuda.
- ¿Deuda? No tengo deudas, por suerte.

El jefe soltó una carcajada mientras se quitaba las gafas de sol.

- ¿No me reconoces, Raúl?
- Hay muy poca luz, no puedo distinguirme bien.
- Por favor, ¿podéis dar la luz de la sala? Es hora de que reciba su regalo de bienvenida.

Cuando dieron la luz, Raúl pestañeó para acostumbrar sus ojos, dio un vistazo

por toda la sala y pudo ver toda la escena que habían preparado.

- Pero, ¿todo esto de que va? ¿Qué hacen ellos aquí?
- Volveré a repetirlo, ¿no me reconoces?

Raúl fijó la vista en la cara del jefe, sus facciones, su mirada, intentaba recordar pero no caía en la cuenta. Negó con la cabeza y el jefe se levantó de la silla.

- Voy a acercarme un poco más, a ver si así te vengo a la memoria. ¿Sigues sin reconocermes? Que rápido olvidas, amigo Raúl. Tendré que darte alguna pista, creo que con una palabra bastará: Zico.

Raúl palideció, miles de imágenes se agolpaban en su cabeza. Se aprovechó mucho de él y el asesinato de Zico fue cruel y despiadado, pero sólo eran unos críos. Recordando todos esos pasajes pudo distinguir entre los asistentes a doña Clara, demasiado envejecida, demasiado derrumbada.

- Diego... Yo... Perdóname, éramos críos y lo de Zico... Eso fue para vengarme de la paliza que tu padre propinó al mío, no era nada contra ti.
- Sabías que era lo que más quería, cuando me negaba a hacer alguna cosa siempre me amenazabas con hacerle daño. ¡Siempre fuiste contra mí! — Diego hablaba mientras sus ojos derramaban lágrimas de dolor recordando el pasado. — Otra cosa, por suerte mi padre está aquí, conmigo, apoyándome — dijo señalando a Patricio.
- ¿Patricio? Definitivamente te has vuelto loco, Diego. Patricio puede ser cualquier cosa menos tu padre.

Diego no pudo reprimirse más y le dio un bofetón mientras Patricio se tronchaba viendo la escena. Raúl se acarició la mejilla mientras esperaba acontecimientos y echó un vistazo a Margarita y Bea que sollozaban desconsoladamente.

- Después de tu asesinato, Alfonso mató a mi madre cruelmente

y luego se suicidó. Me trasladaron a un orfanato de Santander pero nadie estaba dispuesto a acoger a un chaval que se adentraba en la adolescencia. Un año después me enviaron a Madrid, donde había más demanda, y allí apareció mi padre, Patricio. Él me hizo un hombre fuerte, me enseñó todos los secretos sobre el negocio que hoy regento, ¡me dio la vida!

Patricio se levantó y se fundió en un abrazo con Diego.

- Fíjate, delante de ti tienes a todos aquellos que, por una razón o por otra, desearían tu muerte. Detrás, tus seres queridos, los que, incomprensiblemente, han apostado por ti. Aitor es el único que me genera dudas, no sé muy bien en qué bando está.
- Mátame, ¿es lo que quieres? ¡Hazlo! Pero déjalos libres.
- Sería demasiado fácil, quiero verte sufrir. ¡Decid a Mateo y Juan que suban!, quiero que estemos todos.

Los dos chavales no tardaron en añadirse al grupo. Diego ordenó a Juan que se ocupara del pequeño Raúl, el niño enseguida estiró los brazos hacia él.

- ¿Y este niño? — disimuló, Raúl.
- Creo que esto lo tendría que explicar tu amada zorrilla. ¡Quitadle la mordaza!

Bea no podía parar de llorar y Diego se acercó a ella. Le levantó el mentón y le ordenó que hablara.

- Ra... Raúl, yo... El jueves de San Bernabé... Me dejaste sola... Y...

Patricio le acercó un vaso de agua y un pañuelo, indicándole que se relajara un poco. Bea se enjuagó la boca y se secó las lágrimas.

- Cuando faltaba poco para llegar a casa, me asaltaron Mateo y Juan, me dejaron inconsciente y, al despertarme, estaba atada y completamente desnuda. ¡Me violaron, Raúl! Me vejaron de tal manera que nunca he vuelto a ser la misma, sólo mi pequeño ha hecho que tuviera una ilusión para vivir. Cuando

supe que estaba embarazada, decidí tenerlo, necesitaba que alguien dependiera de mí y fue el mayor acierto de mi vida.

- Pero... Puede que sea mío, hicimos el amor el día anterior — Raúl se negaba en aceptar que él no era el padre.
- No, Raúl. Tomamos precauciones, no es tuyo, aunque mi padre quiso que fuera así. Pero estos días que hemos estado retenidos, le he explicado toda la verdad a tu padre. Él ha sido el mejor abuelo que ha podido tener Raúl y, aún sabiendo la verdad, me ha mostrado su apoyo incondicional. ¡Ojalá fueras igual que él! No estaríamos como estamos.

Esas palabras le partieron el alma a Raúl. Empezó a llorar desconsoladamente tapándose la cara. No esperaba aquella historia, su hombría, de la que tanto le gustaba hacer gala, había quedado hecha pedazos.

Diego ordenó que quitaran las mordazas a todos los presos, quería que todos pudieran expresar sus sentimientos después de saber porqué se encontraban en esa tesitura. Volvió a sentarse en su silla, sin poder evitar dar un par de collejas suaves a Raúl cuando pasó por su lado.

- Clara, por favor. ¿Puedes explicar que te hizo a ti?
- Yo... Preferiría marcharme. Creo que ya ha tenido suficiente escarmiento, al fin y al cabo solo me siso panecillos.
- ¡Te hundió el negocio! ¿Como puedes restarle importancia a lo que hizo? — Diego se mostraba cada vez más agresivo.
- El negocio se hundió porque no nos renovamos, poníamos empeño pero las fuerzas no eran las mismas. El no poder tener hijos para que heredaran el negocio nos iba quitando la ilusión por mejorar.
- ¡Lleváosla! Ya sabéis que hay que hacer.

Los dos matones cogieron a doña Clara para trasladarla a una de las

habitaciones. Los encargados de las escuchas dieron la voz de alarma y desde la central ordenaron poner en marcha el plan conservador. El comisario de Logroño preguntaba si era completamente necesario, recibiendo un sí por respuesta.

El timbre del piso sonó. Eso sorprendió a Diego, no esperaba visita. Avisó a los secuaces que dejaron a doña Clara en la habitación de Raúl y volvieron a la sala para abrir la puerta.

- ¿Hola? ¿No está Fernando? — la mujer tenía cara de sorpresa.
- No, no está — dijo uno de ellos con mala gana.

La voz de Diego sonó con fuerza.

- ¡Entradla!

Los secuaces la hicieron entrar y su imagen sorprendió a Raúl y su padre. Fernando no pudo evitar hablar.

- Pilar. ¿Qué haces aquí? Por Dios, tú no mereces esto.
- Hola, Fernando. Me enteré del lamentable suceso de tu hermano y su familia. Voy pasando de vez en cuando por tu casa para darte el pésame, pero nunca te encuentro.
- Vaya... Mala decisión la tuya, otra invitada más. ¿En qué bando quieres ponerte? — Diego se mostraba insensible.
- ¿De qué va todo esto?

Raúl se dirigió a ella diciéndole que todo era por su culpa. Una vez más, pidió disculpas por los malos ratos que le había hecho pasar. Pilar lo miraba con cara de pocos amigos y no hizo un solo comentario, se sentó en el brazo del sofá.

- Estoy con ellos, así igualamos fuerzas. Vosotros sois siete y encima, armados con pistolas.
- Veo que eres una mujer valiente, es una lástima que te hayas decidido por el bando equivocado, hubieras podido hacer carrera con nosotros — dijo Diego, fingiendo decepción.

Patricio, que no había podido quitar los ojos del cuerpo de Pilar, se levantó para susurrar algo al oído de Diego.

- Papá, por favor... ¿En este momento? Espérate un poco.

- Será rápido, hijo. Esta zorra me la ha puesto muy dura.
- Está bien, llévatela a la habitación de Fernando, pero no te entretengas.

Patricio sonrió, victorioso. Arrastró a Pilar hasta la habitación sin mucho esfuerzo, ella apenas opuso resistencia. Cerró la puerta y la contempló con calma mientras ella mantenía una mirada fría. Se le acercó dispuesto a besarla y ella, con gran agilidad, deslizó las manos hasta la espalda y empuñó el arma, pegó el cañón en la barriga de Patricio y le propinó cuatro disparos; cayó fulminado al suelo, mientras la sangre le brotaba a borbotones. El silenciador, la puerta cerrada y su barriga mitigaron el sonido de los disparos.

- Ya sólo quedan seis, tenemos diez minutos de margen. No creo que Diego permita que pase mucho tiempo más.

El comisario de Logroño, Esteban, respiró. Desde que vio por primera vez a Pilar, supo que era la mujer de su vida, se lanzó a por ella de manera elegante y caballerosa. Pilar sucumbió a las atenciones de ese hombre que parecía venerar cualquier cosa que ella hiciera. No había secretos entre ellos y cuando Esteban le explicó la operación que giraba en torno a Raúl, ella enseguida se prestó para ser de ayuda. Esteban se negó en un primer momento, pero sabía que, al final, ella acabaría ganando la batalla.

Desde Madrid vieron a Pilar como una magnífica aliada para evitar que ocurrieran actos imprevistos en el interior de la vivienda. La primera situación la había superado con nota pero ahora estaba totalmente expuesta, tenían que pensar con rapidez como actuar.

En la sala, ajeno a lo sucedido, Fernando estaba lleno de rabia. Probó de levantarse un par de veces, pero los secuaces lo forzaban a sentarse de nuevo. Pero Rosa, viendo su actitud, pidió a Diego si podía llevárselo a la habitación para que contemplara la escena. Él rió y asintió con la cabeza.

- Rosa, ¿cómo puedes ser tan miserable? No te das cuenta que cualquier día van a dejarte tirada en cualquier sitio. Este tipo

de gente no tienen escrúpulos.

- Tirada ya estaba. Al menos sé que el tiempo que pase con ellos lo haré a todo lujo, esos lujos que tú me prometiste y no supiste darme.

Llegaron delante de la puerta de la habitación, no se oía nada. Rosa abrió la puerta y enseguida vio el reguero de sangre y el cuerpo inerte de Patricio. Gritó despavorida y los dos secuaces salieron raudos hacia allí. Pilar disparó directamente a la sien de Rosa, mientras Fernando permanecía inmóvil en la entrada hasta que vio aproximarse a los matones, pistolas en mano. Se adentró en la habitación, cerró la puerta y cogió a Pilar por el brazo para llevarla a la parte opuesta de la puerta, él se puso justo delante de ella esperando la entrada de aquellas dos bestias. Pilar le decía que se apartara, que ella tenía un arma pero Fernando hizo caso omiso a sus palabras.

Los GEOs derribaron la puerta de la vivienda y Diego gritó a sus matones mientras sacaba el arma de su cintura. Los secuaces justo habían abierto la puerta de la habitación y vieron los cuerpos de Patricio y Rosa, llevados por la rabia dispararon sin piedad en dirección a Fernando y dieron media vuelta para volver a la sala. Pilar sujetaba a Fernando para acompañar su cuerpo hasta el suelo, lloraba y lo besaba repitiendo una y otra vez porqué había hecho eso. Compartieron pocos momentos pero, había llegado a sentir tanto cariño por él... Fernando alzó sus ojos para mirarla.

- Por favor, perdona a mi hijo. Diles a mis nietos que su abuelo siempre estará con ellos, que nunca tengan miedo a nada porque los estaré protegiendo.

Su voz se iba entrecortando y su respiración cada vez era más pesada. Una lágrima se deslizaba por su mejilla pero mantuvo la sonrisa hasta el final. Pilar gritó desconsolada, acariciaba el cabello de ese hombre, que era todo bondad, y no podía evitar culpar a Raúl de su muerte. Se veía incapaz de poder perdonarlo, tal como Fernando le había pedido, pero tenía que intentarlo cómo homenaje a él.

Diego apuntó con el arma al pequeño Raúl.

- ¡Un paso más y mato al niño!

Los GEOs frenaron su ataque y el negociador le habló.

- Diego, hagas lo que hagas no tienes escapatoria. Piénsalo bien, ahora mismo solo podemos acusarte de secuestro y tráfico de drogas, no tenemos constancia de ningún asesinato. ¿De verdad te conviene?
- Han asesinado a su padre, jefe — uno de los secuaces no dudó en informar de lo que habían visto.

El jefe giró la vista hacia el matón para pedir explicaciones y los GEOs aprovecharon para abalanzarse sobre él. Diego disparó el arma, que había permanecido apuntando en la misma dirección, antes que pudieran reducirlo. Bea y Fina saltaron del sofá gritando para socorrer a su pequeño y los secuaces no dudaron en apuntarlas. Aitor, lanzado por el instinto sobre protector que siempre había mostrado, se interpuso en la trayectoria de tiro mientras dos GEOs los reducían, cayeron al suelo y se oyó el clic de un gatillo. Un grito agudo resonó en la sala.

El cuerpo de Juan permanecía inerte, tenía la cabeza apoyada en la mesa de la sala y el pequeño Raúl lloraba en el suelo. Bea y Fina respiraron aliviadas al oír el llanto y se apresuraron en cogerle en brazos para mitigar sus lágrimas, Aitor llegó por detrás para abrazar a su familia.

Mateo, de pie, mirando a su hermano con impotencia, mantenía la pistola de Diego en su mano derecha. Vio en primera línea cómo su hermano ponía su cuerpo entre el niño y la pistola, a modo de protección. Cuando oyó el disparo y aprovechando la confusión, se apoderó del arma que Diego había dejado caer al ser reducido y no dudó en disparar a Raúl.

Margarita corrió hacia el padre de su hijo.

- ¡Raúl! No, no puedes dejarnos ahora. Necesitamos que estés con nosotros, por favor... Háblame, amor mío.
- Margarita... Después de todo lo que has oído, ¿no me odias?

- ¿Cómo te voy a odiar, amor? Tu pasado me da igual, yo tampoco he tenido un pasado ejemplar. Sé que ahora no eres el mismo, aceptaste hacer de “mula” para poder ofrecer a Moisés un buen futuro. Eres el pilar de nuestras vidas.
- Gracias Margarita... Creo que no os vais a librar de mí, pero el brazo me duele muchísimo — dijo, sonriendo.

Pilar hizo acto de presencia, totalmente abatida. Esteban entró en la sala, jadeando, no había dudado en abandonar su puesto para socorrer a Pilar. Cuando la vio se le echó encima, abrazándola con fuerza.

- No he podido hacer nada para evitar su muerte, Esteban. No he podido...
- Lo sé cariño, has hecho más de lo que tocaba. Siéntete orgullosa porque has salvado muchas vidas hoy.
- Pero precisamente él. ¡Era un hombre tan bueno!
- Pilar, mi padre... ¿ha muerto? — Raúl hizo la pregunta con mucho miedo.
- Siéntete orgulloso, Raúl. Mira lo que han provocado tus acciones...

Raúl se aferró a Margarita para esconder su llanto, ella se mostraba incondicional, dándole todo el apoyo que necesitaba. Doña Clara pasó por su lado, esposada, y soltó un triste: “Lo siento”.

CAPÍTULO 25.- (A)PENAS LLORANDO

El funeral de Fernando se celebró en la iglesia de Santa María de Palacio tres días después de su asesinato. Julio, dos compañeros de trabajo y Aitor, a petición propia, fueron los encargados de conducir el féretro hasta los pies del altar, justo enfrente del cura que oficiaría la misa.

Raúl mantenía el tipo estoicamente, mientras Bea, Fina y Pilar no podían evitar el llanto. Cuando el cura terminó el sermón invitó a Pilar a subir al altar, ella cogió aire, se secó las lágrimas y con paso firme recorrió el camino hasta el atril.

- Tuve la suerte de conocer a Fernando y compartir momentos maravillosos con él. Era una gran persona, bondadoso, solidario y trabajador. Se desvivía por su familia — en ese momento lanzó una mirada a Raúl. — Compartí los últimos minutos de su vida, una vida que entregó para salvar la mía. Por ello quiero cumplir con todo aquello que me pidió — extendió la mano para pedir a Raúl que subiera.

Él dudó en un primer momento pero Margarita lo animó a hacerlo, se levantó del banco y caminó pesadamente hasta situarse al lado de Pilar.

- Raúl, sé que eres un buen hombre. Has tenido situaciones y escenas que te han hecho madurar y han moldeado tu personalidad. Sólo te pido que tomes a tu padre como referencia para sacar a tu familia adelante, tendrás mi apoyo siempre que lo necesites — terminó sus palabras dándole un abrazo sentido y sincero.

Después bajó del atril y se dirigió hacia donde estaba sentado Esteban, este le extendió una pieza de ropa doblada. Caminó hasta llegar al banco donde estaba sentado el pequeño Raúl y se agachó para ponerse a su altura.

- Esta camiseta era de tu abuelo. Ahora es tuya, mientras la tengas contigo estarás protegido por él — el niño miraba

sonriendo y acariciando la tela de la camiseta de la selección española, le era muy familiar porque su abuelo siempre se la enfundaba cuando había algún partido de fútbol.

Por último se acercó a Margarita, sujetó con sus manos su vientre y acercó la boca.

- Moisés, no tendrás oportunidad de conocer a tu abuelo pero él estará contigo el día que nazcas y te ayudará a crecer — Pilar susurró con dulzura y después cogió la mano de Margarita y dejó caer un collar de oro. — Era de su abuelo, guárdalo y entrégaselo a Moisés cuando creas que tenga edad para que pueda llevarlo.

Había cumplido cada una de las peticiones de Fernando, miró al cura y este dio por concluido el oficio. Trasladaron el ataúd hasta el coche fúnebre, lo llevarían hasta la Sierra de Híjar para enterrarlo junto a sus padres y su hermano.

Raúl se despidió de todos los que habían tenido algún tipo de relación con él y su padre. Con Bea mantuvo una conversación más bien fría y llena de rencor por ambas partes, él ni siquiera miró al pequeño Raúl, el nombre sería lo único que mantendría su recuerdo vivo. Aitor se llevó a su hija y a su nieto mientras Raúl salía de la iglesia del brazo de Margarita.

- Se acabó mi etapa aquí. ¿Conoces Barcelona? Ahí tengo buenos amigos y podremos retomar las riendas de nuestras vidas en paz.
- He oído hablar de esa ciudad por la televisión. ¡Dicen que es maravillosa! — Margarita, como siempre, lo dijo ilusionada mientras besaba la mejilla de su amado.

En la comisaría de Logroño estaban acabando de cerrar los últimos flecos. La policía interrogó a los detenidos en la operación. Habían conseguido dismantelar una de las redes de narcotráfico más importantes del país y, gracias a su colaboración, en Méjico también se produjeron algunas detenciones relevantes.

Diego confesó que la muerte del hermano de Fernando y su familia también fue cosa de su organización. Estaba totalmente abatido, parecía haber despertado de una larga pesadilla y volvía a mostrar esa debilidad e inseguridad que siempre había mostrado en su niñez. Se culpaba por la muerte de Patricio, su mentor, él había conseguido sacar la fortaleza que tenía escondida y lo había querido a su manera. Doña Clara no podía parar de pedir perdón y lo único que deseaba era pagar por lo que había hecho para purificar sus pecados y así reunirse con su marido tal y como él la había conocido, siendo una mujer llena de bondad y ternura.

Raúl hizo noche en la pensión de Julio y Carmen. Antes de la cena le pidió a Julio hacer una llamada telefónica a Barcelona, el cual no puso reparos en que usara el teléfono de la pensión. Llamó a Antonio y le preguntó si tenía algún piso libre en el bloque, él le respondió afirmativamente y quedaron en encontrarse en la estación de Sants mañana al mediodía. Julio y Carmen se miraron con cara de sorprendidos al oír esas palabras.

- Te lo avisé, Julio. Este chico me dio mala espina desde el primer día que lo vi.
- Lo sé, Carmen. Y, esta vez, odio tener que darte la razón. Sin él, Fernando aún estaría entre nosotros.

Cuando Raúl colgó el teléfono, Julio no pudo evitar dedicarle unas palabras.

- ¿Vas a ser capaz de largarte a Barcelona sin asistir al entierro de tu padre? ¡Eres un monstruo!
- Por favor, Carmen. Sírvenos la cena que queremos ir a dormir, mañana tenemos que madrugar — Raúl ni siquiera miró a Julio.

Cenaron en silencio, dejó el dinero de la estancia en el mostrador de la recepción y cogió a Margarita por la cintura para dirigirse a la habitación sin siquiera despedirse de ellos. Julio rompió a llorar amargamente, había acabado

de perder a un buen amigo y, ahora, había sido menospreciado por su hijo. Carmen lo ayudó a levantarse de la silla y lo trasladó hacia la habitación, necesitaba descansar. Le ayudó a ponerse el pijama e intentó relajarle acariciándole la espalda. Parecía que el sueño se apoderaba de Julio pero fue un espejismo; los gritos de placer de Margarita empezaron a retumbar por todo el edificio, los huéspedes salieron al pasadizo indignados y Julio tuvo que salir para pedir disculpas. Ese fue el último homenaje que Raúl brindó a la ciudad de Logroño.

CAPÍTULO 26.- NUEVOS HORIZONTES

En la estación, Antonio esperaba ansioso la llegada de su amigo. Tenía muchas ganas de conocer a Margarita y de abrazar de nuevo a Raúl. El chico lo había pasado muy mal y había perdido a su padre, merecía poder empezar de cero y él haría todo lo posible para ayudarlo.

El tren procedente de Logroño llegó puntual y los vagones se fueron vaciando, Antonio reseguía a los pasajeros con la mirada hasta que atisbó a ver a Raúl. Fue corriendo para ayudar a Margarita a cargar con el equipaje mientras se saludaban divertidos. Llegaron al edificio de la calle Sants y, después de descargar las maletas, les enseñó el piso que se convertiría en su nuevo hogar. Margarita lo observaba anestesiada, nunca llegó a imaginar que podría llegar a tener un hogar así en una ciudad tan moderna y cosmopolita.

Con el paso de las semanas, fueron acondicionando el piso a su gusto. Pusieron mayor énfasis en vestir la habitación de Moisés, sobretodo Margarita que demostraba tener un gusto exquisito para la decoración. Raúl apenas tardó dos semanas en encontrar trabajo en una fábrica de coches situada en Martorell, con el primer sueldo no dudó en pedir a Antonio que formalizaran el contrato de alquiler del piso. El casero se opuso en un primer momento, quería dar margen para que pudieran ahorrar algo de dinero, pero la insistencia de Raúl le hizo convencer que era lo más conveniente.

Ya tenían su vida encarrilada de nuevo, sólo les tocaba esperar la llegada de Moisés. El vientre de Margarita se iba ensanchando cada vez más y todos los controles indicaban que el bebé evolucionaba perfectamente. La noche del trece de abril de mil novecientos noventa y siete, Margarita rompió aguas, Raúl no tardaría en llegar del trabajo pero no podía esperar más. Dejó escrita una nota para avisarlo de dónde estaba, bajó las escaleras como pudo y llamó a la puerta de Antonio.

- ¡Antonio! ¡He roto aguas! Tengo que ir al hospital

Antonio, atolondrado, se puso algo de ropa decente para salir a la calle y

bajaron al garaje para coger el coche y salir disparados hacia el hospital.

La tuvieron toda la noche en observación, esperando a que continuara dilatando. Antonio se quedó con ella mientras esperaban a que llegara Raúl pero era ya de madrugada y no había rastro de él. A las seis de la mañana hizo acto de presencia con toda la tranquilidad del mundo.

- ¡Raúl! ¿Se puede saber porqué has tardado tanto? — Antonio, soñoliento, despertó de repente al verlo.
- Llegué cansadísimo y como imaginé que la cosa iría para largo, eché una cabezadita — dijo con naturalidad mientras se acercaba a besar a Margarita.

Ella iba soplando, cada vez tenía contracciones más seguidas y eso la hacía estar tensa. Raúl preguntó a la enfermera si le faltaba mucho para dar a luz, le contestó que tal como la veía en quince o veinte minutos empezaría el parto. Él dio media vuelta y le dijo a Antonio si quería bajar a desayunar.

- ¿Cómo puedes pensar en desayunar ahora? Ya comerás después, quédate con tu mujer.
- Tengo que comer algo o caeré desmayado. ¿Te importa quedarte? Me avisas si hay novedades.

Antonio no pudo articular palabras, se quedó pasmado en medio del pasillo mirando como Raúl se alejaba. Llegó al restaurante del hospital y pidió el menú especial de desayuno, comió con calma mientras leía el periódico y cuando terminó salió fuera del hospital para sentarse en un banco donde empezaba a dar el sol.

Margarita soplabla y gritaba mientras Antonio le cogía la mano con fuerza e intentaba animarla. Ella dejaba ir insultos contra Raúl, esa rabia que sentía la ayudó a que el parto fuera rápido, Moisés sacó la cabeza al mundo a las ocho de la mañana del día catorce de abril. Mientras Margarita lloraba de emoción cuando le posaron al bebé en su pecho, Raúl seguía en el banco dando las últimas caladas a un puro habano.

- ¿Qué tal va mi chica? — Raúl entró en la habitación cómo si

fuera el gallito del corral.

- Te has perdido el nacimiento de tu hijo, Raúl — la cara y el tono de voz de Margarita eran desconocidos para Raúl.
- Lo siento, amor. Tenía mucho hambre y ayer por la tarde tuvimos un día de locos en la fábrica.
- ¿No piensas decirle nada a Moisés?

Raúl se acercó al bebé y le acarició la mejilla mientras miraba la reacción de Margarita. Ella se veía decepcionada pero estaba seguro que podría revertir la situación una vez estuvieran en casa. Antonio no le dedicó ninguna palabra, sólo tenía ojos para el pequeño; ojalá algún día encontrara a la mujer de sus sueños y así poder crear una familia, pero hasta el momento había tenido muy mala suerte en sus relaciones.

En dos días los médicos vieron oportuno dar de alta a la madre y al bebé, así que volvieron a casa para seguir con la rutina habitual. Raúl se ofreció voluntario para hacer horas extra en la fábrica, así que veía muy poco al bebé. Lo justificaba diciendo que necesitaban ganar más para darle lo mejor a Moisés pero Margarita creía que era para estar las menos horas posibles en casa. Por suerte, Antonio siempre estaba dispuesto a echar una mano a la mamá primeriza, disfrutaba viendo crecer a Moisés y se sorprendía de las cosas que aprendía semana tras semana.

Raúl cada vez llegaba más tarde a casa, al anochecer: cenaba la comida que había preparado Margarita, se duchaba y se metía a la cama sin abrir boca. Esa dinámica solo cambiaba cuando su deseo sexual ya no podía reprimirlo más. Esas noches le quitaba los pantalones y las braguitas a Margarita, ella permanecía inmóvil, él se desahogaba y ella sabía que no iba a tardar más de tres o cuatro minutos.

El día que Moisés celebraba su primer cumpleaños, Margarita pidió por favor a Raúl que pidiera hacer turno de mañana para hacer una fiesta de aniversario por la tarde. Él aceptó a regañadientes pero cuando el reloj marcó las cinco de la tarde le dijo a Antonio que lo mejor era comenzar a comer la tarta sin él.

Ayudaron al pequeño a que soplara las velas, le cantaron, le pusieron una corona, brindaron con cava, comieron pastel, volvieron a brindar, rieron y Moisés, siguiendo su rutina, bostezaba de sueño. Antonio lo cogió en brazos y lo posó en su cunita, el bebé se acurrucó y se quedó dormido en segundos.

- ¿Se acabó la fiesta? — dijo Margarita fingiendo tristeza.
- Hay otra botella de cava y aún queda pastel, ¿vamos a desperdiciar todo esto? — dijo pícaro, Antonio mientras abría la botella con tiento para no despertar a Moisés.

Siguieron brindando, bebiendo, comiendo y charlando del futuro que les gustaría tener. Margarita clavó sus ojos en los de Antonio mientras se acercaba cada vez más a la comisura de sus labios, Antonio no dio ni un paso atrás, la deseaba y el alcohol lo ayudaba a mantenerse firme. Se fundieron en un beso lleno de pasión y empezaron a desnudarse con ansia, Antonio cogió a Margarita por la cintura y la subió encima de la mesa, ella esperaba impaciente tener a ese hombre, que tanto la había ayudado, dentro de ella, se dejaron envolver por la lujuria, disfrutaban de cada una de las sensaciones que estremecían sus cuerpos y cayeron exhaustos, abrazados.

Raúl se mantenía en el umbral de la puerta observando la escena, cuando la acción puso su punto final se puso a aplaudir con una sonrisa sarcástica en la cara. Antonio se incorporó rápidamente y corrió a coger sus pantalones; Margarita cogió la bata que había posado en la silla para ponérsela por encima y Raúl dio media vuelta para marcharse de nuevo.

- ¡Raúl! ¡Raúl! — Antonio gritaba por el hueco de la escalera, pero Raúl no hacía ni caso.

Antonio volvió a entrar al piso y se miró a Margarita avergonzado.

- No te sientas culpable, Antonio. Yo te he instigado a hacerlo y los dos lo deseábamos. He querido mucho a Raúl, pero desde que llegamos a Barcelona está irreconocible, no quiero que mi hijo tenga un padre así.
- Pero yo... Le he traicionado.

- No, Antonio. Él ha querido perder a su familia. Moisés te abraza como si fueras el padre y cuando él ha intentado alguna vez tenerlo en brazos el bebé siempre se pone a llorar. Te necesitamos a nuestro lado.

Antonio se acercó a Margarita y se la abrazó con ternura, él la amaba, desde el primer día que la vio en el andén de la estación de Sants y ella, se había enamorado de él con el paso del tiempo.

Después de esperar largos meses la vuelta de Raúl, Margarita y Moisés se instalaron en casa de Antonio definitivamente. Volvía a estar embarazada, pero esta vez lo vivía disfrutando al máximo de ello, con el apoyo de Antonio que estaba ilusionado como un niño. Nunca más supieron nada de Raúl y pudieron vivir esa historia de amor cómo siempre había soñado Antonio.

Raúl, por su parte, por fin se había podido liberar de la carga familiar que arrastraba y le asfixiaba. Se trasladó a Martorell donde siguió trabajando en la fábrica pero renunciando a las horas extra, necesitaba tener tiempo para disfrutar de la vida. Era cierto que nunca había trabajado tanto tiempo seguido, pero el trabajo tampoco era exigente y tenía un buen sueldo que le permitía vivir cómodamente. Lo único que le molestaba eran los turnos rotativos, él prefería trabajar de mañanas y disponer de las tardes para pasear y conocer mejor el municipio.

Con la irrupción del ADSL de la mano de Telefónica en febrero del año 2000, a Raúl se le abrió una gran ventana de posibilidades para conseguir el objetivo por el que vivía, llegar a ser una persona importante. Se compró un ordenador y contrató la línea ADSL, aún sin tener la más mínima idea de conocimientos informáticos. En pocas semanas ya dominaba el mundo virtual que le ofrecía Internet y empezó a hilvanar las ideas que le brotaban sin parar.

CAPÍTULO 27.- LA CHICA DE LA RED

Raúl se estaba adaptando perfectamente al nuevo siglo, a su tierra de acogida y a las nuevas tecnologías. La irrupción del euro en 2002 y la consiguiente subida de precios no parecía afectarle. A los pocos meses de comprarse el ordenador invirtió una de sus pagas extras en comprarse un teléfono móvil y la combinación de ambos fue un arma mortal para que cayeran en sus redes un innumerable séquito de mujeres. Puso empeño en aprender catalán para desenvolverse mejor y aumentar su ámbito de influencia.

A través del Chat de Terra creaba un personaje: primero palabras de presentación, después un poco de humor y, dependiendo de la actitud de la mujer en sus respuestas, tomaba un papel u otro. Disfrutaba con el papel de hombre arrogante y pretencioso, aborrecía el del romántico empedernido y se derretía cuando mostraba su faceta más sexual. Había mujeres para cada uno de ellos y sacaba partido en cada uno de los encuentros que tenía con ellas: a veces en forma de sexo, otras en forma de aumento de la autoestima y algunas incluso le permitieron aumentar sus ahorros —argumentaba que tenía dos hijos que mantener y le era muy difícil asumir tanto gasto—.

Fue una etapa más bien tranquila. Es cierto que rompió el corazón a alguna de sus pretendientes, otras se sintieron engañadas, incluso vejadas, pero no hubo ningún suceso remarcable como para ser explicado y menos, después de todas las escenas vividas hasta entonces.

En el trabajo tampoco hubo novedades, fueron años de bonanza económica y el sector automovilístico tenía unas ventas nunca vistas hasta entonces. Su nómina aumentó acorde con el aumento de precios provocados por la introducción del euro, estaba en una buena empresa y, por ello, no hizo ninguna tontería dentro de su ámbito de trabajo, se limitaba a cumplir sus horas sin más.

2008 fue un año clave en muchos aspectos. Se inicia el estallido de la burbuja inmobiliaria en España aunque los gobernantes negaran la evidencia, ese hecho

hizo que la crisis se instalara a lo largo de todo el territorio nacional para quedarse durante mucho tiempo. En consecuencia, la empresa automovilística vio afectadas sus ventas y se vio forzada a hacer una reestructuración de la plantilla, Raúl fue uno de los primeros en recibir la carta de despido. También es el inicio de las redes sociales, en especial Facebook, y Raúl se interesa rápidamente por ellas: sin ingresos y con pocas ofertas de trabajo le podía servir para buscar una solución a sus problemas económicos.

Haciendo gala de sus dotes de supervivencia, Raúl vio un nicho de mercado interesante: el proceso independentista que se estaba fraguando en Cataluña. No dudó en adherirse a cualquier grupo que encontraba en las redes sociales y en ser miembro activo en cada uno de ellos. Algunos comentarios populistas y mostrando gratitud a esa tierra que tan bien lo había acogido, le permitieron que algunos de los miembros más influyentes de esa ideología se interesaran por él.

Así fue cómo acabó afiliándose a la Candidatura de Unidad Popular (CUP), un partido republicano, anticapitalista y, evidentemente, independentista. Volvió a entablar relaciones personales sin renunciar a su mundo virtual y, aprovechando los momentos de dificultad económica, propulsó una asociación benéfica para ayudar a familias que se encontraban en el umbral de la pobreza.

Gracias a gente del partido, personas que siempre habían luchado por la justicia social, y a la página que creó en Facebook donde publicitaba la asociación de manera magistral, empezó a recibir un goteo de ingresos nada desdeñable. Él mantenía reuniones con los mandatarios del ayuntamiento de Martorell y con otras entidades importantes dentro del municipio. Si sus pretensiones eran concedidas, hablaba maravillas de ellos; pero como le negaran alguna solicitud, estallaba en ira y empezaba a verter mentiras en su página.

Su mensaje había calado y, además, había ayudado a muchas familias tanto económica como moralmente. Si algo tenía Raúl, era una gran facilidad para ejercer de relaciones públicas. Evidentemente, los donativos recibidos también le servían para mantener intacto su estilo de vida y se paseaba por el municipio con su puro habano, recibiendo elogios y mensajes de ánimo allí por donde pasaba.

Fue su momento culminante, ahí alcanzó el cenit, por fin logró ser una persona importante: admirado por la gente de a pie, odiado por los políticos, entrevistado por los medios locales y respetado dentro del partido en el que estaba afiliado. Nadie se quedaba indiferente a sus acciones.

Su alegría se extendió durante dos años. Cada vez solicitaba más colaboración ciudadana a cambio de menos ayudas sociales y la gente empezó a sospechar. Diversos comentarios le llegaron a través de su página de Internet y él respondía con prepotencia y mala educación, pero nunca respondiendo directamente a la información que se le solicitaba. Esta circunstancia desembocó en acometidas por la calle de gente que se sentía engañada, él alegaba que se estaba fraguando una campaña en su contra por parte de los poderes políticos.

Poco a poco fue perdiendo adeptos, le dieron de baja del partido al descubrirse que había pertenecido a un partido de ultraderecha y se vio envuelto en varias denuncias por estafa. Estaba acorralado y esta vez no tenía a nadie a quien acogerse, todas las personas que en algún momento de su vida lo había apoyado ya no estaban junto a él. Sólo tenía el soporte incondicional de una chica que se había puesto en contacto con él a través de Facebook, no se conocían en persona pero tenían largas charlas telefónicas durante la noche y ella le animaba a no derrumbarse.

Raúl cesó en todas sus actividades pseudo-solidarias y se encerró en casa durante un tiempo. El único contacto era el virtual, se desnudaba ante aquella chica que parecía no importarle su presente y, mucho menos, su pasado. Hasta que llegó el día que Raúl tanto deseaba, ella le pidió que se fuera a vivir con ella a Madrid. No dudó un instante, hizo las maletas y partió al día siguiente de la propuesta hacia la capital de España. Otra vez lo había conseguido, volvía a tener la oportunidad de empezar de nuevo al lado de una persona que creía en él.

La chica en cuestión era tres años menor que él, se llamaba Claudia. Residía y trabajaba en Madrid, pero era natural de Pamplona. Se había ido a la capital para estudiar arte dramático y encontrar una oportunidad en el sector. Trabajó en

algunos musicales y obras de teatro menores y combinaba su pasión trabajando de camarera cuando no tenía suerte con las audiciones. En el amor no le iba mucho mejor, tuvo varios desengaños que ella achacaba a la frialdad que mostraba en sus relaciones. Raúl siempre le repetía que no dijera eso, si tenía algún defecto, la frialdad precisamente no era uno de ellos. Ella siempre se mostraba agradecida por sus palabras y le contestaba que si con él no se mostraba fría quizás era porque él había conseguido deshacer el hielo que la cubría permanentemente. Raúl se sentía orgulloso de que una mujer tan guapa y sensible se hubiera fijado en él, aunque le preocupaba que el perfil de esa mujer fuera falso.

CAPÍTULO 28.- AMORES QUE MATAN

Claudia esperaba impaciente la llegada del tren procedente de Barcelona. Llegó puntual y no tardaron en cruzarse las miradas, Raúl respiró aliviado, era tal y cómo se había presentado virtualmente: Larga melena rubia, ojos marrones y largas pestañas, piel blanquecina y de constitución delgada.

- Buenos días, Don Raúl — dijo Claudia de forma simpática.
- Buenos días, Doña Claudia — imitó Raúl cuando se disponía a darle dos besos.

Claudia cogió el mentón de Raúl y le propinó un beso, lleno de pasión, en toda la boca. Él se quedó sorprendido por la reacción pero prolongó el beso, lleno de felicidad.

- Vale, vale. ¡No te envalentones que me dejas sin respiración!

Los dos rieron y se cogieron de la mano dispuestos a tomar un taxi que los llevara hasta el piso de Claudia.

El taxi paró al barrio de Salamanca y Raúl quedó maravillado de la zona donde vivía Claudia.

- Este barrio parece muy exclusivo, ¿no?
- El más exclusivo, diría yo. Fue una herencia familiar, gracias a ello puedo sobrevivir en una ciudad como Madrid. Ahora dejaremos tu maleta y daremos un paseo por el Parque del Retiro, ¿lo conoces?
- No. Siempre que he estado en Madrid, ha sido de paso.
- Pues de momento empezaremos por el Parque, tenemos que sacar todo este estrés que tienes acumulado y en Madrid hay muchos sitios para poder relajarte y disfrutar de su belleza
- Lo que tú digas, Claudia

Pasearon por el Parque del Retiro, vieron las barquitas por el lago comandadas por parejas de enamorados o familias con niños y tomaron un refresco en el bar mientras contemplaban el atardecer en silencio. Fue una tarde

maravillosa, relajada e intensa a la vez.

Volvieron a casa por el Paseo de la Castellana mientras charlaban de cómo sería su futuro a partir de ahora. Llegaron al piso y Claudia le sugirió que se diera una ducha mientras ella preparaba la cena. A Raúl le pareció una idea genial y se despidió con un beso afectuoso mientras le daba una palmadita en el trasero.

Cuando salió del baño la vivienda estaba impregnada de un olor maravilloso, parecía que la cena estaba a punto y Raúl estaba hambriento.

- ¡Madre mía! ¡Qué bien huele!
- ¿Qué te creías? La cocina es una de mis mayores virtudes. Toma asiento en la sala que ya está todo listo.
- ¡A sus órdenes! — Raúl estaba eufórico, era un hombre con suerte.

Después de la copiosa cena bañada con un vino delicioso, Claudia le preparó una tila.

- Te vendrá bien para relajar los nervios acumulados.
- Yo no soy muy de infusiones...
- No lo eras. Hazme caso, te vendrá bien.

Raúl no rechistó y ambos se tomaron sus tilas mientras miraban la televisión perfectamente acomodados en un sofá mullido. Cuando vaciaron sus tazas, empezaron a jugar y enseguida se dirigieron a la habitación para dar rienda suelta a su pasión. Desde que se acabó su historia con Bea, nunca hasta entonces había deseado tanto a una mujer. El cuerpo de Claudia invitaba a ello y su pasión en cada uno de sus movimientos dejaba a Raúl extasiado.

Las semanas venideras tuvieron la misma dinámica: paseos por lugares emblemáticos de la ciudad, buenas comidas, buen sexo. Raúl se encargaba de las labores del hogar mientras Claudia se iba a trabajar al bar—restaurante o se presentaba en alguna audición. Raúl parecía estar en un cuento de hadas del que no quería llegar al final, Claudia era tierna y nunca le exigía que se buscara un trabajo, tampoco le exigía que pagara su parte de los gastos mensuales y él no

sentía ningún tipo de remordimiento por ello.

Con el paso de los meses Raúl se notaba muy cansado, debilitado. Claudia le quitaba importancia, le decía que debía ser por no estar acostumbrado a las tareas domésticas que eran muy pesadas y como consecuencia de la abstinencia primaveral. Raúl dejó pasar la primavera y el verano, arrastrándose como buenamente podía y comiendo más bien poco por falta de apetito.

En octubre de dos mil once ya no pudo más y le pidió a Claudia que lo acompañara al médico. Cuando el doctor vio su aspecto enseguida hizo una mueca; le hizo una inspección rápida y le mandó a hacerse unos análisis el día siguiente para comprobar cómo estaba su organismo.

Los resultados del análisis fueron alarmantes, todos los ítems estaban bajo mínimos y lo tuvieron que ingresar en el hospital. Claudia fue paciente, estaba con él todas las horas que su trabajo le permitía y le daba conversación para animarlo.

Durante ese tiempo Raúl le explicaba todas las historias que había pasado desde que nació ese frío día de enero de mil novecientos setenta y dos, no escondió nada y se sentía aliviado con cada historia que contaba. Claudia escuchaba atenta, cogiéndole la mano y mirándolo fijamente.

Los doctores eran incapaces de encontrar las causas del lamentable estado de Raúl. Pruebas y más pruebas que no arrojaban luz y él cada día que pasaba estaba peor, precisaba de respiración asistida durante gran parte del día y cuando le daban permiso para quitarse la máscara aprovechaba para seguir explicando su vida a Claudia.

- No sé qué será de mí, Claudia. Pero quiero que sepas que eres el amor de mi vida, tú me has hecho sentir importante durante este año juntos. Intentaré luchar para salir de esta y poder seguir compartiendo nuestras vidas. ¡Me gustaría tanto poder darte un hijo! — la respiración de Raúl se entrecortaba y le pidió la máscara.

Claudia sonrió. Había hablado con los médicos y le habían dicho que no

aguantaría mucho más, no había ninguna esperanza en qué sobreviviera. Lo miró con seriedad mientras liberaba su mano y se acercó a su oído.

- No tienes ni idea de quién soy. Me costó buscar la manera de contactar contigo, pero he aprendido a ser paciente, he tenido al mejor de los maestros — su voz estaba llena de rencor. Raúl se la miraba con los ojos bien abiertos y respirando con dificultad. — No sabes lo que estoy disfrutando ahora mismo, había soñado tanto en este momento...
- ¿Qui... Quién... eres...? El... o..ox..íge..no, por fff...avor...
- Cada noche, durante un año, te he preparado tu tila con pequeñísimas dosis de Dimethylmercury que te han ido deteriorando poco a poco hasta llegar al día de hoy. No soy actriz, Raúl, estudié psiquiatría para poder entender mejor tu mente y saber tus puntos débiles.
- ¿Por...qué?
- Sólo te vi una vez, con ocho años, era muy pequeña pero tu imagen no se me fue de la cabeza. Me hice adolescente y solo pensaba en la manera de devolverte todo el daño que hiciste a mi familia y a todos aquellos que se acercaban a ti. Mi madre comentaba tus “hazañas” y mi odio se acrecentaba, he vivido centrada en conseguir que llegara este momento. Yo sí creo en la justicia social y considero que no hay nada más justo que abandonar este mundo, solo y humillado
- So...so.. Sofía... Te quiero

Las máquinas señalaron que sus constantes vitales se estaban apagando, doctores y enfermeras corrieron a auxiliarle mientras Sofía salía del hospital con cara de satisfacción. Desde el hospital no pudieron contactar con ella, ya se había ocupado en dar un teléfono y una identidad falsa, era hora de volver a su vida habitual.

CAPÍTULO 29.- SOFÍA

Raúl fue enterrado en la Sierra de Híjar, junto a su padre. Mi madre se hizo cargo de los gastos del sepelio y fue la única asistente junto a Esteban; creo que son las dos personas más buenas y caritativas que conozco.

Sé que mi madre se enamoró perdidamente de Fernando y que Esteban le ha dado la estabilidad que tanto se merecía; quiere a su marido pero en su recuerdo persiste el amor por ese hombre de la Sierra de Híjar que apareció, como por arte de magia, en ese bar de Logroño.

Ella nunca supo que yo había sido la causante de la muerte de Raúl, sé que no lo hubiera permitido. Mi adorable marido era el único que estaba al corriente de ello; él se quedó al cuidado de nuestra hija durante un año entero. Su apoyo fue incondicional y nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Cuando iba a Logroño de visita preguntaba por Fernando y su hijo, así me mantenía informada e intentaba que las noticias de mi madre me sirvieran de pista para poder contactar con Raúl y empezar a desarrollar mi plan.

¡Benditas redes sociales! Jorge, mi marido, me ayudó a encontrarlo. Cuando encontramos su página de la supuesta asociación benéfica, mi marido no tardó en crear un perfil falso para estudiar cómo reaccionaba Raúl virtualmente. Fingió ser una mujer pero tenía la mente de un hombre y eso le permitía explicarme el modo de pensar que tenía Raúl. Gracias a ello no me costó ganarme su confianza rápidamente.

Mi titulación, me permitió encontrar, con relativa facilidad, un suministrador de Dimethylmercury sin levantar demasiadas sospechas. Era el veneno ideal, sus síntomas no aparecían hasta meses después de iniciar su ingesta y era difícilmente detectable en sangre.

Lo único que me ha repugnado de todo esto ha sido tener que ofrecer mi cuerpo a ese monstruo; aún hoy me siento sucia, pero no podía evitarlo, era un daño colateral para que todo saliera como estaba previsto. Quizás debido a esto, mi marido me confesó haber tenido una aventura durante el año que estuve

centrada en acabar, lentamente, con la vida de Raúl. Lo acepté y perdoné, hubiera sido injusto que se lo hubiera echado en cara después de todo lo que yo estuve dispuesta a hacer por un objetivo personal.

Con treinta y seis años tenía todos los objetivos cumplidos: una buena formación, éxito profesional, ser mamá de una niña y acabar con Raúl. Después de aquello nunca volví a ser la misma, no tenía ninguna motivación que hiciera ilusionarme.

Hoy, siete años después, me he visto en la necesidad de explicar la historia que provocó el derrumbe de mi vida. Sí, incluso después de muerto consiguió llevarse por delante a otra persona que lo tenía todo y ha acabado sola y destrozada.

Jorge me pidió el divorcio hace tres años y solicitó la custodia de nuestra hija. Me amenazó en informar a la policía de mi asesinato, alegaba que le daba miedo convivir con una persona como yo. Tenía razón, hasta que no pude consumir mi venganza, mi actitud siempre era positiva, tierna y amigable; cuando mi objetivo estuvo cumplido salió a flote mi verdadero yo: depresiones continuas, malas contestaciones y desidia en mi trabajo. Firmé el papel de renuncia para visitar a mi niña y ni siquiera tengo contacto telefónico; Jorge vive feliz con la que un día fue su amante y volverá a ser padre.

Muchos podréis pensar que para recuperar la ilusión de nuevo podría elaborar un plan para vengarme de él. Pero entendedme, si hiciera esto me estaría convirtiendo en la persona que tanto he odiado desde mi infancia, sería la sucesora de Raúl y eso no lo voy a permitir. Espero que cuando encuentren este escrito, los que quieran leerlo se apiaden de mí y no me consideren una asesina. Ojalá hubiera adquirido la personalidad de mi madre, ahora no me vería en esta tesitura.

Mamá, te quiero y siento hacerte esto.

Mi niña, tu papá va a saber darte los valores que mereces adquirir. Te amo con locura y si hago esto es por tu bien... Y el mío...

Raúl, en el infierno quizás seas una persona importante, pero estate atento porque vengo a por ti.

“Antes de iniciar un viaje de venganza, es mejor que caves dos tumbas”

Confucio